

**EL CARIBE, SIEMPRE EL CARIBE,
Y
OTROS ENSAYOS ANTILLANOS**

Marcos Antonio Ramos



Correspondiente de la Real Academia Española

**Academia Norteamericana
de la
Lengua Española**

Título: *El Caribe, siempre el Caribe, y otros ensayos antillanos*

© ACADEMIA NORTEAMERICANA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

© Ediciones ANLE, 2014

Colección Plural espejo

1ra. edición

ISBN: 978-0-9850961-1-3

Library of Congress Control Number: 2013940451

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States

© De los ensayos: Marcos Antonio Ramos

© Del prólogo: Gerardo Piña-Rosales

© De las fotografías: Gerardo Piña-Rosales

Academia Norteamericana de la Lengua Española

P.O. Box 349

New York, NY 10116

www.anle.us

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético mecánico, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopy, recording, or any information storage and retrieval system, without permission in writing from the North American Academy of the Spanish Language.

ÍNDICE

Prólogo de Gerardo Piña-Rosales / 7

EL CARIBE, SIEMPRE EL CARIBE / 9

UN EPISODIO ANTILLANO DEL SIGLO XVII: EL RESCATE DE UN OBISPO (A PROPÓSITO DE UN LIBRO DE GRACIELLA CRUZ-TAURA) / 19

UN MISMO CAPÍTULO EN LA HISTORIA DE DOS PAÍSES: LOS CUBANOS EN SANTO DOMINGO (1868-1898) / 29

CUBA, LA ISLA FASCINANTE, DE JUAN BOSCH / 57

PRESENCIA DOMINICANA EN LA HISTORIA DE CUBA (XVI-XIX) / 71

EL CONDE DE VILLANUEVA Y EL PRIMER FERROCARRIL DE IBEROAMÉRICA (1837) / 91

APUNTES ACERCA DEL POBLAMIENTO CHINO EN CUBA / 103

SOBRE EL POBLAMIENTO CANARIO EN CUBA / 113

PUERTO RICO, EUGENIO MARIA DE HOSTOS Y EL IDEAL ANTILLANO / 121

LAS OTRAS ANTILLAS: LITERATURA E HISTORIOGRAFÍA / 131

LOS DOMINICANOS Y EL ESPAÑOL EN QUISQUEYA Y CUBA / 145

Epílogo / 149

Dedicado en reconocimiento a la Academia Dominicana de la Lengua Española por la gran labor realizada desde su fundación en 1927 a favor de nuestro idioma y de la hispanidad, y especialmente por la publicación en 2013 del *Diccionario del español dominicano*.



PRÓLOGO

Marcos Antonio Ramos es autor de no menos de catorce libros hasta la fecha y de numerosísimos ensayos; ha escrito también cientos de artículos para la prensa, gran parte de los cuales han sido dedicados a temas caribeños y sobre todo a las Antillas españolas. Casi se podría decir sin temor a caer en descabelladas hipérbolas que ha estado sumergido permanentemente en las aguas del Mar Caribe.

Los once ensayos que forman parte de esta obra, algunos de ellos presentados originalmente en forma de conferencias o publicados en revistas especializadas, como en el caso de *Herencia*, de la cual es editor general, van desde la historia más remota del Caribe hasta acontecimientos más recientes y la influencia ejercida por la región en la novelística, sin olvidar el poblamiento canario y la presencia de inmigrantes chinos en el desarrollo de la isla de Cuba. Ramos es considerado un especialista en la relación histórica entre Santo Domingo y Cuba, países cuya historia domina ampliamente, y es también un buen conocedor del desarrollo político de Puerto Rico. Sus frecuentes viajes por las islas, sus investigaciones y su amor por todo lo antillano han dejado su huella hasta en artículos publicados sobre otros asuntos en más de cuarenta años de vida activa como columnista de diarios y revistas.

Su estudio sobre el Conde de Villanueva y los ferrocarriles en Cuba es evidentemente una defensa razonada de un aspecto de la obra de España en América, mientras que su reseña de un libro que estudia un acontecimiento relacionado con la piratería en América trata de hacer justicia a los bucaneros y filibusteros, sin justificar sus acciones. La presencia de los dominicanos en la historia de Cuba y la relación entre ambos países es una de las especialidades a las que se ha dedicado y de las cuales deja un claro testimonio en este libro. Alguien pudiera exagerar diciendo que es una especie de proyecto de “dominicanización” de Cuba, tierra natal del autor, a la cual dedicó un libro considerado clásico en los estudios sobre la religión en América: *Panorama del protestantismo en Cuba desde la colonización española hasta la revolución*.

Resulta bastante curioso que un autor de textos de historia de las religiones y de la Iglesia, de diccionarios de religiones, denominaciones y sectas, editor de comentarios de las Sagradas Escrituras escritos por eruditos de todas las confesiones, teólogo que se atrevió a escribir personalmente sobre epístolas atribuidas a San Pablo, demuestre ese interés tan marcado en los diferentes procesos históricos, eminentemente seculares, no necesariamente muy religiosos, de los pueblos antillanos y de la América española.

También llama la atención el que haya sido un historiador del pensamiento teológico y haya logrado en sus labores apartarse de todo sectarismo en sus enfoques, como lo demuestra su libro *La Pastoral del divorcio en la historia de la Iglesia*, en el cual no emite ningún juicio condenatorio. Se trata de un enemigo de toda forma de fanatismo. No deja de sorprender a algunos que un clérigo protestante, que por un tiempo presidió una jurisdicción eclesiástica de la confesión bautista, haya sido condecorado por el papa Benedicto XVI y que además de la Santa Sede haya sido honrado por una serie de confesiones religiosas, entre ellas la anglicana, la presbiteriana y la luterana.

Su carrera como profesor universitario en seis instituciones de altos estudios en Estados Unidos terminó recientemente con su jubilación y nombramiento como “Profesor Emérito” del Florida Center for Theological Studies, de cuya institución fue Decano Académico, compartiendo los aspectos administrativos con un sacerdote católico que presidía en aquella época esa institución universitaria interconfesional.

El presente libro es el testimonio escrito de su compromiso con la región del Caribe y especialmente con las Antillas españolas. Del siglo XVI hasta nuestro propio tiempo recorre los senderos de la primera región colonizada por los europeos y sobre todo por España.

Gerardo Piña-Rosales

Director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española
Académico Correspondiente de la Real Academia Española

EL CARIBE, SIEMPRE EL CARIBE

Cuando llegaron las naves de Colón, el Caribe pasó, de súbito, a ser cruce de todos los caminos. Por primera vez los pueblos de este hemisferio se vieron las caras. Y se las vieron los de todo el mundo. De Europa llegaron los que venían a hacer su historia, a soltar al viento una poesía nueva. El Caribe empezó a ensancharse y fue el mar del Nuevo Mundo...

Germán Arciniegas, *Biografía del Caribe*

El autor de estas líneas, orgulloso de sus antepasados españoles, pertenece también, por nacimiento y formación, al Caribe. Y con alguna frecuencia considera oportuno hacer resaltar, al menos en líneas generales y dentro de sus limitaciones de tiempo y de otros recursos que brinda la vida, la historia de su región natal, cuya importancia no debe ser minimizada ante la avalancha de noticias y el dramatismo de los acontecimientos en otras regiones, también importantes, del planeta. Para los que viven en Estados Unidos o en otras regiones de América, para nuestros parientes y amigos en España, el Caribe será siempre el Caribe, en el sentido de haberse producido allí el inicio de la gran obra civilizadora de España, el primer territorio descubierto por Cristóbal Colón, quien al dar a conocer por primera vez los detalles significativos del Nuevo Mundo en realidad informaba sobre la cuenca del Caribe.

La entrada de América en los textos de historia se inicia en esa zona, la colonización de la región fue el punto de partida para el encuentro de muchas culturas aunque algunos prefieren hablar de la llegada de la civilización occidental y otros prefieren referirse a aventuras en el mar u otros incidentes interesantes. Pero hay mucho más que todo eso en el ambiente caribeño y habrá aún más en el futuro. De ahí que es posible afirmar tanto en perspectiva histórica como repasando la actualidad: “El Caribe, siempre el Caribe”.

Hablar acerca del Caribe es referirse en cierta forma a América del Norte, del Sur y Central, pero más específicamente a las Antillas y a otras islas cercanas como Bermuda y las Bahamas, pero también al

Caribe mexicano y toda Mesoamérica, y asimismo a buena parte de lo que se denominó en su momento “Tierra Firme”, como algunos de los territorios anteriores y asimismo Venezuela, Colombia y Guyana.

En el caso de México, esa nación otorga gran importancia a la pertenencia al Caribe, sobre todo en Xalapa, Veracruz, Mérida y en general en los estados de Yucatán y Quintana Roo. En cuanto a Mesoamérica, la relación no se limita a países con costas bañadas por el mar Caribe, pues puede incluirse demográficamente a El Salvador y por consiguiente a toda Centroamérica.

Es interesante resaltar a América del Norte por varias razones, sobre todo porque gran parte del Sur de Estados Unidos y sobre todo la Florida –donde radica la ciudad de Miami y la gigantesca zona metropolitana que la rodea– puede considerarse no solo parte del Gran Caribe, sino también como un territorio fundamental en aspectos culturales, económicos y políticos de la región caribeña. Cada vez resulta más evidente que el Gran Miami se ha ido convirtiendo, en algunos aspectos fundamentales, en la capital del Caribe. Otros lugares, como la ciudad de New Orleans deben tenerse en cuenta en forma especial por su confluencia con el Caribe y particularmente Cuba.

Sería difícil encontrar un aspecto de la producción y la economía caribeñas que no merezca ser atendido y aprovechado. Por el momento miremos hacia el Caribe en términos generales, enmarcándolo en su historia, que lo es también del continente y del planeta.

“En el principio era el Caribe”, así pudiera iniciarse cualquier texto sobre historia de América, así como también muchos estudios sobre colonialismo y expansión territorial; pero también sobre aspectos fundamentales de la América precolombina. En estos casos habría que acudir al Caribe. Por citar un ejemplo, existen evidencias de vida en la zona cuatro o cinco mil años antes de Cristo. La presencia del género humano en Cuba se ha fijado en algunos círculos, como fecha aproximada, la de 3100 A.C. Lo dejamos ahí. Como casi todo lo demás, ese asunto está sujeto a constantes investigaciones.

Al llegar los europeos, los primitivos habitantes que encontraron procedían mayormente de los grupos arahuacos de la parte sep-

tentrional de América del Sur. A los más antiguos habitantes se sumarían los de origen español, británico, africano, francés y holandés. Actualmente los grupos étnicos más visibles en la región están compuestos primordialmente por los descendientes de africanos, con una presencia significativa de habitantes de origen europeo en algunas islas y territorios. Una gran parte de la población cuenta con antepasados de diversas procedencias étnicas. También hay ahora una población de origen indio, radicada sobre todo en Trinidad y Guyana. Otros pobladores proceden del Lejano Oriente, como los integrantes de pequeñas comunidades chinas en algunas islas.

Existe, pues, una extraordinaria variedad étnica y cultural en el Caribe. Por ejemplo, en la mayoría de las islas prevalecen los habitantes de raza negra. En otros la población blanca, mulata o mestiza es numéricamente muy significativa. Todo esto hace más interesantes y profundos los estudios etnológicos sobre el sincretismo religioso en el Caribe y sus miles de islas así como en los territorios continentales de su cuenca donde se notan ciertos elementos culturales y étnicos derivados de la población original. El español y el inglés son los idiomas más hablados, pero también están presentes el francés y el holandés, así como otras lenguas surgidas en la misma región, como en el caso de Haití y de islas colonizadas por Holanda.

Muchos se refieren al Caribe como Indias Occidentales (West Indies) por el error de Cristóbal Colón que en 1492 pensó que había llegado a la India. Ahora bien, prevaleció el nombre Caribe dado a una tribu que poblaba algunas de las Antillas menores y regiones cercanas de la América del Sur. Sin importar los nombres seleccionados resalta una gran realidad: en esta zona se inicia la experiencia colonial de los países europeos: España, Francia, Inglaterra, Holanda, etc.

Como ya hemos señalado, la región consiste en gran parte en una cadena de islas, pero cultural y demográficamente puede incluirse la América Central y la costa norte de América del Sur. En esa zona se encuentran las llamadas Antillas Mayores: Cuba, La Española (Haití y Santo Domingo), Puerto Rico y Jamaica, así como también islas de menor tamaño en el archipiélago de las Bahamas o Lucayas y en los de Sotavento y Barlovento. Todas esas islas y regiones del continente integrado por Norte, Centro y Suramérica se integraron desde

el siglo XV y sobre todo el XVI a la historia universal. La simple mención de los nombres de territorios, islas y archipiélagos de la zona en cuestión puede servir para denominar capítulos enteros de libros importantes.

El descubrimiento de América por la expedición de Cristóbal Colón se inicia en una de las Lucayas (actualmente, las Bahamas) el 12 de octubre de 1492. Independientemente de opiniones a favor o en contra de clasificar a las Bahamas como parte del Caribe, su cultura y proximidad las relacionan con la región, aunque en realidad estén situadas en el Océano Atlántico. La mayor de las Antillas, Cuba, fue descubierta el 28 de octubre de 1492 y la isla a la cual llamaron La Española se descubre a principios del 1492. Desde esa ínsula –Haití, Bohío o Quisqueya (esos eran los nombres más conocidos dados por los indígenas)– se dio comienzo a la colonización española del Caribe y regiones adyacentes. Por ejemplo, desde La Española salieron los colonizadores de Cuba y desde esta última se inició la conquista de México.

Antes de que se iniciara la colonización europea de regiones enteras de América, África y Asia se estaban sentando, precisamente en el Caribe, las bases de la futura expansión de los grandes imperios de los tiempos modernos, aunque pueden encontrarse ciertos precedentes en las exploraciones de navegantes portugueses en otras regiones. Un conocido libro, escrito por el profesor Juan Bosch, lleva como subtítulo: “El Caribe, frontera imperial”. Independiente de la forma específica de enfocararlo, es innegable que ha sido una zona en la que han desfilado las potencias coloniales del pasado y las influencias internacionales del presente.

Por citar casos bien conocidos, en el Caribe se inauguraron los imperios coloniales de España, Inglaterra, Francia y Holanda. Muchas guerras entre estas y otras potencias europeas se originaron en situaciones del Caribe. Casi cada conflicto europeo, sobre todo en los siglos XVII, XVIII y principios del XIX tuvo también un escenario caribeño. Por ejemplo, no puede escribirse sobre la Revolución Francesa y la reacción a la misma de otras potencias sin capítulos completos de enfrentamientos europeos en medio de revueltas, revoluciones y cambios de soberanía en el Caribe. Dando un salto en el tiempo y al-

canzando el siglo XX, fue precisamente en el Caribe donde estuvo a punto de iniciarse un conflicto universal con motivo de la crisis de los cohetes de octubre de 1962.

En los inicios del siglo XVI el carácter predominante de España, recién unificada por completo el año del Descubrimiento (1492), se manifestó en su presencia en el Caribe y a partir de esa región se creó un gigantesco imperio cambiando la correlación de fuerzas internacionales, entre otras razones, por los recursos adicionales procedentes del continente americano, los cuales pasaban por el Caribe en dirección a Europa y estaban sujetos a las continuas incursiones de piratas y corsarios, por el auge del filibusterismo en la región, lo cual sirvió en parte de base a un intenso interés por parte de naciones como Francia e Inglaterra por establecerse en el Nuevo Mundo.

El siglo XVII no fue diferente, más bien ciertas situaciones se intensificaron, a la vez que el predominio absoluto de España. Como el resto del continente, las colonias del Caribe solo podían comerciar con España y por otra parte la metrópolis no podía suplir de los artículos manufacturados que se necesitaba en las colonias. El Caribe producía tabaco, azúcar, ganado, maderas, metales y varios renglones agrícolas, pero necesitaba de otros productos. Esa situación se reproducía parcialmente en otras regiones americanas.

Bucaneros y filibusteros contribuían en forma muy apreciable, a veces casi total, al comercio más productivo en algunas islas, más allá de incursiones en forma de ataques a ciudades y el establecimiento de bases de operación que generalmente resultaban temporales. La presencia más o menos permanente o prolongada de otras potencias se inició en el caso de los franceses en un sector de San Cristóbal o St. Kitts (1625) y en el de los ingleses en Barbados aproximadamente en la misma época, caracterizada también por los cambios de soberanía. Era claramente el principio de un nuevo período en la historia de los imperios coloniales en la región, anticipo de experiencias comparables en otras geografías. En cierta forma fue el siglo de la desmembración del Caribe. Terminaba el control total que ejerció España y se producían cambios económicos y sociales, un constante incremento del número de esclavos, nuevas influencias europeas y hasta se inició

algún grado de pluralismo religioso. Todo eso cambiaría el panorama caribeño y también el americano en general.

El siglo XVIII fue una época de grandes decisiones y de muy frecuentes cambios de soberanía en las islas. Fue el período en que Inglaterra dominó brevemente La Habana y el Occidente de Cuba (1762-1763). La Corona Británica recibió fuertes presiones por parte de los plantadores de Jamaica y otras islas bajo el idioma inglés, con sus influyentes cabilderos parlamentarios. Esos elementos tenían la competencia representada por las plantaciones en Cuba e hicieron posible que el Reino Unido cambiara a Cuba por la Florida, que pasó entonces al dominio inglés.

Historiadores contemporáneos dedican ahora mayor atención al interesante fenómeno de las diferentes actitudes adoptadas por las colonias inglesas en América al producirse la llamada Revolución Americana de 1776. Las constantes referencias históricas a las Trece Colonias de la América del Norte pueden hacer olvidar a algunos que además de ellas existían entonces otras trece: Canadá, Bermuda y once de las llamadas *sugar islands* (islas del azúcar) inglesas en el Caribe. Estas últimas tenían la ventaja de la presencia en Londres de personas con intereses en ellas que habían alcanzado la condición de miembros del Parlamento. Por lo general eran influyentes dueños de plantaciones que vivían la mayor parte del tiempo en Inglaterra. Esto permitió que esas *sugar islands* tuvieran generalmente mayor influencia en la metrópolis que las Trece Colonias de la América del Norte. La condición minoritaria de los de origen inglés en esas islas hizo que estos prefirieran la dominación británica antes que un incierto intento de independencia que abriera a su vez la puerta a rebeliones de esclavos africanos, los cuales constituían la población mayoritaria en esas colonias caribeñas.

El siglo XIX fue decisivo para el destino de muchas naciones de la zona que se independizaron. La rebelión de esclavos de fines del siglo XVIII y la independencia haitiana proclamada por Jean Jacques Dessalines en 1804 modificaron el panorama regional. Por otra parte, Estados Unidos empezó a reemplazar la influencia española o inglesa en muchas de las nuevas repúblicas, es decir, antiguas colonias españolas en el Caribe, situadas en su cuenca, o próximas a la misma, co-

mo México, República Dominicana, naciones de América Central, Venezuela, Colombia, etc. El tema de la abolición de la esclavitud prevaleció en la agenda de muchos. Mientras tanto, Cuba reemplazaba a Haití como la principal productora de azúcar y el período terminó con la Guerra Hispano-Cubano-Americana de 1898 que puso punto final a la presencia colonial española y dio inicio a una nueva era en la cual Estados Unidos se convirtió definitivamente en la mayor potencia con intereses en el Caribe en aspectos militares, económicos y políticos.

El siglo XX sería el de la descolonización y la independencia para muchas islas y territorios caribeños. Con excepción de algunas islas que prefirieron continuar su relación colonial con Inglaterra y de otras que prefirieron ser Provincias Francesas de Ultramar, en la Cuenca del Caribe prevalece ahora la independencia, aunque sin dejar de tener relaciones estrechas con países como Estados Unidos, Inglaterra y miembros de la Comunidad Europea.

Más allá de importantísimas cuestiones de turismo y folklore, resalta la importancia económica considerada como un gran todo, asunto que merece ser estudiado en forma pormenorizada. Se trata de un elemento fundamental en el desarrollo económico y social de la América del Norte, donde también reside una población cada vez más numerosa de origen caribeño que mantiene lazos con su lugar de origen o con su economía y cultura como es el caso de puertorriqueños, cubanos, haitianos, dominicanos y otros muchos que proceden de las Bahamas y las *sugar islands*, sin olvidar a los procedentes de regiones situadas de México, América Central y del Sur.

Las cuestiones de estrategia en aspectos fundamentales de la economía, la política y la sociedad no pueden ser marginadas o minimizadas a la hora de hacer un análisis regional. Algunos consideran esta zona como el flanco débil de la América del Norte; entre otras razones porque no puede hablarse de una verdadera separación geográfica o de intereses entre Estados Unidos y el Caribe. Son demasiado estrechos los vínculos y las relaciones para establecer una verdadera diferenciación de intereses. La proximidad de los territorios continental e insular y el movimiento y asentamiento de la población caribeña en Norteamérica son sólo algunas señales sobresalientes de

la necesidad de verdaderas estrategias en aspectos determinados que no se limitan a cuestiones de inmigración, viajes o catástrofes naturales.

La fascinación universal con el Caribe se inicia, pues, desde los mismos días de Cristóbal Colón y sus colegas de navegación, se intensifica con la conquista y colonización en el siglo XVI, continúa con las aventuras de piratas, corsarios, filibusteros y bucaneros en los siglos XVI, XVII XVIII. Las graves crisis del colonialismo y el neocolonialismo, la esclavitud y la abolición, la independencia y las revoluciones, la formación de nacionalidades, los intentos de federación o cooperación, el auge del turismo y las muchas facetas sociológicas, religiosas, económicas, sociales, políticas y etnológicas obligan a seguir penetrando en ese mundo fascinante, a veces alucinante —como se plasma en la literatura—, de un Caribe siempre presente.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Arciniegas, Germán, *Biografía del Caribe*, Buenos Aires, 1945.
- Bainville, Jacques, *Histoire de France*, Fayard, París, 1959.
- Bosch, Juan, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe Frontera Imperial*, Santo Domingo, 1983.
- Cabón, Padre, *Histoire d'Haiti*, 3 tomos, Puerto Príncipe, S/F.
- . *Cambridge History of the British Empire, Vol. I, The Old Empire, from the Beginnings in 1783*, Cambridge, 1929.
- Castillero, R., y Ernesto, J, *Historia de Panamá*, Ciudad de Panamá, 1955.
- Cepero Bonilla, Raúl, *Azúcar y abolición*, La Habana, 1989.
- Comas, José, *Historia de las Antillas*, Barcelona, 1868.
- Comisión de Investigación Histórica de la Campaña 1856-1857, *Documentos Relativos a la Guerra contra los Filibusteros*, San José, Costa Rica, 1956, s/f.
- Connell-Smith, Gordon, *The Interamerican System*, Oxford, 1966.
- . *Crónicas de la Conquista*, Universidad Nacional Autónoma, México, 1950.
- Daney, M. Sydney, *Histoire de la Martinique*, Fort-Royal, 1963.
- Dorsinville, Roger, *Toussaint L'Ouverture*, París, 1965.
- Esquemeling, *Piratas en la América*, La Habana, 1963.
- Franco, José Luciano, *Ensayos históricos*, La Habana, 1974.

- Gavidia, Francisco, *Historia moderna de El Salvador*, San Salvador, 1958.
- Gely, Pieter, *History of the Low Countries*, Londres, 1964.
- Guerra, Ramiro et. al., *Historia de la nación cubana*, 10 volúmenes, La Habana, 1942.
- . *Azúcar y población en las Antillas*, La Habana, 1944.
- Hardy, Georges, *Histoire Sociale de la Colonisation Française*, París, 1953.
- Harlow, V. T., *A History of Barbados, 1625-1685*, Oxford, 1926.
- Heinl, Robert y Nancy, *Written in Blood: The Story of the Haitian People 1492-1995*, Londres, 1996.
- Herrera Luque, Francisco J, *Los viajeros de Indias*, Caracas, 1961.
- Incháustegui, J, Marino, *La gran expedición inglesa contra las Antillas Mayores*, México, 1958.
- James, C. L. R., *The Black Jacobins*, New York, 1963.
- Lannoy, Charles de, y Vander Linden Herman, *Histoire de L'Expansion Coloniale des Peuples Européens*, Bruselas, 1921.
- Leys, M. D. R, Mitchel, R. J., *A History of the English People*, Londres, 1967.
- McIntosh, M. E., y Weber, B. C., *Une Correspondance Familiale au temps des troubles de Saint-Domingue*, París, 1959.
- Marrero Aristy, *La República Dominicana*, 2 tomos, Ciudad Trujillo, 1957.
- Martínez Mendoza, Jerónimo, *Venezuela Colonial*, Caracas, 1965.
- Méndez, Carlos R., *Historia del infame y vergonzoso comercio de indios*, Mérida, Yucatán, 1923.
- Monge Alfaro, Carlos, *Historia de Costa Rica*, San José, 1958.
- Monte y Tejada, Antonio, *Historia de Santo Domingo*, Santo Domingo, s/f.
- Nicholls, David, *From Dessalines to Duvalier*, Londres, 1979.
- O'Shaughnessy, Andrew Jackson, *An Empire Divided. The American Revolution and the British Caribbean*, Philadelphia, 2000.
- Oliver, V. L., *The History of the Island of Antigua, One of the Leeward Islands under the Restoration, 1660-1688*, Londres, 1894.
- Peña Batlle, Manuel Arturo, *La Rebelión del Bahoruco*, Ciudad Trujillo, 1948.
- . *La Isla de la Tortuga*, Madrid, 1951.

- Pitman, F. W., *The Development of the British West Indies, 1700-1763*, New Haven, 1917.
- Romeo de Armas, Antonio, *Los viajes de John Hawkins a América (1562-1595)*, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispánicoamericanos de Sevilla, 1947.
- Williams, Eric, *Capitalism & Slavery*, Londres, 1944.
- . *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean*, New York, 1970.
- Zapatero, Juan M., *Las Guerras del Caribe en el Siglo XVIII*, San Juan, Puerto Rico, 1964.



UN EPISODIO ANTILLANO DEL SIGLO XVII: EL RESCATE DE UN OBISPO (A PROPÓSITO DE UN LIBRO DE GRACIELLA CRUZ-TAURA)

Como sucede frecuentemente, algún episodio de la historia del Caribe atrae rápidamente a un novelista o a un historiador. En este caso, una eminente profesora de Florida Atlantic University en Estados Unidos ha logrado publicar un excelente y perspicaz estudio de la historia e historiografía de un poema épico de la región. El título escogido identifica al poema y a su autor anunciando su relación con aspectos históricos: *Espejo de paciencia y Silvestre de Balboa en la Historia de Cuba* (Editorial Iberoamericana/Vervuert, 2009). Las 250 notas que, según aclaran acertadamente en la Colección Cubana de la Biblioteca de la Universidad de Miami, “explican conceptos y términos que abarcan desde la teología hasta la vestimenta...” Y hace bien esa prestigiosa colección al señalar que estamos ante “...la más completa [edición crítica] del controvertido texto fundacional de la cultura cubana...” La historiadora y crítica literaria y de arte Graciella Cruz-Taura, nos permite con su trabajo no solo aprovechar un riguroso estudio crítico sino acercarnos de nuevo a un importante episodio antillano que merece ser analizado mucho más allá de los conceptos tradicionales sobre las letras cubanas y del Caribe.

En 1604 el Obispo de Cuba Fray Juan de las Cabezas Altamirano realizaba una visita pastoral cuando fue apresado en una hacienda próxima a Bayamo por el filibustero francés Gilberto Girón. Según uno de los relatos tradicionales que se han difundido acerca del incidente –en este caso el que hace el historiador cubano Juan M. Leiseca–, el prelado “fue conducido descalzo y maniatado al puerto de Manzanillo, donde Girón tenía anclado su barco, tuvo al Obispo en su poder por espacio de ochenta días esperando el rescate. Gentes de Bayamo al mando del [alcalde] bayamés Gregorio Ramos cayeron sobre los piratas aprovechando lo confiados y desprevenidos que estaban, y dando muerte a Girón, rescataron al Obispo...”.

Independientemente de los detalles que se han manejado hasta ahora y de las interpretaciones del suceso que han sido hechas a

través del tiempo, se trata de un reconocido capítulo de la historia de Cuba, un episodio de la historia de las Antillas acontecido en un ambiente bastante similar al del resto de la cuenca del Caribe en aquella época. Reflejando conceptos prevalecientes entre los españoles de aquel período, que confundían las confesiones protestantes, resulta curiosa la identificación como “luterano” que se hace tradicionalmente del hugonote Gilberto Girón, de la calvinista Iglesia Reformada del francés Juan Calvino. No era un miembro de otra confesión evangélica, la organizada por el reformador alemán Martín Lutero.

El escritor José Antonio Echeverría (1815-1885) —que no debe ser confundido con algún personaje de nuestro propio tiempo con ese nombre en Cuba— fue quien dio a conocer en 1838 el poema de don Silvestre de Balboa “Espejo de paciencia”, prestando así un buen servicio a los investigadores de literatura, cultura e historia del Caribe. Según un notable historiador de las letras en Cuba, el profesor, político y diplomático Juan J. Remos y muchos otros estudiosos, se trata del primer poema escrito en Cuba (1608) y se conserva, aunque escrita por otro autor, en la obra *Historia de la Isla y Catedral de Cuba*, del Obispo cubano-dominicano Pedro Agustín Morell de Santa Cruz (1694-1768), nacido en Santiago de los Caballeros. La *Historia de la Isla y Catedral de Cuba* parece haber sido escrita por Morell de Santa Cruz en algún momento antes de terminar la primera mitad del siglo XVIII y un ejemplar de la misma fue encontrado y copiado por el mismo Echeverría en 1838.

El Académico de la Historia de Cuba Francisco de Paula Coronado, que ocupó también allí la Dirección de la Biblioteca Nacional, escribió en relación con el hallazgo: “No sabemos cómo, de quién, ni si completa o descabalada, consiguió la Sociedad Patriótica [de La Habana] una copia de la *Historia* de Morell y cuando la Sección referida tuvo que abandonar sus propósitos [...] anduvo esa copia rodando por el archivo de la Sociedad, hasta que fue a parar sobre uno de los estantes de la biblioteca, donde cubierta de polvo y comida por la polilla, hubo de hallarla un buen día del año de 1836 [¿] el insigne escritor y esclarecido patriota don José Antonio Echeverría, de grata memoria...” Echeverría encontró el poema “Espejo de Paciencia” inserto en la obra de Morell, cuyos manuscritos dijo haber copiado y salvado para la posteridad.

La fascinación con el Caribe ha convertido a críticos literarios en investigadores históricos sobre la región. Graciella Cruz-Taura tiene la ventaja de dominar ambos campos. Es imposible realizar las labores propias del historiador sin acudir a los relatos y leyendas. Una nueva lectura de un viejo poema como “Espejo de Paciencia”, considerado por algunos como el inicio de la literatura cubana, y la oportunidad de consultar cuidadosamente el excelente estudio crítico de Cruz-Taura, no sólo conduce de regreso a un ambiente histórico cubano sino también pudiera invitar a los interesados en estudios antillanos a buscar conexiones inusitadas con acontecimientos históricos en Cuba y otras islas del Caribe.

Es posible que algunos hayan olvidado o subestimado una realidad, Cuba no solo es parte de la región del Caribe, geográficamente, sino que, desde su más temprano período colonial, la isla Juana, o Fernandina, o Cuba, guarda una estrecha relación con el estilo de vida del archipiélago conquistado y colonizado por los españoles y luego ocupado también, parcialmente, por ingleses, franceses, holandeses, daneses y otros europeos. La Cuba de principios del siglo XVII era parte de una “Geografía del Caribe”, acercándonos al título del hermoso libro de Germán Arciniegas, *Biografía del Caribe*, que describe un pequeño mundo no sólo de conquistadores y misioneros sino también de corsarios, piratas, bucaneros y filibusteros.

Tanto el casi legendario Alexander Esquemeling con su libro *Piratas de la América y Luz a la Defensa de las Costas de Indias Occidentales* como, entre otras, las obras de los historiadores dominicanos Manuel Arturo Peña Batlle, autor de *La Isla de la Tortuga*, y Américo Lugo, a quien debemos la magnífica *Historia Media Dominicana*, y su eminente colega cubano César García Pons con *El Corso en Cuba en el Siglo XVII*, ayudan con sus datos e investigaciones a entender el ambiente creado por la constante visita de esos personajes a las islas del Caribe. En un artículo de prensa dedicado al libro de Cruz-Taura mencioné las llamadas “devastaciones de Osorio”, es decir, la decisión del gobierno colonial español de trasladar a principios del siglo XVII poblaciones como Puerto Plata y Montecristi en un vano intento por reducir la actividad del comercio ilegal y evitar la introducción de ideas consideradas contrarias a España y al catolicismo romano en la parte norte de la isla de La Española. El abandono

de toda una región fue el gravísimo e imperdonable error que condujo en cierta forma a la creación de un Santo Domingo francés, la actual República de Haití.

Como toda obra muy distante en el tiempo, “Espejo de paciencia” presenta muchos problemas en cuanto a autoría, fecha, interpretación, etc. Para los que trabajan estos textos con el debido rigor, la tarea es sumamente difícil, pero ofrece posibles recompensas de satisfacción intelectual y la oportunidad de enriquecer y hacer genuinos aportes al rescate de una cultura.

Como apunta la historiadora, esas labores pueden llevar a la reconstrucción histórica de una sociedad, en este caso la cubana de comienzos del siglo XVII. Al realizar tal intento, la autora de la edición crítica ha acudido no sólo a la historia sino a otras disciplinas. Con este esfuerzo se une a otros estudiosos que han realizado magníficas contribuciones al ahondar en nuestro pasado y situar las cosas en su debido lugar, como logró hacerlo Leví Marrero en *Cuba: economía y sociedad*, en algunos de cuyos primeros volúmenes queda reflejado con notabilísima aproximación ese siglo XVII cubano. A esos menesteres se han dedicado recientemente historiadores españoles que han ido poniendo en orden las cosas, aportando además datos extraídos de serias y útiles investigaciones que han contado con el apoyo de entidades académicas y de comunidades autónomas regionales interesadas en sus vínculos históricos con la mayor de las Antillas y su población, mayoritariamente de origen español.

Ahora bien, el viejo poema “Espejo de paciencia” y lo que nuestra historiadora denomina justamente “la epopeya de Balboa”, han pasado, por así decirlo, por las horcas caudinas de una crítica implacable. Muchos no le han reconocido gran valor literario. Además se ha cuestionado su origen, entre otras razones, porque el lenguaje parece demasiado moderno al compararlo con la fecha que se le atribuye. La doctora Cruz-Taura identifica adecuadamente ciertas dudas, las analiza y enfrenta. Lógicamente, una de ellas sería la que se ha basado en la posible realidad de que toda una generación cubana, la del 1838, necesitaba de una epopeya. En contra de esas suposiciones y ataques surgieron testimonios como los de don José María Chacón y Calvo, Conde de Casa Bayona, el gran hispanista cubano que penetra

en la historicidad de los hechos, como Leví Marrero que los confirma y el doctor José Manuel Pérez Cabrera que clasificó el poema como fuente histórica.

En 1980, el *Diccionario de la Literatura Cubana* publicado por el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias recorre esos caminos al confiar en datos que indican la procedencia de Gran Canaria de Silvestre de Balboa, autor del poema, que vivió aproximadamente entre 1563 y 1649, en Bayamo y Puerto Príncipe (actual Camagüey), antiguas ciudades cubanas fundadas a principios del siglo XVI por Diego Velázquez de Cuéllar, conquistador español procedente de Santo Domingo. También se identifica a Balboa en su condición de escribano del cabildo de Puerto Príncipe y su presencia en Bayamo en 1604. También debe anotarse que el poema fue publicado en su integridad en la segunda edición de la *Bibliografía cubana de los siglos XVII y XVIII* del gran estudioso Carlos M. Trelles. También aparece en el tomo primero de *Evolución de la cultura cubana 1608-1927* de José Manuel Carbonell, publicado en 1928.

Cruz-Taura señala que Echeverría quería demostrar la condición de primer historiador de Cuba del benemérito obispo don Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, un clérigo al que, como hemos visto, podemos considerar cubano, pero nacido como tantos otros residentes de Cuba en Santiago de los Caballeros. En mi libro *Hacia los orígenes: dominicanos en la historia de Cuba* hice resaltar el hecho de que mucho de los grandes poetas, promotores culturales, eruditos y también forjadores de la nacionalidad cubana en una época posterior a Morell eran hijos o nietos de dominicanos y en varios casos, como en la lucha independentista, nativos de Santo Domingo. Entre los pobladores de Bayamo en 1604 también había dominicanos e hijos de dominicanos.

Para intentar ponerlo todo en perspectiva, acudo a la propia autora, quien en la introducción al libro escribe: "...Con tantas visitas de piratas y filibusteros a la isla de Cuba que se documentan, la singularidad del episodio de 1604 se debe a tres factores: Primero se trata del secuestro y rescate del representante máximo de la Iglesia católica de Cuba. Segundo, dicha colonia atravesaba una crisis —reflejo de la del imperio— que facilitaba el comercio de contrabando y la actividad

de los enemigos en territorios del patrimonio español. Tercero, y a pesar de que los historiadores casi no nos hemos ocupado del suceso por falta de documentación, o por la poca atención que damos a ese período de la historia de Cuba, los hechos de 1604 son mucho más conocidos gracias, precisamente a ‘Espejo de Paciencia’...’.

La autora procede a ofrecernos en el primer capítulo lo que denomina “Historia de una pelea cubana contra los hugonotes”, título que nos recuerda el de una obra de Fernando Ortiz: *Historia de una pelea cubana contra los demonios*, cuyo ambiente no está muy alejado en el tiempo del de “Espejo de Paciencia”. En la obra de Ortiz el que sale mal parado no es un pirata o corsario francés de confesión protestante hugonote (calvinista), mucho menos un pastor de su Iglesia Reformada de Francia, sino un sacerdote de la Católica y Apostólica Iglesia Romana. El título escogido por Ortiz es ampliamente descriptivo y sobre todo adecuado al fanatismo religioso prevaleciente en la época que describe.

Ahora bien, retomando las investigaciones de la autora, las actividades del Obispo Fray Juan de las Cabezas Altamirano contra el contrabando, mencionadas en “Espejo de paciencia”, merecen la consideración que se hace de sus esfuerzos y la importancia de su secuestro, descrito admirablemente por la historiadora, donde se oye en la distancia la opinión de un alcalde de Bayamo, don Gregorio Ramos.

Si la riqueza de datos caracteriza el primer capítulo, el segundo, con el sugestivo título de “Historia de una pelea cubana por un poema”, es el mejor estudio crítico que yo haya podido consultar hasta ahora en cuanto a autoría, fecha y otros aspectos del poema. Cruz-Taura recorre las investigaciones de otros historiadores, las pondera y procede a comparar sus opiniones, revelando en el proceso su gran cultura humanística. En medio de ese tan apreciable grado de erudición se destacan no solo el dato erudito sino también las aclaraciones que necesita el lector. Por ejemplo, “ante un texto copiado con ortografía modernizada, una pregunta queda sin respuesta, ¿quién o quiénes habían actualizado su lenguaje: Morell, Echeverría, o ambos? Discute también el probable uso de licencia poética en referencias a la condición de etíope que se le atribuye a uno de los responsables por la proeza del rescate, el esclavo Salvador, criollo a diferencia de Go-

lomón su padre. Balboa, al referirse a la derrota del “hereje”, el cual a partir del pontificado de Juan XXIII en el siglo XX sería llamado “hermano separado”, nos señala como héroe de la hazaña a un “etíope digno de alabanza, llamado Salvador, negro valiente.” A este tenor, Cruz-Taura escribe: “Para los estudiosos de la primera mitad del siglo XIX cubano, este pasaje pidiendo la libertad del esclavo provoca dudas. En efecto, pudo haber sido inspirado por el pensamiento antiesclavista de los contertulianos delmontinos (es decir, del cubano nacido coyunturalmente en Venezuela, pero de familia dominicana, Domingo del Monte), como han sugerido algunos estudiosos del poema.”

Otra cita importante que extraigo del texto es la siguiente: “Parte de la preocupación del poema tiene su origen en un hecho: la inserción de una obra apócrifa no es extraña en la historia literaria cubana.” Y se refiere a labores de Domingo del Monte en sus *Romances Cubanos*. Por supuesto que el grado de incertidumbre o misterio en relación con “Espejo de Paciencia” continuará, pero la presente obra lo pone en perspectiva.

En relación a este asunto, el tercer capítulo “El Poema y los historiadores” se inicia así: “Si bien la travesía histórica de ‘Espejo de Paciencia’ comenzó cuando el obispo Morell de Santa Cruz insertó el texto en su *Historia de la Isla y Catedral de Cuba* y Manuel de Estrada lo empleó como fuente de su texto *El Bayamo*, los historiadores hemos desdeñado el poema como fuente histórica.” Con esto, la autora demuestra su dominio de la historiografía cubana y de sus métodos, enfrentados en cierta forma a una difícil situación con problemas documentales como la que nos presenta “Espejo de Paciencia”.

Me limito a ese asunto y a esa cita y paso a las conclusiones de la autora. Estas tienen relación con los pasos de una historiadora e investigadora que enfrenta casi todos los problemas imaginables y tiene en cuenta casi todas las posibilidades, pero lo resume admirablemente al afirmar con franqueza que “‘Espejo de paciencia’ es historia, memoria y mito. No siempre podemos separar estas tres categorías, pero todo historiador tiene que reconocerlas, consciente de que se procrean mutuamente.” Y al hacer tales reconocimientos enfrenta cada dificultad. Por ejemplo, nos advierte: “...en ese episodio que

hemos colocado bajo la lupa, no hay testimonios ni de mujeres ni de esclavos, y sólo seis vecinos dejaron testimonios jurados del secuestro y rescate. ¿Cómo obtener otras perspectivas de los hechos si no poseemos ni un solo testimonio de los franceses? En algún archivo (¿francés?) podría hallarse algún texto que nos hable de los tres “herejes” que escaparon a nado durante la hazaña bayamesa...”

Por lo tanto, el proceso de investigación merece seguir adelante. Salvando distancias, como sucede también en los estudios teológicos y de historia de las religiones a los que he dedicado buena parte de mi vida, los eruditos continuarán trabajando indefinidamente en lo que el pastor, teólogo, musicólogo, filántropo, misionero médico y Premio Nobel de la Paz Alberto Schweitzer llamó “la búsqueda del Jesús histórico”. La autora del presente libro nos revela, pues, que no se interrumpe la búsqueda del ambiente, lo más completo posible, de “Espejo de Paciencia” y de sus personajes. Admiro su sugerencia ya que ella misma ha despejado un número grande de incógnitas y ofrece con su libro la investigación más profunda de los personajes de ese importante texto, quizás el inicio de la literatura cubana, como lo sugiere un título sobre nuestro primer período literario: *Del Espejo de Paciencia a la Condesa de Merlín* del profesor Salvador Bueno, antiguo Director de la Academia Cubana de la Lengua.

De nuevo la voz de la autora: “...No obstante las dificultades, este estudio nos da confianza en las posibilidades de la historia como disciplina. Lo que la investigación hasta aquí realizada nos ha dicho del cosmos de Silvestre de Balboa contribuye a avanzar la historia de Cuba...” Y añade con franqueza, “La tradicional visión historiográfica de las pobres y aisladas villas del interior de Cuba, ignoradas por la Corona, no concuerda con la condición social y la económica de un Silvestre de Balboa durante la primera década del siglo XVII.” Y regresa a ese emigrante canario, Silvestre de Balboa. Según ella “afincado al otro lado del Atlántico español gracias a una compleja red que incluía a un obispo indulgente, a gobernantes lejanos, a criollos, a españoles [por nacimiento en la Península o en Canarias], y a extranjeros [...] Entre éstos se hallaban parientes con cargos en los cabildos de Bayamo y Puerto Príncipe, amigos como Milanés; rescatadores como Pompilio, y esclavos como Salvador el hijo de Golomón A la vez que demostraba su capacidad literaria, Silvestre de Balboa, Troya

y Quesada revelaba estar inserto en esta red que le permitía incorporar aspectos de su mundo canario, a una nueva vida que, entre piratas e inquisidores, dejaba tiempo para admirar la naturaleza cubana y componer octavas reales.” No debe sorprender, pues, la posibilidad real de que naciera así, con este poema épico, la literatura cubana. En caso negativo, pudiera acudir a esa obra como un punto de partida que de alguna forma algo misteriosa y quizás hasta desconocida nos ha enviado la Divina Providencia.

Espejo de paciencia y Silvestre de Balboa en la Historia de Cuba, de Graciella Cruz-Taura, es sin duda uno de los mejores estudios críticos sobre las letras cubanas y del Caribe publicado en las últimas décadas. Gracias a este estudio accedemos a la más temprana historia y literatura de Cuba en un ambiente plenamente caribeño y antillano.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Abella, Rafael, *Los Halcones del Mar: La gran aventura de la pira-
tería*, La Habana, 1945.
- Bosch, Juan, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe frontera
imperial*, Santo Domingo, 1983.
- Cruz-Taura, Graciella, *Espejo de Paciencia y Silvestre de Balboa en
la Historia de Cuba*, Santo Domingo, 1983.
- Carbonell, José Manuel, *Evolución de la Cultura Cubana, 1608-
1927*, La Habana, 1928.
- Coronado, Francisco de Paula, Prefacio a *Historia de la Isla y Ca-
tedral de Cuba*, La Habana, 1929.
- Chacón y Calvo, José María, *El primer escrito en Cuba. Documen-
tos inéditos referentes al obispo Fray Juan de las Cabezas*,
La Habana, 1922.
- . *Diccionario de la Literatura Cubana*, La Habana, 1983.
- Esquemeling, Alexander, *Piratas de la América*, La Habana,
1963.
- Fernández Clara, *Las alusiones cultas en el poema Espejo de Pacien-
cia de Silvestre de Balboa*, Taller Literario, Santiago de Cu-
ba, 1967.
- García del Pino, César, *El Corso en Cuba: Siglo XVII*, La Habana,
2001.

- . *El Obispo Cabezas, Silvestre de Balboa y los contrabandistas de Manzanillo, en Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 3ª época, 17, 66 (2), 13-54, mayo-agosto, La Habana, 1975.
- Guerra, Ramiro, *Manual de Historia de Cuba: Desde su descubrimiento hasta 1868*, La Habana, 1971.
- . *La Colonia*, La Habana, 1925.
- Higman, B. W., editor, *General History of the Caribbean*, Unesco, 1999.
- Leiseca, Juan M., *Historia de Cuba*, La Habana, 1925.
- Lezama Lima, José, *Antología de la poesía cubana*, La Habana, 1965.
- Marrero, Leví, *Cuba: Economía y Sociedad*, Madrid, 1980.
- Morell de Santa Cruz, Pedro Agustín, *Historia de la Isla y Catedral de Cuba*, Miami, 2008.
- Moya Pons, Frank, Hugh Thomas, et. al., *Historia del Caribe*, Barcelona, 2001.
- Núñez Jiménez, Antonio, *Piratas en el archipiélago cubano*, La Habana, 1986.
- Peña Batlle, Manuel Arturo, *Le Vasseur, Rey de la Tortuga*, Ciudad Trujillo, 1951.
- Ponce de León, Néstor, “Los primeros poetas de Cuba”, en *Revista Cubana*, La Habana, 15:385-399, 1983.
- Ramos, Marcos Antonio, *Hacia los orígenes: dominicanos en la historia de Cuba*, Miami, 2010.
- Remos, Juan J. *Historia de la literatura cubana*, La Habana, 1945.
- Ulibarri, Saturnino, *Piratas y corsarios en Cuba*, La Habana, 1931.
- Vitier, Cintio, *La cubano en la poesía*, La Habana, 1970.



UN MISMO CAPÍTULO EN LA HISTORIA DE DOS PAÍSES: LOS CUBANOS EN SANTO DOMINGO (1868-1898)

El hombre tiene ya dos patrias: y en la nueva, a nadie recordará con más viveza que a aquél que reúne la virtud ejemplar a la devoción Americana, y la causa americana al vehemente talento. José Martí elogiando a Federico Henríquez y Carvajal, Barahona, 21 de septiembre de 1892.

[...] debemos formar una nueva República asimilada a nuestra hermana la de Santo Domingo.

Antonio Maceo en su proclama de marzo 25 de 1878, después del Pacto de Zanjón.

Sueño con una ley que, con muy insignificantes restricciones declarase (y lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre) que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa.

Máximo Gómez en los campos de batalla de Cuba, 1896.

La culminación de la Guerra de los Diez Años en Cuba mediante el Pacto del Zanjón, lanzó hacia nuestro territorio cerca de tres mil cubanos independentistas, encontrando en suelo dominicano generoso aliento y el apoyo de su población y del gobierno de Luperón. Franklin Franco Pichardo en su *Historia del pueblo dominicano*.

Después de enormes esfuerzos para unificar el movimiento independentista en el exilio, Martí y Máximo Gómez se reunieron en 1895 en República Dominicana y organizaron una expedición que los llevó de nuevo a Cuba...

Frank Moya Pons en *La otra historia dominicana*.

En sus postreros días en Monte Cristi, uno de los Grandes Profetas bíblicos resucita en él. Dicta las últimas providencias de salvación. Produce el Manifiesto. Dice a su madre eterno adiós. Y dirige aquella epístola a don Federico Henríquez y Carvajal, gran Amador de Cuba en quien simboliza a América, y a quien Cuba agradece se propone ahora festejar

Américo Lugo escribiendo sobre Martí en carta a Félix Lizaso, 20 de junio de 1948.

Las historias de la República Dominicana y de Cuba recorrieron a lo largo de los siglos caminos paralelos. A veces un capítulo de la historia de uno de esos países constituye otro capítulo en la historia del otro. Tal parece, cuando estudiamos períodos importantes de su desarrollo histórico, que se trata de un mismo pueblo que reside en dos territorios algo separados por el Atlántico y el Caribe, sin olvidar el Paso de los Vientos. Este trabajo no es el resultado de mi primer encuentro con esa realidad. No es tampoco el único capítulo de una historia común. He publicado artículos y ensayos en los cuales prevalece esa convicción que me acompaña desde la más temprana juventud. Se trata simplemente de la continuación de un interés que me acompañará hasta el fin de mis días y forma parte de un compromiso con la hispanidad y también con la región del Caribe.

En su primer viaje a Santo Domingo, el Apóstol de la Independencia de Cuba José Martí llamó a la amada tierra dominicana su “patria nueva” y afirmó tener dos patrias, Cuba y Santo Domingo. Después de la derrota temporal de la causa independentista en la Guerra de los Diez Años (1868-1878), un héroe de mil batallas, Antonio Maceo, encontró una esperanza renovada en la unión entre Cuba y Santo Domingo, quizás algo no muy diferente al glorioso ideal de la Confederación de las Antillas con el que soñaran notables pensadores de su tiempo como el puertorriqueño Eugenio María de Hostos. Detrás de las monumentales afirmaciones de esos grandes personajes de Cuba y las Antillas se encontraba la fraternidad insuperable de dos naciones habitadas por pueblos hermanados por razones históricas, culturales, geográficas y también por sus antepasados, como en el caso de Antonio Maceo, un cubano nieto de dominicanos por línea materna. El Generalísimo Máximo Gómez, el dominicano inmortal a quien los cubanos no lograron convencer para que aceptara ser el primer Presidente de una Cuba independiente, probó con su vida, especialmente en los campos de batalla, que José Martí tenía razón al proclamar que se puede ser cubano y dominicano al mismo tiempo.

Historiadores como Frank Moya Pons (de quien tanto he aprendido a través de los años) y otros muchos colegas del pasado y de nuestro propio tiempo, como Emilio Rodríguez Demorizi, investigador indispensable en los estudios dominicanos y del Caribe, han

hecho resaltar a través de los años la presencia en Santo Domingo de luchadores independentistas cubanos perseguidos en su tierra natal en el siglo XIX y respaldados en tierra dominicana por la generosidad de un pueblo hermano, y sobre todo en la veneración dominicana a la figura de José Martí, un verdadero culto reconocido por el historiador cubano Emilio Roig de Luchsenring en su artículo “Américo Lugo, descubridor en Martí de la grandeza superlativa del hombre y de su obra política revolucionaria”. Lugo escribió la primera antología martiana, *Flor y Lava*, publicada en París en la primera década del pasado siglo XX.

Recientes publicaciones en República Dominicana o aparecidas en el extranjero, como las del historiador Enrique Ros en Estados Unidos y de su ilustre colega Carlos Deive en República Dominicana, así como mis artículos y ensayos sobre la relación histórica entre Santo Domingo y Cuba publicados a través de los años, intentan impulsar nuevas investigaciones sobre la participación de los dominicanos en la independencia cubana. El tema escogido no es nuevo, pero es posible ampliar el conocimiento que se difunde acerca de un glorioso capítulo que debe mantenerse vigente, no sólo en el recuerdo y los sentimientos, como hasta ahora, sino también en nuevos estudios históricos como un ejemplo de hermandad antillana y americana. Por citar dos casos, tanto en *Cuba: Mambises que nacieron en otras tierras* (Ediciones Universal, 2011), obra escrita por Ros, como en mi ensayo *Dominicanos en la Historia de Cuba* (Caribbean Research Institute, 2010) se tratan esos asuntos. Debo aclarar que algo de lo que ofrezco en este ensayo se menciona a grandes rasgos en *Dominicanos en la Historia de Cuba*, una especie de introducción a la gigantesca presencia quisqueyana en la historia de Cuba. Con el presente trabajo solo me he propuesto brindar un breve panorama de la presencia en el territorio de la República Dominicana de cubanos que siempre encontraron abiertas las puertas amigas del pueblo hermano, comprometido como ningún otro con la causa de la independencia de Cuba.

Los lazos que unieron a las islas de Cuba y La Española en el período colonial y que hermanaron definitivamente a los pueblos cubano y dominicano en el proceso independentista de las Antillas han sido objeto de varios estudios, entre ellos los publicados por plumas

prestigiosas de escritores dominicanos. Me limito con este ensayo a la presencia en territorio dominicano de cubanos partidarios de la independencia de su tierra natal y de hijos de cubanos que contribuyeron al esfuerzo. Ahora bien, hay otro asunto que merece al menos tratarse en líneas generales aunque no sea tema principal de este trabajo. Mientras dominicanos y cubanos luchaban en territorio de Cuba, otros compatriotas suyos, radicados en Santo Domingo, ejercieron una influencia apreciable sobre gobernantes y otras figuras nacionales que contribuyeron a una causa a la que se unió generosamente, desde el principio, el pueblo dominicano.

Para presentar esa situación me referiré primero a Enrique Loynaz del Castillo, autor del “Himno invasor de Cuba”, un patriota tan cubano en su nacimiento en Puerto Plata, como dominicano en su nacimiento en Santiago de Cuba lo fue Federico García Godoy, gloria de las letras dominicanas y del Caribe. Loynaz del Castillo, que ocupó altos cargos en la política y la diplomacia, fue padre de la gran poetisa cubana Dulce María Loynaz. También deseo destacar a una familia cubano dominicana, la de Federico García Godoy, eximio literato dominicocubano, hijo del patriota Federico García Copley, emigrado cubano en Santo Domingo, y abuelo del Presidente dominicano Héctor García Godoy. Casi todos los Loynaz regresaron a Cuba con la independencia; los García Godoy y los García Copley permanecieron en República Dominicana y sus descendientes radican allí todavía.

El futuro General del Ejército Libertador de Cuba Loynaz del Castillo y los miembros de la familia García Copley/García Godoy ejercieron en la segunda mitad del siglo XIX gran influencia sobre otros cubanos y cubanodominicanos a favor de la causa cubana, cooperando con figuras fundamentales de la lucha independentista que viajaron por Santo Domingo. Muy bien pueden ilustrar con su vida y actividades lo que tantos otros cubanos y dominicanos hicieron desde Santo Domingo a favor de Cuba.

Deseo aclarar que el lector no encontrará aquí todos los datos y mucho menos la lista completa de los cubanos que residieron en Santo Domingo en calidad de exiliados durante las guerras de independencia. Tampoco pretendo ofrecer un relato minucioso de los aconte-

cimientos o la descripción de todas las contribuciones e incidentes relacionados con mandatarios dominicanos reconocidos entre los mejores amigos de los cubanos independentistas como el General Gregorio Luperón o que merecieron en algún período de sus vidas el título de aliados del pueblo cubano, como Ulises Heureaux (“Lilís”), sin olvidar a otros gobernantes en aquel largo período como Francisco Gregorio Billini, pariente y colaborador entusiasta de Máximo Gómez; Ulises Francisco Espaillat, gran amigo de la causa de Cuba, a la cual defendió sobre todo con la pluma; y el Arzobispo y Presidente Fernando Arturo de Meriño, el gran orador de su época y amigo de Máximo Gómez y de otros cubanos. Para más información, remito al lector a las obras del historiador Rodríguez Demorizi, reconociendo en el texto otras importantes contribuciones de eruditos dominicanos.

En un artículo publicado el 15 de agosto de 2010 en *Diario Las Américas*, “16 de agosto: de Capotillo a Yara”, intenté describir “la relación estrecha entre el Grito de Capotillo de 1863 y el Grito de Yara de 1868”. Me refería, entre otras cuestiones, a la muy autorizada opinión del diplomático y periodista cubano Manuel Márquez Sterling (hijo), que vivió entre 1872-1934. Don Manuel (hijo) fue el autor de una obra clásica en la historia latinoamericana: *Los últimos días del Presidente Madero, mi gestión diplomática en México*, y ocupó en los años treinta la Secretaría de Estado (Relaciones Exteriores) de Cuba y muy brevemente la Presidencia de la República (1934). El autor de *La diplomacia en nuestra Historia* (1909) supo relacionar de forma convincente y documentada los efectos de la Guerra de Restauración de la Independencia Dominicana (1863-1865) sobre la Cuba colonial y la génesis de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) en ese territorio. Algunos de sus antepasados paternos pertenecieron a la alta sociedad dominicana. Su padre, también llamado Manuel, había representado en Perú al gobierno cubano en Armas durante la Guerra de los Diez Años, y su hijo Manuel fue encargado en ese período de importantes gestiones que se realizaron ante Ramón Emeterio Betances en París, ciudad en la cual, por aquel tiempo, el ilustre puertorriqueño representaba a Santo Domingo. Las gestiones de Manuel Márquez Sterling (hijo) y otros próceres que le acompañaron parecen haber tenido relación con un hecho importante acontecido un poco después, la aceptación por Betances de la representación del movimiento revolucionario cubano en Francia (Véase el libro de Carlos

Márquez Sterling *A la injerencia extraña la virtud doméstica. Biografía de Manuel Márquez Sterling*). Un dato adicional que no debe olvidarse es que los Márquez Sterling están emparentados con la familia del histórico Poeta Nacional de Cuba, hijo de dominicanos, José María Heredia. En cualquier caso, don Manuel disponía de datos y vivencias que permiten emitir juicios muy apreciables sobre ese período de la historia nacional (A mayor abundamiento puede consultarse *Historia de las familias cubanas*, de Francisco Santa Cruz y Mallén, Conde de San Juan de Jaruco, y *El Camagüey de Martí* de Luis Álvarez y Gustavo Sed.

En el mismo trabajo mencioné que el famoso Jefe de Gobierno español Antonio Cánovas del Castillo, que tanta relación tuvo con los esfuerzos españoles de enfrentar la rebelión en Cuba, había llegado a admitir en las Cortes de Madrid lo siguiente: "... [el] reconocernos incapaces de luchar y vencer bajo el sol de las Antillas, nos obligará pronto a demostración más sangrienta y onerosa de nuestro poder en Cuba". Si alguien se vio obligado en los círculos de poder español de aquel tiempo a conocer hasta en sus más mínimos detalles lo que podía afectar la permanencia de España en la mayor de las Antillas era quizás Cánovas del Castillo, como se deduce fácilmente de su participación en esos asuntos hasta el momento mismo de su trágica muerte.

El historiador Ramiro Guerra, quizás el más reconocido investigador histórico cubano del pasado siglo XX, había señalado que el triunfo de los dominicanos contra los españoles en la Guerra de Restauración, se había considerado en Cuba como "...una prueba de la debilidad de España y de la inconsecuencia de sus gobiernos". En su obra *Manual de historia de Cuba desde su descubrimiento hasta 1868* no sólo hace esa afirmación sino que relaciona el asunto con otros acontecimientos de la época (p. 591). Por lo tanto, los historiadores que como Ros señalan claramente la vinculación de notables luchadores dominicanos por la independencia cubana con sus actividades pasadas a favor de la anexión de Santo Domingo a España en el período en cuestión (1861-1865), las cuales les obligaron a abandonar su tierra natal y radicarse en la Cuba española de 1865, están reconociendo, como lo hizo Ramiro Guerra, la relación entre lo sucedido en territorio dominicano en la década de 1860 y los acontecimientos cubanos en aproximadamente el mismo período.

Muchos dominicanos habían aceptado a España por razones culturales y étnicas, así como por temor a una nueva invasión haitiana, además de la frustración causada por los primeros años de independencia, situación compartida con otros países hispanoamericanos. Cualquier descripción o análisis de la actuación de algunos militares quisqueyanos que pelearon en territorio dominicano al lado de España en la llamada Guerra de Restauración de la Independencia (1863-1865), debe ser emprendido cuidadosamente con un respeto esencial a la dominicanidad de quienes se convirtieron después en próceres de la independencia de Cuba. El tema de la independencia dominicana requiere una atención especializada. En el caso del gran Libertador y único Generalísimo de los ejércitos cubanos en toda la historia nacional, Máximo Gómez, el historiador Ros señala específicamente, en relación con su condición de militar al servicio de España en Santo Domingo, lo siguiente: “En 1855 ante la amenaza de los haitianos de invadir a su país, se enroló en el ejército dominicano con el grado de alférez... En 1861 ocurre la anexión de Santo Domingo a España, Gómez, como muchos militares luchó en favor de la anexión a España. Como medida que detuviera las invasiones haitianas...” (*Cuba: mambises nacidos en otras tierras*, p. 131).

No sería necesario utilizar demasiado la imaginación para que cualquier estudioso de las generaciones posteriores diera el salto en el tiempo ubicándose con realismo en el contexto de los momentos históricos que nos ocupan en cuanto a Cuba y Santo Domingo, y comprenderlos. Por otro lado, no debe olvidarse que esas situaciones, independientemente de posiciones favorables o desfavorables a la dominación española, se comentaban diariamente en Cuba, sobre todo en la parte oriental del país, por su proximidad y su relación con la vecina isla. Y aun antes de que los dominicanos que habían salido de su tierra cambiaran su anterior posición favorable a la dominación española en Santo Domingo y se convirtieran en partidarios de la independencia cubana, su derrota y la de las armas españolas en República Dominicana repercutieron en la opinión pública cubana. Una parte importante de la población de la isla hizo suyo el triunfo de los dominicanos que hicieron posible el triunfo de la Restauración de la gloriosa república fundada por grandes patriotas como los Padres de la Patria Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez y Matías Ramón Mella.

El triunfo de la causa de la Restauración de la independencia dominicana había causado consternación en España y en Cuba, como también en Puerto Rico, entre los elementos integristas y los que albergaban preocupaciones ante la posibilidad de un futuro incierto para las dos Antillas que el gobierno de España de aquella época deseaba mantener a todo costo bajo la soberanía de esa gran nación. El General José de la Gándara Navarro, autor de *Anexión y guerra de Santo Domingo*, que había comandado las tropas españolas enviadas a Santo Domingo desde Cuba y a cuyo Estado Mayor perteneció el general Valeriano Weyler, expresó claramente su opinión:

[...] las contrariedades que allí sufrió nuestro ejército y la debilidad de que dimos pruebas abandonando a Santo Domingo (1865) antes de vencer a los rebeldes, estimularon grandemente el espíritu sedicioso de los insurrectos cubanos y fueron parte a animarles en sus insensatas esperanzas de triunfo. Toda nuestra desdichada conducta en la anexión y guerra de la Española [la parte Este] contiene los gérmenes de ese pavoroso problema que, por espacio de diez años ha mantenido los destinos de la isla.

José de la Gándara, escribiendo sobre lo que llamó “un efímero paso por Santo Domingo”, indicó que en esos hechos había “que buscar una de las causas más poderosas y eficaces entre todas las que contribuyeron a la insurrección de Yara en 1868...”.

Muchos de los datos disponibles son producto de la investigación e insuperada recopilación realizadas por el historiador Emilio Rodríguez Demorizi, quien en su obra *Maceo en Santo Domingo* (p. 33) dedicó todo un capítulo al tema “La Restauración: sus ecos en Cuba”, señalando, entre otras cosas, que “la Revolución Cubana fue, en cierto modo, continuación de nuestra Guerra de Restauración, la gloriosa contienda contra España ganada en 1865”. La labor realizada por Ros sirve para confirmarlo al describir la transición de dominicanos que sirvieron en su país cómo soldados de España a miembros importantes del Ejército Libertador de Cuba sin cuya contribución en organizar y entrenar a los primeros mambises cubanos hubiera fracasado en cuestión de meses.

El historiador dominicano contemporáneo Frank Moya Pons, en su libro *La otra historia dominicana* (p. 312), también entra de lleno en el tema de las consecuencias en Cuba de la Restauración de la independencia dominicana y el fin de la dominación española: “Uno de los aspectos menos estudiados de la Guerra de Restauración es el efecto que tuvo en Cuba y Puerto Rico. El impacto psicológico y político que produjo en esas colonias la expulsión de las tropas españolas de Santo Domingo fue enorme. Que un pueblo de campesinos pobres y mal armados hubiera derrotado al ejército español era una señal del camino a seguir.” Moya Pons señala cómo los intentos por obtener la independencia en Cuba y Puerto Rico habían fracasado hasta ese momento e indica como característica común en los esfuerzos cubanos y dominicanos por la independencia la participación de las logias masónicas.

El Grito de Capotillo del 16 de agosto de 1863 y la Guerra de Restauración iniciada en esos días parece haber contribuido, pues, a crear el ambiente de resistencia y esperanza que condujo al Grito de Yara en Cuba el 10 de octubre de 1868. Sería la República Dominicana, con su independencia recuperada, el refugio más cercano y generoso para los cubanos independentistas perseguidos en Cuba, convirtiéndose en la base de operaciones más próxima a la lucha iniciada en Cuba oriental.

Como en tantos otros asuntos es importante acudir de nuevo a Emilio Rodríguez Demorizi. Sin su obra sería sumamente difícil intentar un resumen medianamente aceptable de la presencia de cubanos en Santo Domingo. En su ya citada obra *Maceo en Santo Domingo* (p. 53), el polígrafo dominicano, al describir la presencia de emigrados cubanos específicamente en la llamada “Ciudad Atlántica” escribe:

Puerto Plata era, entonces, como un animado campamento mambí de cubanos, soldados de la emigración que desde 1868 [el Grito de Yara] comenzaron a establecerse al pie de Isabel de Torres [el pico que presidía con su impresionante presencia la zona], y que cubrían vigilantes la retaguardia de las tropas insurrectas. Distinguidas familias cubanas llenaban la ciudad: Carlos Céspedes, Enrique Trujillo, el Dr. Manuel

Ramón Silva, los García Copley, el Dr. Manuel Antonio Romagosa, Gaspar Betancourt, los Socarrás, los Zayas, Pompilio y Antonio Argilagos, Federico Mola, el abogado Ignacio Belén Pérez, Pedro Recio Agramonte, Domingo Capote, Fernando Agüero Betancourt; Enrique, Diego y Carlos F. Loynaz, el profesor de segunda enseñanza Manuel R. Fernández, Serafín Otero, Diego Machado, Miguel Masvidal, Luis Loret de Mola, Martín Castillo, el Dr. Rosendo Arteaga, Paquito Borrero, Fernando Figueredo y muchos otros, entre los que se contaba un niño nacido allí que pelearía junto a Maceo: Enrique Loynaz del Castillo.

Se trata, en casi todos los casos, de nombres de algunos de los patriotas y de familiares de luchadores independentistas que habían llegado allí, la gran mayoría, desde los primeros años de guerra hasta aproximadamente 1880, año de una visita de Maceo a Puerto Plata. El número de residentes cubanos continuaría aumentando con los años.

Desde antes de esa fecha funcionaban, según el mismo historiador, una Sociedad de Beneficencia Cubana llamada “La Juvenil”, compuesta por simpatizantes de la independencia cubana. Otros se agrupaban en el Club Cubano de Puerto Plata y en el Comité de las Emigraciones Cubana y Puertorriqueña. Varios cubanos enseñaban en las escuelas o habían establecido sus propios centros docentes con alumnos de todas las nacionalidades allí radicados. La Iglesia Metodista, en la que predicaba el pastor N. Andrews, albergaba actividades a favor de la independencia de Cuba, y también en la Iglesia Católica de esa población se celebraban funciones religiosas en festividades cubanas. Como dato interesante debe mencionarse que gracias a una escuela vinculada a la Iglesia Metodista en Puerto Plata, pudieron hacer sus primeros estudios dos presidentes dominicanos: Ulises Heureaux y Gregorio Luperón, quienes, como veremos más adelante, fueron grandes aliados de la causa cubana.

En la década de 1890, según indica Rodríguez Demorizi en *Martí en Santo Domingo* (pp. 398-399), en el Club Cubano “Diez de Octubre” figuraban apellidos como Loynaz, Aguilar, Schewerer, Borrero, Rizo, del Monte, Sierra, Irizarri, Cos, Pla, Usatorres, del Risco, de León, Camaño, Cabrera, Senespleda, Prins, González, Palomino,

Pérez Cisneros, Ramírez, Cortiñas, Jaén, Arango, Román, Meana, Basulto, de Armas, Montejo, Arce, Figueroa, Lamarque, Peiyon, Lample, Escrich, Beatón, Gutiérrez, Batista, Miranda, Peláez, Aguilar, Puyans, Limonta, Villaón, Núñez, Marín, Martínez, Milanés y muchísimos más, como José Zayas Bazán, hermano de doña Carmita, la esposa de José Martí.

En sus *Memorias de la guerra* (p. 37), Loynaz del Castillo, que menciona especialmente entre las congregaciones cristianas de Puerto Plata a cubanos de una “iglesia anabaptista” (Bautista), en la que predicaba su primo Enrique, también cubano dominicano, afirma que otro compatriota había fundado el “primer periódico estable” en Puerto Plata y se refiere a las labores de su propia familia pues los hermanos Carlos y Enrique Loynaz habían instalado el primer ingenio de máquina de vapor. Loynaz señala que en aquel período “en Santo Domingo fue cubana la industria del azúcar”; tampoco deja de señalar la presencia de cubanos en otras ciudades, como la de Federico Giraudy, propietario del colegio “Colón” en la capital dominicana (*ob. cit.*, p. 19) y se refiere a su propio padre, Enrique Loynaz Arteaga, el cual “obligado por negativos resultados de una empresa azucarera”, instaló un colegio de segunda enseñanza en Baní, mientras su madre se encargaba allí de instalar un colegio municipal de señoritas. El primer alumno de su padre era hijo del futuro senador dominicano Vicente Linares. Entre los estudiantes del plantel paterno menciona a “ministros, que fueron espejo de rectitud como José María Cabrales y Eduardo Soler; grandes ciudadanos como Francisco Arturo Gómez, Sergio Herrero, Marino Miniño, Ramón y Virgilio Pimentel, los Blandino, los Paulino, los Baehr, un alcalde ejemplar, Fabio Herrera, y generales como José Antonio Miniño, Wenceslao Guerrero, Antonio Ortiz...” (*ob. cit.*, p. 29).

La actividad de emigrados cubanos no se limitaba únicamente a Puerto Plata, Santiago de los Caballeros, Baní o Azua. Varios historiadores dominicanos señalan, como el propio Rodríguez Demorizi, que con el Pacto del Zanjón [1878] y el fin de la Guerra de los Diez Años creció de forma impresionante la colonia cubana de Santo Domingo. Los recorridos por la capital dominicana y en gran parte del país realizados por cubanos tan famosos como Martí y Maceo, entre otros, así como la estancia de Máximo Gómez en su tierra natal

(1888-1895), revelan cómo se topaban casi en todas partes con sociedades, clubes y organizaciones de cubanos y sus amigos dominicanos a favor de la causa independentista de Cuba.

Debe estudiarse de forma más pormenorizada el caso de Puerto Plata, aprovechando el interesante enfoque que hace el profesor Juan Bosch, estadista e intelectual dominicano con larga residencia en Cuba. Su opinión se puede encontrar sobre todo en su libro *Composición social dominicana: historia e interpretación* (pp. 324-325):

La emigración cubana de esos años (a partir de 1868) que llegó a Santo Domingo fue muy importante por el número y por la clase de gente que había en ella. Puerto Plata, que era entonces el centro de más actividad económica del país, llegó a tener tantos cubanos que uno de los barrios de la ciudad se llamó Cuba Libre. Todavía hay en Puerto Plata apellidos cubanos de los que llegaron durante lo que en Cuba se conoce como la Guerra de los Diez Años...

El historiador George A. Lockward se ocupó también del tema en una sección de su obra *El protestantismo en Dominicana* (p. 261):

Puerto Plata, que era entonces el centro de mayor importancia económica llegó a tener tantos cubanos que uno de los barrios urbanos, cuyos linderos han desaparecido con el tiempo, se llamaba Cuba Libre. La barriada lindaba con la manzana propiedad de la Misión Metodista Wesleyana y uno de los inmigrantes cubanos, miembro de la Iglesia Protestante de Puerto Plata, Charlie Loynaz, fue el primero en sembrar caña en el norte del país [...], siendo el primer ingenio a vapor, aunque de pequeñas proporciones, introducido en el país. Le tocó a otro cubano, Joaquín Delgado, la gloria de inaugurar la fabricación de azúcar en gran escala al fundar en los alrededores de la ciudad de Santo Domingo en 1874, el primer gran ingenio azucarero movido a vapor, llamado Esperanza... Así estimulados, los cubanos Enrique Lamar y Juan Amechazurra fundaron, uno del ingenio 'La Caridad', en San Carlos y el otro 'La Angelina', en San Pedro de Macorís.

Según Rodríguez Demorizi en *Maceo en Santo Domingo* (pp. 43-44): “En la capital y en sus tierras aledañas, así como en poblaciones de todas las regiones del país, muchos cubanos se dedicaban al magisterio, otros al periodismo, y los más ricos a las faenas agrícolas, a las que dieron sorprendente impulso. Datan de entonces nuestras grandes plantaciones de caña de azúcar, entre cuyos fundadores se contaron Joaquín Delgado, Juan Amechazurra, Evaristo Lamar, Eleuterio Hatton, Fermín Delmonte, Néstor del Prado, el General Serafín Sánchez.” Y también entiende que se debe a la emigración cubana “el implantamiento en el país de la crianza bajo cerca, en oposición a la empobrecedora tradición de los hatos”. También menciona cómo fuente imprescindible para la investigación la obra *Historia de la Provincia y especialmente de la ciudad de San Pedro de Macorís*, publicada en 1932 por Leónidas García Lluberes, en cuyas páginas se proporcionan importantes datos acerca de los ingenios de azúcar fundados por emigrados cubanos en el Este de la República Dominicana, Hasta el muy reconocido historiador inglés Hugh Thomas menciona ese aspecto en su famosísima obra *Cuba: The Pursuit of Freedom* (p. 271). Además de fuente, como las anteriores, que revelan la relación cubano-dominicana en cuestiones de la industria azucarera, la importancia, organización, mercados y situación de esa actividad dentro de Cuba puede conocerse mejor, en relación al período, con la lectura de la obra de Ramiro Guerra *La industria azucarera de Cuba*.

Quizás deba aclararse de nuevo que esta actividad o influencia de cubanos en República Dominicana, por lo general con alguna relación al esfuerzo independentista en Cuba, no se limitaba al período de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) o a los años inmediatamente posteriores a la Paz del Zanjón de 1878, ya que abarcaría todo el período de guerras separatistas hasta 1898. Puede identificarse en el país dominicano la presencia de muchos médicos cubanos, como el doctor César Salas, padre de un miembro del mismo nombre en la expedición de Martí y Máximo Gómez de 1895. También ejercía la medicina el doctor Carlos Castellanos Arteaga, quien falleció en Santo Domingo, tío del patriota cubano José Lorenzo Castellanos, que ocuparía el cargo de Secretario de la Presidencia de la República de Cuba en los primeros años de la independencia, padre del conocido escritor Jesús Castellanos, muy vinculado en Cuba, en proyectos culturales, al gran intelectual dominicano cubano Max Henríquez Ureña. En Santiago

de los Caballeros ejercían los doctores P. P. Dobal y Fonts Sterling. En el mismo período, el doctor Rafael Arredondo lo hacía en San Cristóbal. Otro médico cubano muy conocido era el doctor Filipo Ayala, suegro de un gran aliado de la causa separatista cubana, el filósofo puertorriqueño y gran ideólogo de una soñada Confederación Antillana, don Eugenio María de Hostos.

En la actividad periodística, el número de cubanos que escribían en periódicos dominicanos era impresionante. Lo hacían también en publicaciones que pueden ser calificadas de dominico-cubanas como *El Dominicano*, *El Laborante*, *El Universal*, *El Porvenir* y otras. Si se estudia simplemente un viaje de José Martí al país que llamó su “patria nueva”, encontraremos noticias y artículos altamente favorables al Apóstol de la Independencia escritos por plumas tanto dominicanas como cubanas y dominico-cubanas en *Listín Diario*, *Letras y Ciencias*, *El Teléfono*, *El Eco de la Opinión*, *La Prensa*, etc.

Por citar un nombre ilustre que se destaca entre muchos otros, igualmente prominentes, debe señalarse que Arturo Pellerano Alfau, director de *Listín Diario* y muy relacionado con Máximo Gómez, sufrió brevemente prisión por su continua y abierta lucha a favor de la independencia cubana. Su periódico también sufrió un breve período de suspensión por esa causa ya que se había convertido en un vocero de la causa cubana, molestando a las autoridades consulares y de la colonia española residente en el país. La influencia de los exiliados cubanos en el periodismo de Puerto Plata es sobradamente conocida. Artículos escritos por cubanos y dominicanos que promovían la independencia cubana aparecieron en todas las publicaciones de esa importante población. En Montecristi, el heroico hijo de Máximo Gómez, Francisco Gómez Toro, dirigió el periódico *Las Albricias*, que tenía como principal columnista a Lorenzo Despradel, Comandante del Ejército Libertador de Cuba, dominicano nacido en La Vega, cuya *Memoria sobre la guerra de independencia de Cuba* fue incluida como apéndice en la edición original de *Mis relaciones con Máximo Gómez* (La Habana, 1942), escrita por el historiador cubano nacido en Italia Orestes Ferrara.

Sería difícil, por no decir imposible, encontrar un sólo periodista dominicano, cubano o puertorriqueño que no defendiera con su

pluma, en territorio de Quisqueya, a los cubanos independentistas durante la Guerra de los Diez Años, en el período posterior a su conclusión en 1878 y sobre todo a partir de las visitas de Martí iniciadas en 1892 y durante la Guerra de Independencia (1895-1898). Entre los que escribían con mayor frecuencia y devoción estuvo en primerísimo lugar un dominicano que sirvió, entre otros cargos importantes, como Secretario de la Asamblea de Representantes de la República de Cuba en Armas presidida por Carlos Manuel de Céspedes y posteriormente en calidad de miembro del gabinete presidencial dominicano como Secretario de Estado de Interior y Policía. Me refiero al educador, poeta y escritor Manuel de Jesús Peña y Reynoso, de honrosa participación en la lucha por la independencia de Cuba. En fin, las noticias sobre Cuba y sus guerras por la independencia, así como en relación con la Guerra Hispano Cubano Americana de 1898, recibieron prioridad como información difundida en todo el país dominicano.

En relación a este asunto, debe ampliarse la visión del período mostrando detalles de una época en que la vida de ambos países se entrelazaba como el largo período colonial en que aspectos importantes de la historia de Cuba no podía escribirse sin la de Santo Domingo y viceversa. Jacinto Gimbernard, historiador y músico eminente de la República Dominicana, cita en su libro *Historia de Santo Domingo* (p. 352.) las investigaciones de Freddy Prestol Castillo sobre el desarrollo azucarero en el país, algunas de ellas publicadas en *Listín Diario* (Edición del 19 de junio de 1967): “En 1876, en Puerto Plata, el cubano Carlos Loynaz había fundado su ingenio San Marcos...” y describe importantes asuntos relacionados con la industria azucarera en que los cubanos desempeñaron un papel apreciable.

J. Marino Inchaustegui, en el Segundo Tomo de su obra *Historia Dominicana* (Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1955,” pp.86-87), después de relatar el regreso a la República, procedente de Cuba, de Manuel de Jesús Peña y Reynoso en 1873, se refiere a datos sobre los cubanos en el país y su actividad empresarial. Según él: “De 1873 a 1876 Evaristo Lamar, cubano, fundó el Ingenio Caridad, en los alrededores de la ciudad de Santo Domingo, hacia el Noroeste...En 1874, también al Noroeste de la ciudad de Santo Domingo, Joaquín Delgado, cubano, montó el primer gran ingenio de azúcar: La Esperanza...”

Frank Moya Pons, en su obra *La otra historia dominicana* (p. 202), se refiere también a la segunda mitad del siglo XIX al afirmar: “La Guerra de los Diez Años (1868-1878) tuvo una influencia decisiva en la transformación de la economía dominicana. Durante el período entraron al país varios miles de exiliados cubanos entre los cuales se encontraban algunos individuos con experiencia en la producción de azúcar. Varios de esos inmigrantes obtuvieron tierras deshabitadas y baratas y crearon haciendas ganaderas, mientras otros se decidieron por la instalación de ingenios azucareros”. En un capítulo suyo, publicado originalmente por la Universidad de Cambridge (1985) y cuya versión española publicó Editorial Crítica en su *Historia del Caribe* (Barcelona, 2001, p. 110) explica como los cubanos exiliados de ese período “...querían continuar aplicando su capital y su pericia a un tipo de agricultura moderna que parecía prometer mucho debido a la gran proximidad del creciente Mercado estadounidense...” A este asunto se refería en sus memorias el general Loynaz del Castillo, a quien he citado anteriormente. Moya Pons en el primero de esos trabajos menciona un aspecto significativo: “La República Dominicana resultaba muy atractiva a estos inmigrantes. Las tierras eran vírgenes y fértiles y producían dos veces más caña por hectárea que las tierras de Cuba y Luisiana. Además, los salarios eran más bajos....”.

Sobre el tema también escribió Luis F. Mejía en su conocido libro *De Lilís a Trujillo* (Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2003, p. 283): “A partir del 1880 se establecieron centrales azucareros en los alrededores de la capital y en San Pedro de Macorís, a iniciativas de capitalistas cubanos...” En su *Historia Dominicana* (ABC Editorial, 2001, p. 161.), Jaime de Jesús Domínguez menciona, entre otros factores que incidieron en el renacimiento de la industria azucarera “La guerra de independencia cubana de los años 1868-1878, que hizo que muchos capitalistas azucareros cubanos saliesen de dicho país, algunos de los cuales fundaron ingenios en la República Dominicana”, así como que “Las propicias condiciones del suelo y del clima dominicanos para el cultivo de la caña de azúcar, lo que junto a los menores costos de producción en comparación a los de Cuba y otros países...hicieron que capitalistas azucareros, principalmente cubanos, alemanes, franceses, estadounidenses y comerciantes criollos y extranjeros radicados en el país desde hacía mucho tiempo, fundasen unidades productivas azucareras...”.

Un importante sociólogo dominicano, José del Castillo, ofrece un panorama más allá de cuestiones económicas al señalar en sus *Ensayos de sociología dominicana* (Editorial Taller, Santo Domingo, 1984, p. 165): “Los cubanos y puertorriqueños afectados por las luchas contra la dominación española en sus países emigraron hacia Puerto Plata, Santiago, Santo Domingo y San Pedro de Macorís, aportando sus esfuerzos en órdenes tan diversos como la educación, la agricultura, la industria, el periodismo y la política. El impacto de esta inmigración fue formidable, revolucionando nuestra producción azucarera, sacándola del nivel representado por el rústico trapiche de madera e integrándola a la era de la máquina de vapor, los tachos al vacío y las centrífugas.”

Esos datos hacen resaltar la residencia y actividad de cubanos en la República Dominicana en la segunda mitad del siglo XIX, los cuales eran casi todos partidarios de la independencia de su país natal o de origen. Independientemente de cualquier contribución que hayan hecho a la economía, la educación y cualquier aspecto significativo de la sociedad dominicana, sobresalen esa política de puertas abiertas a los cubanos que ha caracterizado al pueblo dominicano y a la casi totalidad de sus gobiernos a través del tiempo.

Como se aclaró casi desde el principio, no ha sido el propósito de mi investigación ofrecer en el presente trabajo, sino más bien en una obra futura, un estudio realmente amplio sobre la cooperación de los gobiernos dominicanos con los cubanos independentistas cuya presencia en el país se ha tratado de resaltar. El historiador cubano Enrique Ros ha destacado en su trabajo el aporte esencial de los dominicanos en los campos de batalla en el período de las guerras por la independencia de Cuba.

He mencionado algunos datos acerca de los cubanos independentistas en Santo Domingo y su contribución a la lucha en territorio cubano, pero debe reconocerse de manera más extensa, lo cual requeriría un libro bastante voluminoso, aclarando cuestiones internas y de política exterior, así como asuntos de legislación internacional y describiendo en detalles, algunos de ellos bastante íntimos, la participación de gobernantes y de dominicanos influyentes a la causa cubana dentro del territorio de Quisqueya.

En forma breve, el documentado historiador dominicano Franklin Franco Pichardo enlaza tanto la presencia de cubanos en su país como la actitud de sus gobernantes, sobre todo del general Gregorio Luperón, admirado en todas partes. En su obra *Historia del Pueblo Dominicano* (Sociedad Editorial Dominicana, 1992, p. 336) introduce el tema de la siguiente manera: “El otro problema importante [además de dificultades con Haití] fue con la monarquía española, pues nuestro país se había convertido en el oasis de los patriotas cubanos que luchaban por la independencia de su país.”

Según el propio Franco Pichardo en el libro ya mencionado (ob. cit., p. 336): “La culminación de la Guerra de los Diez Años, lanzó hacia nuestro territorio cerca de tres mil cubanos independentistas, encontrando en suelo dominicano generoso aliento y el apoyo de su población y del gobierno de Luperón”. Como puede notarse en numerosos textos de historiadores prestigiosos, fueron muchos los incidentes que revelaron el apoyo de Luperón y otros gobernantes y figuras importantes al esfuerzo libertador cubano a partir de 1868.

Un célebre cubano con antepasados dominicanos, Antonio Maceo, cuyas hazañas forman parte de la historia militar de la humanidad, visitó Santo Domingo a partir de 1880 en busca de ayuda para la causa independentista. Aunque siempre se ha señalado la dominicanidad del Generalísimo del Ejército Libertador Cubano Máximo Gómez y Báez, debe tenerse en cuenta como ya se ha señalado que su futuro Lugarteniente General, Antonio Maceo Grajales, tenía una relación estrecha con la República Dominicana donde nacieron sus antepasados maternos y donde murió en 1893 su hermana Baldomera. Según el patriota, orador y escritor cubano Manuel Sanguily, Mariana Grajales, madre del “Titán de Bronce” (Maceo), la mujer más reverenciada por los cubanos, pudo haber nacido en Santo Domingo y no en Santiago de Cuba, dato que no es necesario confirmar para ratificar el origen dominicano de su familia.

Muy diferente al caso del presidente haitiano Louis Etienne Félicité Lysius Salomon, que persiguió las actividades de Maceo en su país para complacer al gobierno español, el general Gregorio Luperón, presidente y prócer dominicano, le extendió siempre bienvenida, refugio y ayuda. Su canciller el Secretario de Estado Federico

Lithgow respondió a una carta del Cónsul General de España en Santo Domingo, en la que este elogiaba al presidente haitiano por echar de su país a Maceo con estas palabras que forman parte de su respuesta al Cónsul General de Su Majestad Católica, firmada en Puerto Plata, mayo 15 de 1880: "...pues este [el gobierno dominicano] se respeta demasiado para faltar a la hospitalidad respecto de extranjeros que vienen a acogerse al amparo de nuestras instituciones esencialmente liberales, de las garantías que hallan en esta tierra de democracia los desterrados de todos los países, y de la confianza que inspira a todos el recto proceder de un Gobierno que, ni cede a amenazas, ni esquivo el cumplimiento de ningún deber". Lithgow había iniciado su relación con el presidente Luperón desde su niñez. Tanto don Federico como el Presidente Luperón y el futuro gobernante Heureaux hicieron sus primeros estudios en una escuela metodista en Puerto Plata. Su hermano Washington Lithgow, fue Presidente del Ayuntamiento de Puerto Plata y predicador local de la Iglesia Metodista. Federico Lithgow tuvo una estrecha relación con los cubanos y su causa desde los importantes cargos que ocupó. Con el tiempo ha prevalecido la opinión de que fue un gran simpatizante y amigo de Maceo. Para datos sobre la familia Lithgow pueden consultarse el *Diccionario Político Dominicano: 1821-2000* (Santo Domingo, 2001, pp. 329-330) de Cándido Gerón. Por su parte, George Lockward también identifica a la familia Lithgow con la industria azucarera, con la cual los exiliados cubanos del siglo XIX tuvieron una relación tan estrecha: "La casa Lithgow Brothers, de las pioneras en introducir maquinaria moderna para fabricar azúcar, era dirigida por Washington Lithgow, predicador laico de la Iglesia Metodista de Puerto Plata..." (George Lockward, *ob. cit.*, p. 262). Entre las fuentes que utiliza Lockward se encuentra *La caña en Santo Domingo*, de Juan J. Sánchez (Biblioteca Taller, Santo Domingo, 1972).

Retomando el tema de la amistad del Presidente Luperón y Maceo, el general cubano había llegado el 11 de febrero de 1880 a Puerto Plata, en un vapor inglés, el "Solent", procedente de Turks Islands, parte del archipiélago de Turcos y Caicos (llamadas Islas Turcas, Turquilandia o Turkilandia en algunos textos), acompañado de su hermano Marcos. Residía todavía en Puerto Plata el cubano Fernando Figueredo Socarrás, quien sería poco después figura fundamental en los esfuerzos de exiliados cubanos en la Florida y ocu-

paría altos cargos en el gobierno de Cuba al terminar las luchas separatistas. Poco después, como ya hemos señalado, el propio Presidente Gregorio Luperón, con quien Maceo se había entrevistado a su llegada al país, resistió intentos de autoridades españolas de lograr la expulsión de Maceo del país dominicano. Las palabras de ese gobernante dominicano merecen destacarse como hicimos con las de su ministro Federico Lithgow. El héroe de la Restauración se expresó de la siguiente manera: “Conocedor por experiencia propia de la triste situación de todo desterrado me abstengo de pedir que España adopte medida alguna contra ellos. Rodríguez Demorizi señala en *Maceo en Santo Domingo* (pp.16-17) que “El Presidente Luperón ordena la prisión de Francisco Otamendi, por trama contra la vida de Maceo”. Se inicia una serie de persecuciones que incluyeron en más de una geografía americana hasta intentos contra la vida del prócer cubano. Es más, cuando Maceo fue herido en un atentado contra su persona en 1894 en el “Teatro Variedades” en San José de Costa Rica, le acompañaban sus amigos y cercanos colaboradores el dominicano José María Nouel y Bobadilla y el cubano dominicano Enrique Loynaz del Castillo. La relación entre patriotas cubanos y amigos dominicanos se evidenció también en otros lugares del continente.

Bernardo Pichardo, otro conocido historiador dominicano y autor de textos que fueron utilizados en las escuelas del país, contribuyó también a destacar la relación entre Maceo y el Presidente dominicano en su obra *Resumen de Historia Patria* (Barcelona, 1930, p. 187) al referirse a “...vínculos de estrecha amistad con el General Antonio Maceo, su huésped, a lo que se debió, sin duda alguna, que las autoridades de Puerto Rico [entonces bajo dominio español]...que no pudieron arrancar de su lado [de Luperón] al caudillo cubano, protegieran la expedición del General [Cesáreo] Guillermo contra el Gobierno del Padre Meriño...” Tal fue uno de los problemas mayores enfrentados por el Presidente Meriño y es obvia la relación con su política a favor de los cubanos independentistas.

En aquella época otro protector de Maceo, el General Ulises Heureaux no sólo era miembro del gabinete presidencial sino que ejercía control sobre la capital como Delegado del gobierno central, ya que la administración nacional operó por un tiempo desde Puerto Plata. La visita de Maceo a la capital dominicana coincidía con las

funciones ejercidas allí por Heureaux, quien tuvo necesidad como también Casimiro Nemesio de Moya, que fungía como Delegado interino por ausencia de Heureaux en otras gestiones, de proteger a Maceo de las demandas consulares españolas. Sería mucho lo que costaría a administraciones dominicanas su apoyo a los cubanos, sobre todo problemas con el gobierno de España que, entre otros asuntos, perjudicaron a gobernantes nacionales dominicanos como en el caso del benemérito Arzobispo Fernando Arturo de Meriño.

En las relaciones entre los líderes de la causa cubana y los gobernantes dominicanos hay incidentes que merecen atención especial. En algunos de ellos participaron importantes exiliados cubanos en Santo Domingo. El general del Ejército Libertador de Cuba José María Rodríguez (Mayía) y que participó en la expedición de Montecristi, colaborando con Máximo Gómez y José Martí en sus esfuerzos en Santo Domingo. Según Rodríguez Demorizi en *Martí en Santo Domingo* (p. 427): “Sus viajes de Monte Cristi a Santo Domingo fueron decisivos para la financiación de la empresa expedicionaria. Fue quien llevó, después de la célebre entrevista con Lilís [Ulises Heureaux], la orden de los \$2,000.00 ofrecidos por él [Heureaux] para la expedición Gómez-Martí y para la de Maceo-Crombet. También llevó a Monte Cristi, por orden escrita de Martí, los fondos recaudados por los clubs de Santo Domingo, Hijas de Hatuey y Patria y Libertad...” Para el estudio de esos detalles las obras de Rodríguez de Demorizi sobre Maceo y Martí en relación con Santo Domingo y otro libro suyo: *Papeles Dominicanos de Máximo Gómez* (Editorial Corripio, Santo Domingo, 1985) publicado por la Fundación Rodríguez Demorizi son indispensables.

Máximo Gómez y José Martí fueron personajes, al igual que Antonio Maceo, que están asociados históricamente con muchas actividades a favor de la independencia de Cuba desde Santo Domingo. El Generalísimo Máximo Gómez disponía de numerosos amigos y parientes que colaboraron con sus esfuerzos tanto en la República Dominicana como en territorio cubano. Además de su primo Francisco Gregorio Billini con quien sostuvo una extensa correspondencia, se destacaron personalidades dominicanas y de Cuba que lucharon por la independencia cubana y que sobresalen en el intercambio epistolar. Uno de sus más cercanos amigos lo fue el licenciado Cayetano

Armando Rodríguez, con vínculos con el general cubano Serafín Sánchez. Cayetano Armando Rodríguez fue autor de varias obras entre las cuales se destaca *Geografía de la Isla de Santo Domingo y Reseña de las demás Antillas* (1915), libro con cierto valor sentimental ya que lo conservo en mi biblioteca desde que era un estudiante adolescente. Rodríguez estuvo preso en Baracoa, Cuba, en 1899 con Loynaz del Castillo, Manuel Piedra, Lorenzo Despradel, Marino y Pablo Guerrero, Eloy Cortés, Francisco Fernández, José M. Villa, Carlos Dublé, José M. Villa, Toribio L. García, Temístocles Molina y otros cubanos y dominicanos. En una nota de Rodríguez Demorizi en su libro *Papeles Dominicanos de Máximo Gómez*, vincula a ese grupo con una expedición armada contra Heureaux (*ob. cit.*, p. 40), lo cual demuestra hasta qué punto se habían hermanado cubanos y dominicanos en sus diversas luchas internas, lo mismo en Santo Domingo contra más de un régimen en Cuba, que utilizando el territorio de la mayor de las Antillas en enfrentamientos con gobiernos dominicanos. La historia contemporánea se encarga de recoger esas situaciones, asuntos que he mencionado en otras obras.

En la historiografía disponible se notan algunas diferencias de interpretación. Por ejemplo, Juan Isidro Jiménez Grullón en su obra *Sociología Política Dominicana 1844-1966, Vol. I* (Editorial Alfa y Omega, Santo Domingo, 1980) no considera como permanente el apoyo de Heureaux a la causa cubana. Se refiere (p. 439) a la visita a Heureaux que “le hicieron el general cubano José María Rodríguez (Mayía), Federico Henríquez y Carvajal y Jaime R. Vidal...” y que “accedió a ayudar económicamente – con los \$2,000 ya mencionados – a la referida causa cubana...”, asunto al que ya me he referido, pero cita un fragmento del *Diario de Campaña* de Máximo Gómez de marzo de 1886 en el cual el Generalísimo opina sobre Heureaux: “Predomina entre los dominicanos en estos momentos, un hombre de aviesas intenciones para todo lo que no le redunde en su propio bien...La fuerza no es gobierno, y éste es el único medio que conoce Lilís para gobernar...” Se refiere también, en su *Diario de Campaña*, a ciertas ofertas españolas en relación a hacerle “desaparecer” [a Maceo] por el pago de \$50,000, pero esas sospechas no se materializaron. Esas informaciones le habían sido suministradas por alguna fuente, pero no han podido probarse a satisfacción de todos. En cuanto a las opiniones de Jiménez Grullón debe tenerse en cuenta que ese no-

table escritor descende del Presidente Juan Isidro Jiménez Pereyra, un colaborador de algunos esfuerzos independentistas cubanos y su descendiente presenta una imagen negativa de Heureaux en relación con la causa de Cuba usando muchos datos que deben ser escuchados, pero recordando que su abuelo y Heureaux eran adversarios políticos. Jiménez Grullón critica a Rodríguez Demorizi en la obra mencionada anteriormente (pp. 440) por creer en una “supuesta solidaridad del tirano con la causa de la independencia de Cuba”.

La opinión de Jiménez Grullón no es muy diferente a la de Benjamín Sumner Welles en su importante obra *La viña de Naboth* (Editorial Taller, Santo Domingo, edición de 1981, pp. 482-485) en la cual cuestiona los motivos de Heureaux en su comunicación con el Presidente Grover Cleveland de Estados Unidos el 19 de abril de 1896 en la cual pedía que el gobierno norteamericano recurriera a la mediación en la guerra de Cuba. Pero afirma que Heureaux “...observaba con inquietud la creciente perturbación de la vecina colonia española de Cuba. La política de estricta neutralidad que él sostenía en apariencia se debía probablemente, no tan sólo a su creencia, según lo expresó en una ocasión, de que si bien “Cuba era su amante, España era su legítima esposa” (por sostener relaciones diplomáticas con la Madre Patria) sino también a que, de triunfar los ideales de libertad por los cuales estaban sacrificando los cubanos sus vidas, en su lucha contra la dominación española, estos mismos ideales podrían repercutir de una manera desagradable para él, dentro de sus propios dominios. Y aunque aparentemente no impidió el desembarque de aquellos memorables patriotas dominicanos como el General Máximo Gómez...Su esperanza era la de que se llegara a una solución sin tener que recurrir a la guerra.” En resumen, que Heureaux temía que el ejemplo de una Cuba totalmente libre repercutiera negativamente sobre su dictadura en Santo Domingo. Pero no hay duda de la contribución financiera de Heureaux a los cubanos independentistas y se puede asegurar que se llevaron a cabo labores a favor de esa causa en territorio dominicano durante su administración. Respetando la investigación histórica de Jiménez y también la de Welles debe tenerse en cuenta su condición de críticos de Heureaux, el cual, indudablemente, gobernó como dictador por muchos años y ciertos aspectos de su régimen merecieron ser criticados por Máximo Gómez, Jiménez Grullón y tantos otros dominicanos.

Por otra parte, es mucho más fácil comprender las críticas razonables de los historiadores y las lógicas sospechas que pudo albergar alguna figura notable como Máximo Gómez o el efecto de los conflictos entre Heureaux y el Presidente Jiménez, que aceptar sin preocupación afirmaciones lamentables hechas por una persona tan cultivada como el famoso embajador y subsecretario de Estado de EE.UU., Benjamín Sumner Welles que escribió sobre Heureaux (Welles, ob. cit., p. 487) en referencia a su grupo racial: "...Como ocurre psicológicamente a menudo, en hombres de la raza a que pertenecía Heureaux [la raza negra], las responsabilidades se pueden soportar sólo hasta cierto punto." No es necesario añadir comentarios. Welles era nieto del insigne senador Charles Sumner, otro amigo del pueblo dominicano y prócer del abolicionismo en EE.UU. Afortunadamente, el embajador Welles compensó en cierta manera esa afirmación al hacer comentarios mucho más equilibrados en cuestiones raciales e históricas que contribuyen a evitar que se emitan ciertos juicios definitivos, de carácter negativo, sobre su obra, la de un historiador que dedicó gentilmente a Santo Domingo un libro tan importante como *La viña de Naboth*, texto que lleva como título una cita bíblica utilizada por su abuelo el senador Charles Sumner en un discurso en el Senado de Estados Unidos oponiéndose a la anexión de Santo Domingo: "Naboth respondió a Ahab, no permita Jehová que yo entregue la heredad de mis progenitores." (Primera de Reyes 21:3).

Como se ha señalado anteriormente, no sólo las contribuciones financieras y de logística de amigos tan leales como Luperón y otros gobernantes y hombres públicos, sino el aporte de los dominicanos y de los propios cubanos independentistas exiliados en el país, revelan como un pueblo con pocos recursos puede extender la mano y abrir el corazón. También los puertorriqueños residentes en el país dijeron presente. Rodríguez Demorizi cita las palabras del doctor Alberto Zafra, agente de la causa cubana en Puerto Plata: "Por mis manos, decía Zafra, pasaron muchos miles de pesos para Cuba". Era tesorero de un club en el que abundaban los puertorriqueños (véase *Martí en Santo Domingo*, p. 400).

Retomando la figura egregia del Generalísimo Gómez, este contribuyó con sus relaciones y el prestigio de su ejecutoria en Cuba a hacer gestiones y llevar a cabo planes de todo tipo en Santo Domingo,

muchos de ellos en cooperación estrecha con Maceo y Martí. Sobre ello se ha escrito mucho y los materiales disponibles son abundantes. El Apóstol de la Independencia de Cuba que tantas páginas y tan merecidos elogios dedicó a la República Dominicana, su “patria nueva”, y a su pueblo, se entrevistó con Gómez en la finca de este, “La Reforma”, en septiembre 11 de 1892. Pronto estaría reunido con el notable dominico cubano Federico García Godoy y con el gran dominicano Federico Henríquez y Carvajal, amigo y hermano espiritual del gran cubano al que los dominicanos de aquella época llamaban con gran respeto “el señor Martí”.

El Apóstol de la Independencia de Cuba visitó diversas poblaciones y la capital. En 1893 se reúne nuevamente con Gómez. En 1895 se produjeron grandes acontecimientos con Martí y Gómez en territorio dominicano. Era la época en que Lilís (Heureaux) contribuyó con 2,000 para lo que Rodríguez Demorizi llama la “expedición Gómez-Martí”. El Generalísimo había escrito a su primo Francisco Gregorio Billini: “Allá va Martí con su cabeza desgreñada, sus pantalones raídos, pero con su corazón fuerte y entero para amar la independencia de su tierra, por lo que yo también me esfuerzo y trabajo...”.

El 25 de marzo de 1895, Martí firma con Gómez el Manifiesto de Montecristi, documento fundamental de la Independencia y proyecto para el futuro nacional, convirtiendo a esa ciudad dominicana en santuario eterno para los cubanos. En esa misma fecha dirigiría a Federico Henríquez y Carvajal, el insigne dominicano, su *Testamento Político*, encomiéndale así una misión sagrada. El primero de abril partiría hacia Cuba junto a Gómez, Paquito Borrero, César Salas, Ángel Guerra y Marcos del Rosario. Este último, dominicano con rango de Coronel del Ejército Libertador Cubano, es parte integral de cualquier recuerdo acerca del glorioso año 1895. Al morir en 1944, el Gobierno cubano le tributó honras fúnebres oficiales.

La dominación española de Cuba terminó en 1898. Las luchas independentistas realizadas entre 1868 y 1898 dieron paso a una nueva etapa en la historia nacional cubana. La Guerra Hispano Cubano Americana de 1898 fue breve y dio paso a la proclamación oficial de la independencia el 20 de mayo de 1902. La gran mayoría de los cu-

banos deseaba que Máximo Gómez ocupara la Presidencia de la República, para lo cual se hicieron arreglos en la Constitución adoptada en 1901, que le reconocía los mismos derechos de que disfrutaban los cubanos por nacimiento. Con ese gesto se reconocía en la persona del eximio prócer la condición de cubano y en su pueblo de origen, el dominicano, el rango de primero entre todos sus hermanos del continente. Era un acto de justicia hasta en un detalle adicional. El Libertador de Cuba nacido en Baní, República Dominicana, un hombre que tampoco discriminaba al prójimo en materias raciales y de creencias religiosas, como afirmó reiteradamente, no diferenciaba entre dominicanos, cubanos y puertorriqueños. Para él los antillanos de habla española constituían tres pueblos que se integraban en uno solo.

La amistad y hermandad de estos pueblos no tendrá fin, es eterna y ha estado situada mucho más allá de las diferentes banderías políticas y de esos enfrentamientos de partidos e ideologías que separan a los humanos. Me atrevo a ofrecer sin reserva alguna un dato del futuro. Historiadores dominicanos y cubanos, imitando a sus predecesores, continuarán la sagrada tarea de ampliar y difundir un capítulo de la historia de dos pueblos hermanos que viven en Cuba y en la República Dominicana, las dos patrias de José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Álvarez, Luis y Sed, Gustavo, *El Camagüey de José Martí*, La Habana, 1997.
- Bosch, Juan, *Composición social dominicana: historia e interpretación*, Santo Domingo, 1984.
- Castillo, José del, *Ensayos de sociología dominicana*, Santo Domingo, 1984.
- Conde de San Juan de Jaruco, *Historia de las familias cubanas*, Tomos II y V.
- Despradel, Lorenzo, “Memoria sobre la Guerra de Independencia de Cuba”, en *Mis relaciones con Máximo Gómez* de Orestes Ferrara, La Habana 1941.
- Domínguez, Jaime de Jesús, *Historia Dominicana*, Santo Domingo, 2001.

- Ferrara, Orestes, *Mis relaciones con Máximo Gómez*, La Habana, 1942.
- Franco Pichardo, Franklin, *Historia del Pueblo Dominicano*, Santo Domingo, 1992.
- Gándara Navarro, José de la, *Anexión y Guerra de Santo Domingo*, Madrid, 1884.
- Gerón, Cándido, *Diccionario Político Dominicano*, Santo Domingo, 2001.
- Gimbernard, Jacinto, *Historia de Santo Domingo*, Santo Domingo, 1974.
- Gómez, Máximo, *Diario de Campaña*, Oviedo, 1998.
- Guerra, Ramiro, *La industria azucarera de Cuba* La Habana, 1940.
- . *Manual de Historia de Cuba desde su descubrimiento hasta 1868*, La Habana, 1971.
- Inchaustegui, J. Marino, *Historia Dominicana*, Ciudad Trujillo, 1955.
- Jiménez Grullón, Isidro, *Sociología Política Dominicana*, Santo Domingo, 1980.
- Lockward, George A., *El protestantismo en Dominicana*, Santo Domingo, 1976.
- Loynaz del Castillo, Enrique, *Memorias de la Guerra*, La Habana, 1989.
- Márquez Sterling, Carlos A *la injerencia extraña la virtud doméstica. Biografía de Manuel Márquez Sterling*, Miami, 1986.
- Márquez Sterling, Manuel, *Los últimos días del Presidente Madero, mi gestión diplomática en México*, La Habana, 1917.
- . *La diplomacia en nuestra Historia*, Valencia, 1909.
- Mejía, Luis F., *De Lilís a Trujillo*, Santo Domingo, 2003.
- Moya Pons, Frank, *La otra historia dominicana*, Santo Domingo, 2008.
- . *Historia del Caribe*, Barcelona, 2001.
- Pichardo, Bernardo, *Resumen de Historia Patria*, Barcelona, 1930.
- Ramos, Marcos Antonio, *Hacia los orígenes: dominicanos en la historia de Cuba*, Miami, 2010.
- . “16 de agosto: de Capotillo a Yara”, en *Diario Las Américas*, 15 de agosto de 2010.
- Rodríguez, Cayetano Armando, *Geografía de la Isla de Santo Domingo y reseña de las demás Antillas*, Santo Domingo, 1915.

- Rodríguez Demorizi, Emilio, *Maceo en Santo Domingo*, Barcelona, 1978.
- . *Martí en Santo Domingo*, Barcelona, 1978.
- . *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, Santo Domingo, 1985.
- Ros, Enrique, *Cuba: Mambises que nacieron en otras tierras*, Miami, 2011.
- Sánchez, Juan J., *La Caña en Santo Domingo*, Santo Domingo, 1972.
- Santa Cruz y Mallén, Francisco de, *Historia de las familias cubanas*, La Habana, 1949.
- Souza, Benigno, *Máximo Gómez, el Generalísimo*, La Habana, 1936.
- Tolentino Dipp, Hugo, *Gregorio Luperón: Biografía Política*, Santo Domingo, 1981.
- Thomas, Lord Hugh, *Cuba: The Pursuit of Freedom*, New York, 1971.
- Welles, Benjamin Sumner, *La Viña de Naboth*, Santo Domingo, 1981.



CUBA, LA ISLA FASCINANTE, DE JUAN BOSCH

Considero como un altísimo e inmerecido honor el haber sido escogido para tomar parte en las actividades del centenario del notable escritor y estadista dominicano el profesor Juan Bosch. Me inspiran en esta noche no sólo la importancia de este notable ciudadano de la república de las letras sino los muchísimos años de contacto que he tenido con la patria de Juan Pablo Duarte y su noble pueblo, del cual me considero parte. La historia dominicana ha sido una de mis materias favoritas, quizás la que más satisfacción me ha otorgado desde mi más temprana juventud. La literatura del país ha sido siempre una fuente de conocimiento e inspiración. Ahora se me encarga la muy agradable tarea de compartir mis impresiones sobre uno de los mejores libros jamás escritos sobre mi tierra natal. Me refiero a *Cuba, la Isla Fascinante*.

Por lo tanto, prometo entrar en el tema después de hacer algunos comentarios de carácter general sobre la vida y obra de un autor cuyo estudio merece todo un tomo de una enciclopedia cultural.

Como ustedes saben, Juan Bosch inició bien temprano su actividad literaria en una serie de publicaciones periódicas tanto del interior como de la capital dominicana. En su niñez, el escritor nacido en La Vega el 30 de junio de 1909 utilizaba una maquinilla para redactar un periódico infantil. Muy pronto su nombre sería conocido en muchos ambientes. Ya en los años veinte del pasado siglo publicaba poesías y textos literarios en un periódico de Barahona, *Las Brisas del Birán*, trabajos que aparecían con un seudónimo. Nos recuerda el académico Manuel Núñez que a principios de la década del treinta ya empleaba su propio nombre en sus artículos en *Listín Diario* y *El Mundo*. Debe añadirse que parte de la obra del más notable cuentista del Caribe sería publicada en el suelo patrio tan temprano como a fines de la década de los veinte y principios de los treinta. Me refiero a libros, relatos y ensayos como *Camino Real*, *Indios* y *La Mañosa*, entre otros.

La novela *La Mañosa* publicada en 1936 se centra en guerras y revueltas de las zonas rurales. No debe extrañar pues que la obra de

Bosch, tanto en la narración como en el ensayo, estuviera desde el principio bajo la influencia de un entorno característico de “Nuestra América”, por utilizar el lenguaje de José Martí. En otras palabras, problemas sociales casi permanentes, golpes de estado, guerras civiles, revoluciones. Años atrás, en 1933, Bosch había integrado el grupo llamado “La Cueva” junto a Franklin Mieses Burgos, Héctor Incháustegui Cabral, Manuel del Cabral. Fabio Fiallo era para el grupo una especie de mentor. En esos días publica don Juan su primer libro de cuentos *Camino Real* en la Imprenta “El Progreso” de Ramón Ramos.

Sus copiosas lecturas se reflejan en su obra. Uno de sus méritos es haberse forjado no sólo en la escuela hostosiana sino en aquello que un padre del llamado realismo socialista, Máximo Gorki, llamó “Mis Universidades” en una obra autobiográfica. Como en el caso de Gorki, Bosch alcanzó su altísimo nivel cultural en las bibliotecas, las cuales son siempre las mejores universidades según Tomás Carlyle. También mediante el contacto con personas cultas y notables y en las ricas experiencias de una vida intensa que se extendió por más de noventa años. Su cultura estaba siempre en proceso de expansión y jamás se interrumpió su educación autodidacta. Ante él se abrieron nuevos e inesperados horizontes. Su dominio de los temas históricos fue siempre notable e impresionante. Su segundo libro *Indios: apuntes históricos y leyendas*, publicado en Santo Domingo en 1935, forma parte de sus muy serias incursiones por la historia. Su breve permanencia en Puerto Rico a fines de los años treinta le permitió tener acceso a nuevas bibliotecas.

Una gran experiencia educativa en la vida del maestro ocurrió en la hermana ciudad de San Juan Bautista de Puerto Rico, adonde llegó a fines de los años treinta al rechazar un cargo de diputado que le ofreció, por intermedio de Mario Fermín Cabral, el Generalísimo Trujillo, cuyo apellido se le había dado como nombre a la capital dominicana, Ciudad Primada de América. En San Juan trabajó en la transcripción de las obras completas del gran antillano don Eugenio María de Hostos, prócer por antonomasia de la causa antillana y maestro de generaciones de dominicanos ilustres. En la capital puertorriqueña, su trabajo diario cerca de don Adolfo de Hostos, hijo de don Eugenio María, contribuiría a fortalecer su condición de hostosiano

por excelencia, que comienza desde sus días iniciales en escuelas dominicanas, entonces bajo la influencia bien marcada del maestro Hostos. Esa sería su primera ideología. Después vendrían otras experiencias. Como los otros grandes hombres, la vida de Bosch se debe estudiar por períodos, así lo hacen los historiadores al enfrentar el estudio total de una vida. Hay un joven Bosch, un Bosch de la madurez y un Bosch camino de la posteridad, capaz de cambiar de posición según el giro de los acontecimientos y el enfrentamiento con las realidades. En 1939 se publicaría en La Habana el ensayo biográfico *Hostos, el Sembrador*, de Juan Bosch, por la Editorial Trópico. Mi condición personal de hostosiano surgió precisamente cuando leí, en mi ciudad natal, este trabajo que Bosch no consideraba biografía acabada, pero que constituye lo mejor que he encontrado entre tantos libros consultados acerca de don Eugenio María.

En 1940 se le concedió el Primer Premio de Cuentos en los Juegos Florales Hispanoamericanos celebrados en Ciudad Trujillo. El cuento “El Socio” estaba enmarcado precisamente en el ambiente de la Era de Trujillo. Otro cuento, “La desgracia”, se sumerge, según Manuel Ruano, en “la temática de la fatalidad”, poniendo “de relieve la historia de un viejo campesino y la preocupación por mantener en alto su dignidad...” Según el mismo crítico, “El socio” es como una ráfaga de viento que cambia la orientación del personaje, rigor del infortunio y de la desdicha que se posesiona del argumento de un cuento famoso: “La Nochebuena de Encarnación Mendoza”. En Cuba se le concedió el Premio Hernández Catá por su relato “Luis Pié”, la historia de un campesino haitiano que emigra a la República Dominicana para cortar caña. Esa misma calidad y penetración tendrían sus cuentos “Dos pesos de agua”, “El algarrobo”, “El cobarde”, “La mujer”, etc.

Antes de entrar de lleno en *Cuba, la Isla Fascinante* y en su larga trayectoria en Cuba, es bueno recordar que Bosch fue un peregrino por América. Cargando el peso de sus destierros, y ya pasados muchos años de sus primeros libros, escribiría en Venezuela *La muchacha de La Guaira*. Stefan Baciú afirmó que este libro de cuentos, “debe ser enfocado no sólo como uno de los más importantes publicados en América Latina, sino sobre todo como una primera tentativa –coronada por el éxito– emprendida por un escritor de este continen-

te, de realizar –a través de una serie de historias breves– un panorama general de todos los países, con sus problemas y paisajes típicos”. Seguiría transcurriendo inexorable el tiempo y el gran cuentista sería conocido también como un gran ensayista, algo que era evidente desde su obra sobre Hostos y sus primeros artículos y ensayos.

Sus trabajos, a partir de su breve paso por la Presidencia de la República en 1963, revelan una nueva y algo diferente intensidad política y sociológica que se traduce en artículos, ensayos y libros históricos. Son trabajos de historia y política que requerirían un amplio y detallado tratamiento más allá de estos comentarios. Dejemos a otros colegas el enumerar esa larga lista de logros en los intrincados caminos de la política dominicana, antillana, americana y universal. El autor de importantes trabajos sobre la llamada Era de Trujillo, y sobre el personaje central de la misma, escribió un texto de historia del Caribe y estudios sociológicos y políticos destinados a permanecer en la historiografía de nuestro tiempo. Intentaré, entonces, lo que puede ser considerado simplemente como una breve aproximación a su obra *Cuba, la Isla Fascinante*.

Cualquier investigación sobre escritos de los principales periódicos y revistas de la patria de José Martí revela cómo en Cuba el gran cuentista y ensayista, destinado ya a la inmortalidad literaria, publicó infinidad de artículos, ensayos, cuentos, etc. Repasar colecciones de las revistas *Bohemia* y *Carteles* en los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo XX, así como de diarios como *El Crisol*, *Información* y muchos otros, revelaría rápidamente hasta qué punto el gran dominicano puede ser considerado también como uno de los principales escritores de la Cuba de aquellos tiempos. Todavía residiendo Bosch en la patria de Juan Pablo Duarte, la revista habanera *Carteles* publicaba sus cuentos. Su actividad política es mucho más conocida en algunos círculos, pero su obra literaria recibió una gran atención desde el primer momento. Bosch ya era famoso cuando llegó a Cuba, por invitación de don Enrique Cotubanama Henríquez, “Cotú”, en 1939.

El autor de obras tan importantes como *Judas Iscariote*, *El calumniado* y *David, biografía de un Rey* logra producir uno de los mejores, quizás el más hermoso libro publicado sobre Cuba. Según el

maestro Tiberio Castellanos se trata también del mejor libro de Bosch. No participaré ahora en esa discusión. Pero debo señalar que se trata de una obra de madurez y al mismo tiempo de amor, pero también de una obra de gran erudición, de amena erudición, lo cual no sucede frecuentemente. Los eruditos pueden cansar. Bosch nunca cansó a nadie, mucho menos con este libro fabuloso. Su dominio de historia, cultura y literatura cubanas es tan alto como el Pico Turquino o el Pico Duarte. Debe decirse, en primerísimo lugar, que todo aquel que lea el libro recibirá un caudal casi inagotable de información sobre Cuba. No sólo es la mejor introducción al conocimiento del país cubano que hemos leído hasta este momento sino que se constituye en formidable interpretación de la historia cubana hasta 1952. Si se me pidiera clasificar el libro, me sería difícil hacerlo: manual de historia, estudio sociológico, introducción a la literatura cubana, libro de viajes. En este último tema puede señalarse que es, sin dudas, el mejor libro de viajes en Cuba, muy superior hasta a obras clásicas publicadas por notabilísimos escritores extranjeros en el siglo XIX. No añado el nombre de Bosch a esa lista por una razón importante. Un dominicano no puede ser considerado realmente como un extranjero en Cuba, como tampoco un cubano en República Dominicana.

En 1828 se publicó el libro *Letters Written in the Interior of Cuba* del reverendo Abiel Abbot, ministro protestante que había sido compañero de aulas del presidente norteamericano John Quincy Adams. A partir de entonces surge toda una literatura de viajes a Cuba en el siglo XIX, textos escritos por norteamericanos en lengua inglesa, algunos de cuyos autores también escribieron sobre República Dominicana, como Samuel Hazard. Con todo respeto, ninguno de esos libros, con autores tan eminentes como Charles Dana, puede compararse al esfuerzo incomparable hecho por Bosch. La gran ventaja es que traía una perspectiva de afuera, pero un conocimiento exhaustivo de lo que había dentro. Ninguna persona nacida en otro territorio puede escribir sobre Cuba como un dominicano. Como bien señaló José Martí en carta a Federico Henríquez y Carvajal, Cuba y Santo Domingo son una misma cosa.

Curiosamente, hasta hace algún tiempo el libro de Bosch no era muy conocido en República Dominicana, lo que es un pecado capital

de nosotros los cubanos. Se escribió a finales de 1951 y principios de 1952. Ya por esa última fecha se comentaba favorablemente en el programa “La Universidad del Aire” de Jorge Mañach. En 1955 la Editorial Universitaria de Santiago de Chile lo publica como parte de su Colección América Nuestra. En 1987 aparece la primera edición dominicana.

El libro es dedicado a su amada esposa cubana a quien Bosch convirtió en Primera Dama de la República Dominicana; y también a un grupo de amigos cubanos. Entre los que leyeron el manuscrito se encontraba quien en la estimación de muchos fue quizás el más importante erudito cubano en el siglo XX, don Fernando Ortiz, sólo comparable en el siglo anterior con el polígrafo José Antonio Saco. El maestro Ortiz fue algo así como el Emilio Rodríguez Demorizi o el Jean Price-Mars cubano. El casi incomparable historiador y geógrafo Leví Marrero, a quien me atreví a otorgar en un libro el título de Cuarto Descubridor de Cuba (después de Colón, del Barón de Humboldt y del propio Fernando Ortiz,) fue uno de sus primeros lectores. Y lo leyó y aprobó desde el primer momento el gran historiador de la ciudad de La Habana don Emilio Roig de Leuchsenring, que participó en un publicitado viaje a Santo Domingo a mediados de los años cuarenta, acompañado de su colega José Luciano Franco, durante la breve actividad política permitida al Partido Socialista Popular (PSP) dominicano y al movimiento que llevaba como nombre el de Juventud Democrática en la Era de Trujillo. Pasó también el libro por la prueba a que lo sometió el eminentísimo historiador Ramiro Guerra, figura fundamental de la historiografía cubana del siglo XX. La lista es larga. Partes del libro, nos dice el propio Bosch, se escribieron originalmente en la finca del diplomático y escritor José de la Luz León. Contó con la colaboración del poeta Ángel I. Augier, notable especialista en la obra de Nicolás Guillén, y finalmente debo mencionar al ingeniero Ricardo del Valle, especialista en cuestiones del tabaco en Cuba, como lo fue también alguien que estuvo siempre cercano al acontecer dominicano don Napoleón Padilla, ingeniero cubano muy reconocido.

Entre sus palabras iniciales, en el primer capítulo intitulado “El Escenario”, escribe Bosch lo siguiente:

Yo había llegado al aeropuerto pensando cómo lograría in fundirle a mi amigo, desde el primer momento, ese hechizo de La Habana que de años antes llevaba yo en la sangre. Sabía bien que vista desde el aire la ciudad tiene un embrujo especial; se ve allá abajo parida de luces, como una mujer que muestra carnes rozagantes al resplandor de las primeras joyas. Pero sabía también que cuando se vuela sobre ella en la noche se pierde ese encanto único del paisaje que rodea a la capital; la vista de los campos sembrados de caña, de tabaco o de papas, con las altivas palmeras haciendo centinela aquí y allá, mientras entre los cuadros de los más variados tonos verdes irrumpe el color rojo, casi morado, de las tierras en barbecho, y las pardas y blancas manchas de los bohíos desperdiga dos en medio de la llanura.

Y así comienza un recuento histórico encarnado en el paisaje cubano. Únicamente el inmenso talento de Juan Bosch puede hacer que el lector quede embrujado por la belleza del recorrido mientras acompaña al autor por los pasillos de la historia del país. Increíblemente, el profesor Bosch se nos revela también como un historiador cubano. El descubrimiento, la conquista, la colonización, los finales de la presencia indígena, el ambiente colonial, las visitas de piratas, corsarios, bucaneros y filibusteros, la llegada del español y del africano, el enfrentamiento entre los imperios por la isla antillana y por todo el archipiélago caribeño, la formación de la cultura, el surgimiento de la nacionalidad, esclavitud y abolicionismo, las luchas por la independencia, los intentos de anexión, el impacto del reformismo, la ocupación extranjera (españoles, ingleses, norteamericanos), las guerras civiles y los golpes de estado, la revolución del treinta y la prosperidad azucarera). Eso no es todo, surgen de repente los personajes fundamentales, pero también el dato ignorado y el personaje marginado aunque igualmente importante; el detalle descuidado, pero fundamental. Nada escapa a la pupila incansable del escritor que tal parece abarcarlo todo.

De las páginas de *Cuba, la Isla Fascinante* surge la imagen de Cuba más completa posible en sólo 252 páginas. Labor titánica y fructífera, al mismo tiempo. Después de varias lecturas me sigo pre-

guntando cómo pudo Bosch captarlo prácticamente todo en tan poco espacio. Me pregunto además cómo pudo transformar áridos datos en portentosas narraciones. El libro es la historia de Cuba, la geografía de su territorio, la sociología y el carácter del cubano, escritos con la amenidad de la más interesante de las novelas. Lo considero un libro de viajes de primerísima clase y desde occidente hasta oriente, de norte a sur, el perfil y las características de la isla surgen con la hermosura de lenguaje que caracterizó a Martí, con la profundidad de análisis de un Américo Lugo, con la minuciosidad de un Rodríguez Demorizi, con la seriedad de los más grandes estudiosos de la tierra en que nació aquel gigante, el Maestro de América, Pedro Henríquez Ureña.

En el mismo texto en que menciona y describe la obra de costumbristas como el novelista cubano Cirilo Villaverde, avanza más allá del siglo del surgimiento de la cubanía, ese fenómeno que emerge del misterio de los mares de manos e irrumpe en la historia de América y del mundo, no sólo de manos de los propios cubanos por nacimiento sino acompañada también por eximios dominicanos como el Obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, Máximo Gómez, Modesto Díaz, los hermanos Marcano, la familia Pichardo y de muchos ilustres hijos e hijas de dominicanos como José María Heredia, Domingo del Monte y otros, sin dejar de resaltar especialmente a Mariana Grajales Cuello, la madre de los Maceo y en cierta forma de la nación cubana.

Recorre el período de la novela de Villaverde, *Cecilia Valdés*, pero Bosch avanza en el tiempo y nos deja el retrato más aproximado posible de la forma de vivir y de comportarse los cubanos de todos los tiempos. Pone el dedo sobre la llaga en asuntos que van desde la vida diaria hasta la forma de reaccionar del cubano ante la industria azucarera, los ingenios, los esclavos, el tabaco, la cuestión racial. Sin dejar a un lado su actitud científica, erudita, propia de sus artículos de costumbres en ensayos con otros matices, Bosch contribuye a una investigación en la que brillaron nombres egregios como los de Jorge Mañach con su *Indagación del choteo* y de José Antonio Ramos con su *Manual del Perfecto Fulanista*. Sin que coloquemos necesariamente en la lista a Aldo Baroni con su *Cuba, país de poca memoria*, puedo afirmar lo siguiente: con mayor estilo, Bosch nos recordó ese aspecto de nuestra vida nacional. Y me sigo preguntando cómo pudo en más

de una década captar algo que muchos no lograron hacer durante toda una vida de investigaciones del carácter del cubano. El concepto cubano de la amistad tiene en el libro el mejor tratamiento que hayamos encontrado en toda una vida de observación de amigos, familiares y otros compatriotas. Acudo de nuevo a las propias palabras del profesor Bosch:

En Cuba se dice que amigo es una palabra muy grande, frase en la cual parecería ir implícito un mandato de selección. Sin embargo, no es así. El cubano está siempre dispuesto a dar y a recibir el don de la amistad. No hace reservas al conocer a una persona, no esconde su intimidad, no se guarece en sí mismo esperando descubrir las buenas cualidades o los puntos débiles de aquel a quien ha empezado a tratar. La tradición del país es que la gente procure caer simpática, esto es que se muestre extrovertida, natural. Lo contrario sería ser pesado, el más grande de los infortunios en Cuba. Pues quien cae pesado ofende al genio nacional.

Los que estamos familiarizados con los textos de Adelaida de Juan, Luis de Soto, Marta de Castro y otros autores sobre cuestiones de historia del arte en Cuba, admiramos la capacidad de síntesis y exposición de Bosch en este libro que nos hace recorrer en varias páginas mucho de lo importante y fundamental del quehacer del arte en Cuba. Tampoco puedo explicarme ese conocimiento tan sobresaliente de datos específicos en la vida de pintores, músicos y otros artistas. Sólo una persona con lecturas tan abundantes, con una riqueza de datos, puede ofrecernos un panorama abundante, ameno y hasta, por así decirlo, sabroso, más que agradable, del ambiente cultural cubano. Y, sin alejarme mucho de esos temas, se me ocurre que sería necesaria una inmersión en recursos como los de la revista *Archivos del Folklore Cubano* para intentar acercarse a la exactitud de los enfoques que se hacen en el libro sobre esa materia. Así escribe Bosch:

Alegre, enérgica, vivaz; o adolorida, suave, tierna, la fuente musical de Cuba que es el pueblo, tiene siempre un resplandor de luz, reflejo de la que baña todo el año su tierra. Es luz para pintores. Sin embargo, ha sido en los tiempos últimos cuando

en Cuba se ha producido un movimiento pictórico apreciable en cantidad y en calidad....

También señala, al ir hacia atrás, dejando el período llamado republicano para referirse entonces al último período de la dominación española:

Mientras poetas, escritores, educadores y músicos producían, unos y otros, expresando las ambiciones, las esperanzas, las derrotas y las victorias de la clase dominante, el pueblo iba labrando su cauce artístico. Innúmeros dioses pequeños pululaban entre las grandes figuras de la cultura, llenando huecos, cada uno arrimando al edificio de la nacionalidad la piedra que le tocaba. Maestros, abogados, médicos, periodistas, compositores y toda suerte de gente desconocida, pero preocupada y laboriosa, trabajaban en camino hacia el porvenir.

A todo lo cual añade después el maestro:

Cuba entró en un tránsito que había de conducirla hasta la etapa final de su lucha contra España. En los años del tránsito, la personificación de su cultura fue José Martí. El resultó ser el fruto más sazonado y el de más esencia nacional entre todos los que produjo un siglo de actividad cultural.

El profesor Bosch se refiere en sus anteriores palabras al siglo XIX en el cual no sólo se forjó la nacionalidad sino que tomó forma el quehacer cultural en aspectos fundamentales. El autor demuestra su modestia esencial al no ir demasiado a fondo en una realidad que tenía relación directa con su condición de dominicano por nacimiento. Como creo haber demostrado a través de los años de dedicación al estudio de las relaciones dominico-cubanas, el maestro estaba sumamente documentado en el hecho de que no sólo llegó a Cuba la civilización occidental desde La Española, más específicamente desde Santo Domingo y sus primeras villas, de donde procedió el conquistador y colonizador español don Diego Velázquez de Cuellar, en cierta forma el fundador del país, sino que, como he señalado, la sangre dominicana corría a raudales en las venas de una gran parte de los cubanos que fueron, a su vez, fundadores, no sólo del país sino de la

nación cubana, independizada bajo la insustituible dirección del Generalísimo Máximo Gómez y Báez, quien merece en Cuba, tanto como Simón Bolívar en Sudamérica, el título de Libertador.

Los invito a leer y divulgar el libro *Cuba, la Isla Fascinante*. Lo que he descrito no es prácticamente nada. El imperativo del tiempo lo impide. El lector de la obra escrita por Bosch podrá decir, con más autoridad que antes, que conoce la Cuba descubierta por Colón cuando iba camino de La Española, la Cuba colonizada por Velázquez procedente de La Española, la Cuba liberada por Máximo Gómez, nacido en Baní, República Dominicana. La tierra amada entrañablemente por sus hijos, por nacimiento o adoptivos como el autor de *Cuba, la Isla Fascinante*.

Con sus propias palabras, las del narrador, ensayista e historiador Juan Bosch, terminaré esta exposición. Quizás ya no se apliquen literalmente todas sus expresiones, pues mucho ha cambiado en la isla, en su archipiélago y en el mundo. Cuba no es ya no es la azucarera del mundo, ni es tampoco un país predominantemente rural. Pero el mensaje permanece, más allá de diferencias políticas o ideológicas y de los acontecimientos y decisiones coyunturales en la vida de los humanos. Es un mensaje grabado para todo un largo período de la historia de la Cuba que amó el autor del libro. Es precisamente el país con que yo soñé de niño, con libertad y oportunidades para todos. En aquel entonces, ya mis mayores me enseñaban a amar a España, patria de mis abuelos, y también a la patria de Duarte, Sánchez y Mella.

Cuba, como sus hermanas dominicana y puertorriqueña, encontrará con la ayuda de Dios el sendero que le conduzca a un futuro de fraternidad al estilo de José Martí, hijo de españoles, un cubano que se sentía también español, dominicano y puertorriqueño, todo eso al mismo tiempo, que nos dejó aquel mandato a vivir: “con todos y para el bien de todos”.

Y estas son, finalmente, las palabras del dominicano nacido en La Vega, el escritor dominico-cubano cuya obra nacerá en el corazón de todos los cubanos que lean *Cuba, la Isla Fascinante*:

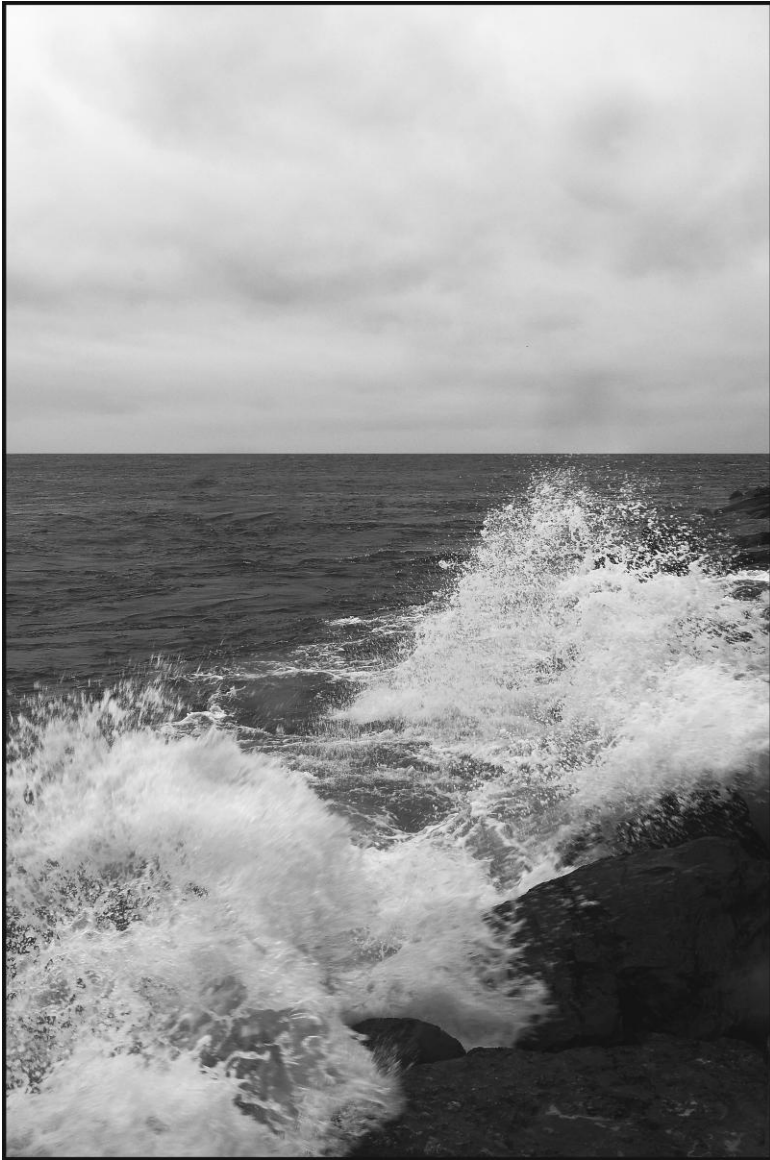
Llegará el día en que las chimeneas de los ingenios despidan, todo el año, su tardo y rojizo humo hacía los cielos azules, y de las vastas naves saldrán multiplicados los subproductos, el papel para los periódicos y libros, los fertilizantes y las vitaminas. Entonces, cuando el obrero no tenga que trabajar temeroso de que la zafra termine y con ella se liquide la alegría...al caer de las tardes, por las callejas de los bateyes o por las guardarrayas flanqueadas de altivas palmeras, los hombres retornarán a sus hogares con la ilusión de sentar en las rodillas al hijo pequeño y empezar a contarle. ESTO QUE TÚ VES, MI HIJO, ES CUBA, LA TIERRA ILUMINADA POR LAS ESTRELLAS, LA AZUCARERA DEL MUNDO. Y ALGO MAS....”

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Bosch, Juan, *33 artículos de temas políticos*, Santo Domingo, 1988.
- . *Hostos el Sembrador*, Santo Domingo, 1994.
- . *Cuba, la Isla Fascinante*, Santiago de Chile, 1955.
- . *Mujeres en la vida de Hostos*, Santo Domingo, 1989.
- . *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe Frontera Imperial*, Santo Domingo, 1983.
- . *Diccionario de Literatura Cubana*, 2 volúmenes, La Habana, 1980.
- Cruz, Víctor Manuel de la, *Biografía de Juan Bosch 1909-1961*, Santo Domingo, 2009.
- Guerra, Ramiro, *et al.*, *Historia de la Nación Cubana*, La Habana, 1942.
- Guerra, Ramiro, *Manual de Historia de Cuba*, La Habana, 1938.
- Henríquez Ureña, Max, *Panorama Histórico de la Literatura Cubana*, 2 volúmenes, San Juan, 1963.
- . *Panorama Histórico de la Literatura Dominicana*, Santo Domingo, 1965.
- Inoa, Orlando, *Prólogos de Juan Bosch*, Santo Domingo, 1999.
- Kury, Farid, *Juan Bosch, entre el exilio y el golpe de Estado*, Santo Domingo, 2000.
- Lugo, G. Andrés, *Juan Bosch, síntesis de una vida gloriosa*, 2000.
- Masó, Calixto, *Historia de Cuba*, Miami, 1976.

- Ocaña, Antonio, *Un hombre llamado Juan Bosch*, Santo Domingo, 1995.
- Piña Contreras, *En primera persona: entrevistas con Juan Bosch*, Santo Domingo, 2000.
- Remos, Juan J., *Historia de la Literatura Cubana*, 3 volúmenes, La Habana, 1945.
- Rosario Candelier, Bruno, *La narrativa de Juan Bosch*, Santo Domingo, 1989.
- Vega, Bernardo, *Unos desafectos y otros en desgracia: sufrimientos bajo la dictadura de Trujillo*, Santo Domingo, 1986.





PRESENCIA DOMINICANA EN LA HISTORIA DE CUBA (DEL SIGLO XVI AL XIX)

El Dr. Carlos Esteban Deive publicó en 1989 un importante trabajo con el título *Las emigraciones dominicanas a Cuba (1795-1808)*. Lo primero que deseo hacer es recomendar su lectura sobre la base de la seriedad y rigor de su autor. En esta ocasión trataré de referirme a un tema muy relacionado, pero sin limitarme a un período determinado aunque dirigiéndome sobre todo a los siglos XVIII y XIX, en los cuales se formó la nacionalidad cubana. Por otra parte, mencionaré algunos de los más importantes personajes de la Cuba de ese período, más específicamente nombres de cubanos nacidos en Santo Domingo o cubanos hijos de dominicanos, considerados generalmente como cubanos y dominicanos al mismo tiempo. La abundancia de datos que se pudieran compartir es tal que haría palidecer cualquier artículo o ensayo a publicarse o una conferencia que pueda dictarse. Confío en que el paso de los años y la decadencia física no me sean obstáculos para poder escribir todo un libro dedicado a estos temas, lo cual me propongo hacer en el futuro.

Con este trabajo sobre los dominicanos en la Historia de Cuba en los siglos del XVI al XIX no pretendo seguir un estricto orden cronológico. Tampoco intenta esta exposición llegar a ser considerada como completa y mucho menos como definitiva. Para aproximarse a esas características sería necesario, entre otras contribuciones, acudir al llamado período precolombino y a la llegada a Cuba de sus primeros pobladores, los cuales procedían de Quisqueya o Haití, nombres dados por ellos a la isla vecina. Puede decirse acerca de la relación entre estos países, por utilizar un título del recordado amigo el poeta Alberto Baeza Flores, que “las raíces vienen de lejos”. Acudiendo a un lenguaje aun más clásico sería necesario decir que esta vinculación histórica, étnica y cultural “se pierde en la noche de los tiempos”. Ni siquiera sería quizás suficiente acudir a los más recientes estudios sobre el origen de los indios taínos, muchos de los cuales se deben a excelentes investigadores dominicanos del más alto nivel.

Aunque mencionaré algunos datos aislados en relación a esos asuntos, dejo para otros autores más calificados o para una obra más

extensa que yo mismo intentaré publicar, la presencia o influencia de los cubanos en República Dominicana a través de los siglos, sobre todo en cuestiones de la industria azucarera y otros renglones de la economía nacional, el trabajo realizado en el país por clérigos y misioneros cubanos, católicos y protestantes; y en hechos políticos más recientes como el exilio dominicano en Cuba en el siglo XX, la fundación con influencia cubana del Partido Socialista Popular (PSP) en territorio dominicano en los años cuarenta, la fracasada expedición de Cayo Confites de 1947, los desembarcos de 1959 y una larga lista de temas. La presencia en República Dominicana de miles de cubanos a partir del triunfo en 1959 de la revolución encabezada por Fidel Castro, cifras que han ido aumentando desde la década de 1990, necesita de un estudio pormenorizado y específico.

Se trata de una historia que se inicia muy atrás. Cuba fue descubierta, como la Isla de la Española, por don Cristóbal Colón. Y de Salvatierra de la Sabana, la actual ciudad haitiana de Les Cayes, entonces en territorio ocupado por España, salió para conquistar y colonizar a Cuba don Diego de Velásquez de Cuellar, quien había sido un personaje muy activo en la primera fase de la colonización de lo que con el tiempo sería la República Dominicana y quien puede considerarse como el fundador del país cubano como lo conocemos hoy. En otras palabras, la civilización occidental y la obra civilizadora de España llegaron a Cuba procedente de Santo Domingo. Acerca de ese tema pudieran escribirse libros y ensayos sobre relaciones políticas, económicas, sociales, culturales, inmigratorias, etc.

La relación entre ambas islas sería muy intensa a partir de aquella época, nunca se interrumpiría y abarcaría todos los períodos siguientes. En aspectos fundamentales, sobre todo de tipo político, el archipiélago cubano dependería oficialmente de Santo Domingo por mucho tiempo. Mucho más conocido es el dato de que el primer líder rebelde enfrentado a los colonizadores nació en la vecina Quisqueya, el cacique Hatuey, a quien muchos han considerado el primer héroe nacional cubano. Siglos después, una de las figuras cimeras de la lucha armada por la independencia, sería el Generalísimo Máximo Gómez y Báez, nacido en Baní, a quien los cubanos quisieron convertir en primer Presidente de la República de Cuba proclamada el 20 de mayo de 1902, cargo que no aceptó y que no necesitaba para ser figu-

ra fundamental en la historia nacional al lado de José Martí, Antonio Maceo y Carlos Manuel de Céspedes. Nadie osaría escribir la historia de Cuba sin nuestro amado Generalísimo Gómez. Tampoco pudiera hacerse sin los muy ilustres escritores José María Heredia y Domingo del Monte, miembros de una larguísima lista que no pretendemos presentar sino simplemente mencionar junto a algunos nombres extraídos de la misma a manera de ilustración.

Dando un salto hacia la década de 1790, podía decirse aquello de: “Cuba es La Habana, lo demás es el paisaje”. Sólo la capital, escala obligada de las flotas, situada estratégicamente como pocas otras ciudades del mundo, había alcanzado desarrollo. Pero había otras poblaciones con cierta importancia como Santiago de Cuba, que había sido por un tiempo la capital y que por mucho tiempo tenía mayor relación con Santo Domingo de Guzmán que con La Habana. Y la Ciudad Primada de Cuba, Baracoa, tuvo en una época mayores relaciones con las poblaciones del norte de La Española que con el resto de la isla de Cuba. En 1848 un dominico-cubano nacido en Baracoa, el General Manuel Jiménez González sucedería como Presidente de la República Dominicana a quien llegaría a ostentar el título de Marqués de las Carreras, el general Pedro Santana, primer presidente del país. Un hijo de don Manuel, Juan Isidro Jiménez Pereyra, llegaría a la Presidencia dominicana en 1899.

A partir de las rebeliones de esclavos en el Santo Domingo francés, es decir, Haití, se produce un fenómeno interesante. Cuba reemplaza a ese territorio como la colonia más rica del mundo. Las emigraciones de franceses y haitianos “afrancesados” a Cuba y el vacío creado en aspectos económicos por las revueltas de esclavos haitianos abrieron las puertas de la prosperidad y el progreso que permitieron una mayor población y desarrollo a la mayor de las Antillas. Por otra parte, la llegada de dominicanos que huían de la inestabilidad, los cambios de soberanía, las invasiones francesas y haitianas y otros fenómenos parecidos contribuiría a aumentar el nivel cultural del país. Gran parte de las clases más educadas del Santo Domingo español se trasladaría a lugares como Venezuela y México, pero sobre todo a Cuba. En un solo período entre 1795 y 1808, se radicaron más de 4,000 dominicanos en Cuba. Y a partir de 1822, con la invasión y ocupación haitiana de lo que históricamente conocemos ahora como

la República Dominicana, continuaría esa emigración que se había detenido a partir de 1808.

Asentados en muchos lugares de la isla, como Baracoa, Matanzas, Puerto Príncipe (el actual Camagüey), Guantánamo, etc., un alto número de dominicanos se radicó en La Habana. Por lo general las autoridades españolas no les concedieron la ayuda necesaria ya que no disponían entonces de los recursos necesarios. En algunos casos esta fue escasa y limitada. Los dominicanos, por contacto con familiares y amigos cubanos, y sobre todo por iniciativa propia y con esfuerzos apreciables, lograron hacerle frente a la situación. Algunos historiadores hacen referencia, entre ellos el respetado Dr. Carlos Esteban Deive, a “las autoridades cubanas”, pero sólo en el sentido de que eran españoles que gobernaban la isla y eran por tanto las autoridades de Cuba, pues debo anotar que los cubanos por nacimiento no ocupaban entonces, con alguna excepción significativa y sólo en aspectos específicos, como Francisco de Arango y Parreño y Claudio Martínez de Pinillos, Conde de Villanueva, posiciones importantes en la administración insular.

En realidad, los españoles no podían estar en Cuba a la altura de la crisis que afectó a dominicanos que se mantuvieron leales no sólo a España sino sobre todo a su identidad propia y su cultura, por las cuales siempre han luchado, dentro y fuera de sus fronteras, injustamente trazadas, preservando la identidad nacional y cultural del más antiguo pueblo cristiano de América, como nos lo recuerda, entre otras fuentes, el título de un libro de Ramón Marrero Aristy, otro amigo de los cubanos, visitante frecuente de Cuba durante la Era de Trujillo. La mayoría de los dominicanos, aunque recibieron alguna ayuda, tuvieron que enfrentarse a duras realidades económicas. El libro del Dr. Deive es una buena fuente de información sobre esas situaciones.

Recorrer las ciudades y algunas regiones rurales de “la siempre leal Isla de Cuba” como se le llamaba muy justamente en España en la primera mitad del siglo XIX era encontrarse frecuentemente con familias dominicanas que después quedarían unidas a familias cubanas por matrimonio y por el nacimiento de hijos e hijas en territorio cubano, entonces bajo la soberanía española. El regreso de muchos

dominicanos y sus hijos a su tierra natal contribuiría a extender esa situación y llevarla hacia el tema de dominicanos nacidos en Cuba. Y luego vendría el exilio de cubanos opuestos a la dominación española y su participación en el resurgimiento de la industria azucarera en la República Dominicana. Ese último tema necesita del tratamiento minucioso que un texto especializado en esos asuntos pudiera ofrecer y algunos aspectos fundamentales de la materia son mencionados y explicados en obras de notables historiadores dominicanos como las del doctor Frank Moya Pons: *La otra historia dominicana* o en la del doctor Roberto Marte que lleva como título *Cuba y la República Dominicana* y que se dedica específicamente y con gran documentación a explicar lo que él llama, correctamente, “transición económica en el Caribe del siglo XIX.” Otros textos importantes, como los escritos por otros respetados eruditos como los doctores Bernardo Vega y Amadeo Julián, han sido muy útiles para aproximarse a esos asuntos. Debe siempre tenerse en cuenta que un número muy alto de emigrados cubanos se radicaría en el siglo XIX en varias regiones de Santo Domingo, entre ellas Puerto Plata donde residirían o nacerían figuras importantes de Cuba como algunos miembros de la familia Loynaz.

Mediante una reciprocidad basada en una historia común, numerosos dominicanos opuestos a gobiernos considerados autoritarios se han radicado en Cuba a través de los años. También muchos dominicanos que lucharon a favor de España durante el período de regreso a la soberanía española (1861-1865) se establecieron en la vecina Isla, entre ellos el legendario Mariscal de Campo del ejército español Eusebio Puello, famoso general de raza de color que se enfrentaría a los esfuerzos independentistas de los cubanos, mientras que otros oficiales dominicanos del ejército español como el célebre libertador Máximo Gómez, que llegaría a ser uno de los héroes nacionales de Cuba, quedarían grabados para siempre en la historia de ese país. La llegada de dominicanos a Cuba en busca de asilo político en la Era de Trujillo es sumamente conocida. En La Habana se fundaron o radicaron organizaciones dominicanas, sobre todo el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), iniciado a partir de 1939, en el cual participaron dominicanos que forman parte de la historia de Cuba como Enrique Cotubanama Henríquez (Cotú), Juan Bosch, Juan Isidro Jimenes Grullón y Ángel Miolán, entre otros. El doctor Henríquez, de la familia de los Henríquez Carvajal y los Henríquez Ureña, fue el esposo de

una hermana del presidente cubano Carlos Prío. El profesor Bosch escribió el más hermoso libro sobre Cuba y contrajo matrimonio con una distinguida dama cubana, doña Carmen Quidiello. El doctor Jimenes Grullón era descendiente del segundo presidente dominicano, un general que había nacido en Cuba. El notable hombre público y revolucionario dominicano Ángel Miolán también se unió en matrimonio con una cubana. Curiosamente, el otro partido considerado principal en República Dominicana desde fines del siglo XX e inicios del siglo XXI fue fundado también por Juan Bosch, el Partido de la Liberación Dominicana (PLD). Un estudio sobre dominicanos en Cuba en el pasado reciente y sus aportes a la pintura, la poesía, la música, el teatro, las humanidades en general, los estudios históricos y otros renglones importantes de la cultura sería necesariamente un trabajo extenso.

Desde épocas muy anteriores, conocidos apellidos dominicanos como Heredia, Pichardo, Del Monte, Tejera, Labastida, Arredondo, Angulo, etc., ya se habían integrado firmemente en la nacionalidad cubana. Si tomamos simplemente el apellido Pichardo, encontramos todavía en época reciente figuras con una importancia fundamental que llevaron ese ilustre apellido y que pueden servir de recordatorio de los antepasados dominicanos de muchos cubanos. Además de cuestiones de descendencia directa existe otra cuestión interesante, pero muy poco estudiada. Algunos llevamos apellidos establecidos tanto en Cuba como en la República Dominicana, por familias de peninsulares y canarios radicadas en ambos países. Los Ramos somos un ejemplo de esa situación. Independientemente de los éxodos políticos de los períodos republicanos o independientes de ambas naciones, podemos acudir al pasado, incluso a un período bastante remoto, para darnos cuenta de que sangre dominicana corre junto a la sangre cubana en Cuba y sangre cubana corre junto a la sangre dominicana en Santo Domingo.

Regresando específicamente al siglo XVIII y pasando por alto a otros personajes importantes, alguien pudiera iniciar un recuento mencionando al primer historiador cubano, un dominicano por nacimiento, el ilustrísimo Obispo de Cuba don Agustín Morell de Santa Cruz, nacido en Santiago de los Caballeros en 1694 y establecido en Cuba desde los 24 años de edad. El futuro obispo era graduado de

Teología de la Universidad de Santo Domingo, la primera de América, siendo ordenado sacerdote en Cuba a su llegada en 1718 por el obispo Fray Jerónimo Valdés, un notable filántropo. Morell de Santa Cruz fue casi inmediatamente designado Deán de la Catedral de Santiago de Cuba, convirtiéndose en defensor de los mineros del Cobre sublevados en 1731. Gracias a su intercesión fueron liberados numerosos esclavos.

El Papa Juan Pablo II, en visita a Cuba en 1998, recordó a los cubanos un dato interesante: “El Cobre, donde está su Santuario (la patrona del país), fue el primer lugar de Cuba donde se conquistó la libertad de los esclavos”. El autor de esa liberación fue Morell de Santa Cruz, dominicano y cubano al mismo tiempo. La esclavitud no sería abolida definitivamente en Cuba hasta 1886, pero la primera liberación de un grupo de esclavos en el país se debe a nuestro primer obispo criollo. Designado brevemente como obispo de León, Diócesis que incluía Nicaragua y Costa Rica, Morell regresa a La Habana como obispo en 1754. Autor de estudios geográficos, históricos y topográficos, además de eclesiásticos, sobre Nicaragua y Costa Rica, Morell fue también el autor de la primera historia de Cuba, publicada como *Historia de la Isla y Catedral de Cuba*. Aunque publicada después, la obra terminó de escribirse antes de 1750.

Su retorno a Cuba en condición de obispo de la diócesis cubana era también el regreso del primer historiador de Cuba. Otras obras serían escritas por el prelado, pero lo más famoso de todo fue su actitud ante la dominación inglesa de Cuba Occidental entre 1762-1763. Después de conquistada La Habana, el señor obispo se negó a acceder a peticiones del gobernador británico el Conde de Albemarle, de confesión anglicana, que exigía un templo para los ritos protestantes y otras concesiones. Ante la firme negativa del prelado, este fue desterrado brevemente a San Agustín en la Florida, otro territorio sobre el cual tenía jurisdicción pues sus funciones se extendían a Cuba, la Florida y la Luisiana. Un obispo dominico-cubano tuvo pues jurisdicción sobre este territorio en el cual ahora residen tantos cubanos y dominicanos. Con el tiempo, ya entrado el siglo XX, el prelado dominicano Adolfo Alejandro Nouel representaría a la Santa Sede en la República de Cuba. Monseñor Nouel llegó a ocupar brevemente la Presidencia de la República Dominicana en 1912.

La identidad cubana como algo que podía diferenciarse de la española, aunque todavía bajo esa ciudadanía y lealtad política, parece haberse iniciado como algo específico desde los días de la dominación británica por una serie de razones que merecerían explicarse. Al menos se acepta que desde los días del obispo Morell y de algunos contemporáneos suyos, también eminentes, es que se inicia el proceso de formación de la nacionalidad cubana.

Si la historia de Cuba no puede escribirse sin Morell de Santa Cruz, la literatura cubana no puede estudiarse sin José María Heredia. Fue nuestro primer poeta nacional y puede considerarse nuestro más alto poeta. El Cantor del Niágara, como también se le conoce, era descendiente de dominicanos tanto por su padre como por su madre. Las difíciles situaciones experimentadas en Santo Domingo por los cambios de soberanía obligaron a muchísimos hijos del país a buscar refugio y residencia en otras tierras a fines del siglo XVIII y sobre todo a principios del XIX. En aquel entonces, época de grandes emigraciones y conflictos, se escribió aquella quintilla famosa cuyo autor era el Presbítero Juan Vázquez, cura párroco en Santiago de los Caballeros, ciudad de donde proceden tantos domínico-cubanos en la historia:

Ayer español nací
a la tarde fui francés,
a la noche etíope fui,
hoy dicen que soy inglés:
¡No sé qué será de mí!

Nos recuerda otro domínico-cubano, Max Henríquez Ureña, que “entre los que emigraron en 1801 se cuentan los hermanos José Francisco y Domingo Heredia y Miseses, así como su primo Ignacio Heredia y Campuzano.” Y nos recuerda que los tres tuvieron descendencia ilustre: José Francisco fue el padre de José María Heredia y Heredia, cantor del Niágara, nacido en Cuba en 1803; Domingo fue, a su vez, padre del otro José María Heredia, el sonetista de “Los Trofeos” nacido en Cuba en 1842, residente en Francia, primer americano elegido a la Academia Francesa y amigo de otro cubano con antepasados en la vecina isla aunque no en la parte española, Paul Lafargue, yerno de Carlos Marx y también autor de clásicos del marxismo, cuya

madre era haitiana y su padre un judío francés; e Ignacio Heredia nacido en Cuba en 1836, naturalizado francés, alto funcionario de Francia, Ministro de Obras Públicas de la República Francesa. El origen dominicano de los dos poetas del mismo nombre (José María Heredia) y el de su pariente Ignacio Heredia está bien documentado.

Sobre José María Heredia, el primer Poeta Nacional de Cuba, se han escrito varios libros y biografías. Vivió en su nativa Cuba y como exiliado en México por problemas políticos con las autoridades coloniales. Fue magistrado de la Audiencia de Toluca y su padre dominicano había ocupado altísimas posiciones en Cuba, Venezuela y México. El diplomático y escritor cubano Dr. M. García Garófalo Mesa escribió un libro fundamental para identificar su ámbito americano: *Vida de José María Heredia en México*. El padre del poeta era Heredia y Mieses como también llevaban ese apellido sus hermanos, padres del otro José María Heredia y de Ignacio Heredia. Evidentemente la familia Mieses ha llevado históricamente la poesía en las venas.

Don Esteban Pichardo Tapia hizo un aporte apreciable como autor del *Diccionario Provincial casi razonado de voces cubanas* (1836), el primero de ese tipo publicado en cualquier país de la América española. Pichardo Tapia nació en Santiago de los Caballeros y fue llevado de niño a Cuba. Era hijo de Lucas Pichardo y Zereceda y de Rosa de Tapia y Saviñón. Se le deben las *Notas cronológicas sobre la isla de Cuba* (1822); así como su *Itinerario de los caminos principales de la Isla de Cuba* (1828); su conocida *Geografía de la Isla de Cuba* (1854) y el ya mencionado *Diccionario*, del cual hay cuatro ediciones: 1836, 1840, 1862 y 1875. Otros libros suyos merecerían ser mencionados y explicados, pero bastaría señalar la importancia de su *Diccionario*, del cual se depende en buena parte para entender aspectos fundamentales del desarrollo del idioma español en Cuba.

El autor de *Panorama Histórico de la Literatura Dominicana*, Max Henríquez Ureña, escribió *Panorama Histórico de la Literatura Cubana*. Uno de mis libros, *Panorama del protestantismo en Cuba*, lleva ese título por mi familiaridad con ambos textos de Max Henríquez Ureña. Se trata de un hijo del ex Presidente dominicano Francis-

co Henríquez y Carvajal y sobrino de Federico Henríquez y Carvajal, a quien José Martí consideraba como un verdadero hermano. Pedro Henríquez Ureña, hermano de don Max, puede ser considerado el más importante intelectual nacido en las Antillas, dominicano que brilló en toda la geografía americana y que fue grandemente elogiado hasta por el gran Jorge Luis Borges, no siempre inclinado a reconocimientos a escritores antillanos. Aunque no por tanto tiempo como don Max, don Pedro vivió en Cuba, como también su hermana la Dra. Camila Henríquez Ureña, a quien tantos conocimos como una erudita y notable profesora universitaria.

Max Henríquez Ureña pasó en Cuba gran parte de su vida y era considerado cubano por los cubanos, dominicano por los dominicanos. Promovió la cultura cubana, estuvo presente en cuanto acontecimiento importante ocurrió en Cuba hasta la segunda mitad del siglo XX. Era toda una institución para los cubanos y participó en actividades políticas en el país. Es probable que la historia de la literatura cubana escrita por Max Henríquez Ureña sea la mejor jamás publicada sobre el tema. Muchos datos sobre su vida los conocí por mi relación con uno de sus hijos, Hernán Henríquez Lora, nieto por línea materna del general Saturnino Lora, figura importante de la Guerra de Independencia de Cuba.

Don Max y su familia tuvieron una participación extraordinaria en la promoción de la cultura en Cuba. En cierta forma, sus predecesores en esas tareas incluyeron a miembros de la familia dominicana del Monte también fundamental en la historia de Cuba, tanto en la política como en la literatura, pero en el siglo XIX. Leonardo del Monte y Medrano era de Santiago de los Caballeros, donde fue Teniente de Gobernador, al igual que en Maracaibo y La Habana. Don Leonardo fue el padre de Domingo del Monte y Aponte (1806-1853), nacido en Venezuela y criado en Cuba donde residió desde los seis años de edad. Don Domingo fue el gran promotor de la cultura cubana en la primera mitad del siglo XIX, amigo de Heredia. No hay casi ningún acontecimiento cultural en ese período en el que no se haya destacado del Monte. Además, Antonio del Monte y Tejada, nacido en Santiago de los Caballeros, fue sin duda uno de los más eminentes abogados de Cuba y autor de *La Historia de Santo Domingo desde el descubrimiento hasta nuestros días*, cuyo primer tomo se publicó en

La Habana en 1853. Otro de los más notables escritores cubanos de ese siglo, Ricardo del Monte pertenece a esa misma familia dominicana.

Entre los intelectuales y profesionales dominicanos radicados en Cuba pueden mencionarse muchos nombres, entre ellos Gaspar de Arredondo y Pichardo, jurista importante en su país adoptivo; Lucas de Ariza; José Antonio Bernal y Muñoz, catedrático universitario de Anatomía y figura importante de los círculos científicos; Fray José Félix Ravelo, Rector de la Universidad de La Habana en 1818; Juan de Mata Tejada, introductor de la litografía en Cuba, profesor del Seminario de San Basilio el Magno.

En el primer tomo de una obra publicada en muchos volúmenes por la Presidencia de la República Dominicana, dedicada a *Obra y Apuntes* de Max Henríquez Ureña, se señala, en relación al período anterior al siglo XX, que “Se destacaban también en la formación intelectual de la población cubana de entonces, Bernardo Correa y Cidrón (1757-1837), ex Rector de la Universidad de Santo Domingo, Tomás Correa Córcega (1766-1826), Manuel Márquez Jovel, Luis Antonio de Mena, Billini, Meriño, Castellanos y Manuel de Jesús Peña y Reynoso...”.

Es necesario detener el paso para descubrirse respetuosamente ante la importancia dominicana en la independencia y primeros días de la República. Sería necesaria toda una colección de biografías y numerosos estudios y ni siquiera así sería posible hacer justicia a la contribución del país hermano. Solamente me referiré a algunos aspectos. Como ya se ha dejado entrever, sería necesario todo el tiempo del mundo para referirnos al Generalísimo Máximo Gómez y los dominicanos que lucharon por la independencia de Cuba.

Algunos parecen haber olvidado que Mariana Grajales Cuello, la madre de Antonio Maceo y de sus hermanos, todos ellos héroes fallecidos en las guerras por la independencia, era de familia dominicana. No sólo eran dominicanos los padres de doña Mariana sino que algunos estudiosos como Manuel Sanguily insistieron en su nacimiento en Santo Domingo. Sus hijos fueron bautizados por un sacerdote

católico dominicano radicado en Santiago de Cuba, el Reverendo Manuel José Miura y Caballero de la Iglesia de Santo Tomás Apóstol.

Antonio Maceo fue el Lugarteniente General del Ejército Libertador, y el héroe de infinidad de batallas como sus otros hermanos. Los Maceo tenían, pues, abuelos dominicanos del lado materno. “El General Antonio”, como algunos le llamaban, encabezó la invasión desde el Oriente hasta el Occidente de Cuba, hazaña que cambió el rumbo de la lucha independentista. Curiosamente, el autor del famoso himno que nos hace recordar esa hazaña y que se deja escuchar todavía en toda la geografía cubana, el “Himno Invasor”, fue el general Enrique Loynaz del Castillo nacido en Puerto Plata, de familia cubana radicada en República Dominicana y cuyos miembros contribuyeron al desarrollo de la industria azucarera y los ingenios de vapor en Quisqueya.

En Puerto Plata, donde radicaban tantos cubanos, se laboraba por la causa de Cuba en forma visible. Hasta un clérigo, el pastor de la Iglesia Metodista de esa ciudad, el reverendo N. Andrews, convirtió esa lucha en su tema favorito. Emilio Rodríguez Demorizi menciona en un libro su discurso del 23 de febrero de 1873: “El derecho y la razón contra la arbitrariedad de la conquista” en relación con Cuba. Según don Emilio: “Puerto Plata era, entonces, como un animado campamento mambí de cubanos, soldados de la emigración que desde 1868 comenzaron a establecerse al pie de Isabel de Torres y que cubrían vigilantes la retaguardia de las tropas insurrectas.” También menciona el gran erudito dominicano los apellidos de distinguidos cubanos residentes allí: Céspedes, Trujillo, Silva, García Copley, Romagoza, Betancourt, Socarrás, Zayas, Argilagos, Mola, Pérez, Récio Agramonte, Capote, Agüero Betancourt, Fernández, Otero, Machado, Masvidal, Loret de Mola, Castillo, Arteaga, Borrero, Figuero. Esto no quiere decir que todos los miembros de estas familias radicaban allí, pero sí revela la presencia de algunos de sus miembros. Más conocida es, como se ha señalado, la presencia de los Loynaz, a lo cual debe añadirse que los más conocidos eran Enrique, Diego y Carlos F. Loynaz. Además de empresarios y comerciantes, la familia contaba con un miembro que era ministro de una pequeña congregación protestante en Puerto Plata, como relata en sus memorias el General Enrique Loynaz del Castillo al mencionar a ese primo suyo.

No puede escribirse sobre la llamada Guerra de los Diez Años (1868-1878) sin dejar de mencionar a uno de sus grandes personajes, el general dominicano Modesto Díaz, nacido en Baní. Este antiguo jefe de las tropas españolas en San Cristóbal como jefe militar de la provincia con rango de Brigadier es una de las figuras más relevantes de la Guerra de los Diez Años, alcanzando el alto rango de Teniente General. Tanto él como los hermanos Luis Jerónimo, Félix y Francisco Marcano, dominicanos ilustres en la historia de Cuba, compartieron con Máximo Gómez y otros dominicanos la misión de entrenar a los primeros luchadores por la independencia en el arte de enfrentarse con el machete a los españoles en el campo de batalla y aquella estrategia de “tierra arrasada” que tanto complicó los esfuerzos españoles por mantenerse en Cuba “hasta el último soldado y la última peseta.” Los Marcano tenían experiencia militar y se destacaron en el entrenamiento de los primeros luchadores cubanos de esta guerra. Francisco fue designado como General de Brigada desde inicios de la guerra, pero después de grandes servicios a la causa cayó prisionero de las fuerzas españolas y fue fusilado el 2 de febrero de 1870. Luis Marcano estuvo con Carlos Manuel de Céspedes, el futuro Padre de la Patria Cubana y Presidente de la República en armas, desde el mismo día del inicio de la guerra (10 de octubre de 1868) y al día siguiente tomó la población de Jibacoa con 160 hombres a su mando. El Mayor General Luis Marcano dirigió la toma de la ciudad de Bayamo. Fue este militar el que convenció a Modesto Díaz, Brigadier de las tropas de reserva españolas, que se uniera a los cubanos en la guerra. Félix Marcano, el más joven de los hermanos, también prestó valiosos servicios. El intelectual dominicano Manuel de Jesús Peña y Reynoso fue representante a la Cámara de la República de Cuba en Armas proclamada en 1869 (la guerra se inició en 1868). Había sido elegido para el cargo por el Ejército Libertador de Cuba. Muy breve fue la participación del General de Brigada, designado para ese rango por Céspedes, Francisco Javier Heredia Solá, nacido en Baní y que había llegado a Cuba como coronel de la reserva española, pero que después de dos meses de lucha con los cubanos regresó al ejército español con el rango de Coronel, alcanzando después el de General de Brigada. En su documentada obra *Maceo en Santo Domingo*, Emilio Rodríguez Demorizi menciona a Manuel Abreu Romero y Francisco Abreu Licairac, “tío y sobrino”, y los hermanos Bernardo y Francisco Antonio Delgado, entre los primeros jóvenes de distinguidas familias

dominicanas que cayeron en las luchas independentistas en Cuba. También señala que el padre de la historiografía dominicana José Gabriel García “estaba en Santiago de Cuba cuando se inició la Revolución de Yara” (octubre de 1868) y anotó datos interesantes sobre la participación de sus heroicos compatriotas.

En su interesante y documentada obra *Maceo en Santo Domingo*, Rodríguez Demorizi escribe un capítulo sobre “La Restauración: sus ecos en Cuba”. La contienda ganada por los dominicanos contra España en 1865 siempre merece estudiarse. Según el ilustre y erudito autor, “La revolución cubana fue, en cierto modo, continuación de nuestra guerra de la Restauración...” Cita a Antonio Cánovas del Castillo: “El reconocernos incapaces de luchar y vencer bajo el sol de las Antillas –decía en las Cortes–, nos obligará pronto a demostración más sangrienta y onerosa de nuestro poder en Cuba”. El reconocido diplomático y autor Manuel Márquez Sterling, autor de *Los últimos días del Presidente Madero*, también relacionó la Guerra de Restauración con la Guerra de los Diez Años, y Ramiro Guerra, el gran historiador cubano en el siglo XX, afirmó que “se consideró en Cuba una prueba de la debilidad de España y de la inconsecuencia de sus gobiernos”. Don Emilio también cita a otro cubano ilustrado, Federico García Copley, que llega a afirmar: “...valientes dominicanos que como Máximo Gómez, Luis Marciano, Modesto Díaz y otros, se unieron al ilustre Carlos Manuel de Céspedes para iniciar la revolución, en la cual hacen hoy un brillante papel, me hacen descubrir cierta fraternidad, cierta armonía, cierta simpática comunión entre la gloriosa guerra de la Restauración dominicana y la heroica guerra de la independencia cubana; entre el Grito de Capotillo y el Grito de Yara, entre el 16 de agosto de 1863 para Santo Domingo, y el 10 de octubre de 1868, para Cuba...”.

Tampoco puede escribirse sobre otro período, el de la llamada “Guerra de Independencia” (1895-1898), también llamada “La Guerra de Martí”, sin la firma de aquel famoso “Manifiesto de Montecristi”, documento fundamental de aquella lucha final por la independencia. Montecristi acogió a Gómez y a Martí, dos gigantes que firmaron el pacto cuyo nombre quedaría grabado como símbolo de un período entero de la historia de Cuba y de las Antillas españolas. Entre las palabras del manifiesto, las siguientes siempre me han emocionado

especialmente: "...la guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento de la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad, que solo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino...". El dominicano Marcos del Rosario Mendoza, nacido en el Viso, cerca de Santo Domingo, personaje muy compenetrado con los esfuerzos independentistas de los cubanos y que después se destacaría en varias batallas, acompañaría a Gómez y Martí en su regreso a Cuba para unirse a las tropas independentistas en Oriente en 1895. Martí se relacionó con una lista tan larga de dominicanos que únicamente consultando la obra *Martí en Santo Domingo* de Emilio Rodríguez Demorizi sería posible tener una idea general sobre el asunto. Don Emilio incluye en su trabajo un comentario del gran intelectual cubano Félix Lizaso, gran autoridad sobre Martí: "...Pocos sabían en Cuba que don Américo Lugo, el dominicano insigne compilador de la primera selección de trabajos de Martí, publicada en París por la casa Ollendorf en 1907, había tenido el privilegio de conocer personalmente al Maestro...".

En fecha tan temprana como el primero de abril de 1895, pocos días después del inicio de las operaciones de la llamada Guerra de Independencia el 24 de febrero de ese año, Hipólito Aybar García, de Santiago de Los Caballeros se incorporó al Ejército Libertador cubano. Ya el 20 de septiembre se le reconoció el grado de Coronel. Con ese mismo grado culminaría su servicio durante esa guerra el militar y periodista José Camejo Payen, nacido en la capital dominicana. El médico Dionisio Gil de la Rosa, nacido en La Vega, que había ostentado el rango de General de Brigada durante el gobierno de Heureaux. En Cuba desempeñó importantes funciones como Jefe de Sanidad de la División bajo las órdenes del General Alejandro Rodríguez. Prestó grandes servicios no sólo al Ejército Libertador sino a la población afectada por enfermedades. No sólo se destacó como médico sino que tomó parte como guerrero en no menos de 64 acciones. En una de ellas, la de Santa Elena, dirigió un regimiento. El médico cubano-dominicano Faustino Sirven Pérez Puelles, nacido en Puerto Plata de padres cubanos, fue otro médico con una larga hoja de grandes servicios. Se le otorgó el rango de Coronel. Muchos otros oficiales de alto rango pudieran mencionarse, como el Comandante Lorenzo Despradel, mencionado en *Perfil militar dominicano de Máximo Gómez*, del doctor Euclides Gutiérrez Félix.

Finalmente, es imposible olvidar que si los dominicanos encontraron refugio en Cuba, los cubanos lo encontraron siempre y lo encuentran todavía en República Dominicana, donde residen miles de cubanos y sus hijos. Allí vivieron en los momentos más difíciles de las guerras de independencia los hijos de Cuba como exiliados o como inmigrantes, quizás hasta alrededor de 5.000 de ellos en un momento dado del siglo XIX.

Como los dominicanos en Cuba, los cubanos fueron acogidos por casi todos los gobiernos dominicanos, hasta mucho antes de que gobernaran Quisqueya grandes amigos de Cuba como los generales Gregorio Luperón y Ulises Heureaux (Lilís) y el también presidente Ulises Francisco Espaillat. El ilustrísimo General Luperón fue un extraordinario amigo y colaborador en el exilio dominicano de Antonio Maceo. Heureaux contribuyó con una cifra apreciable de dinero a la causa cubana y estuvo siempre al lado de cualquier esfuerzo libertador de los cubanos como cuando protegió a Gómez y Martí. El presidente Heureaux comisionó a un gran amigo de Martí, el escritor dominicano Manuel de Jesús Galván, autor de la novela *Enriquillo*, para escribir un “Prospecto de Jurado Internacional para poner término a la efusión de sangre en Cuba” dirigido al Presidente de EE.UU., Grover Cleveland. Rodríguez Demorizi también anota que Heureaux deseaba contribuir a la independencia de Puerto Rico y estuvo dispuesto a cooperar con personas como el puertorriqueño Brigadier Juan Rius Rivera, que también se convertiría en figura señera en las luchas por Cuba. No me corresponde en este trabajo juzgar en aspectos específicos las gestiones de gobierno en Santo Domingo de personajes tan polémicos como Heureaux, pero espero ofrecer en el futuro un tratamiento más detallado de la contribución de éste y de otros gobernantes a la causa cubana.

Casi imposible encontrar un presidente dominicano que no haya abierto de alguna manera las puertas a los cubanos, hasta aquellos considerados más autoritarios como el mismo “Lilís”, Rafael Trujillo y los otros presidentes de la Era de Trujillo hasta las administraciones más recientes: Joaquín Balaguer, los “cívicos”, Juan Bosch, el triunvirato, los revolucionarios y los militares, y también Héctor García Godoy (nieta de un ilustre cubano radicado en Santo Domin-

go: Federico García Godoy) y los gobiernos del reformismo, el PRD y el PLD. Todos ellos.

He mencionado mucho a las tres figuras principales de la independencia: un dominicano (Gómez), un descendiente de dominicanos (Maceo) y un enamorado de Santo Domingo y su pueblo (Martí). También deseo resaltar el heroísmo de una mujer de padres dominicanos, Mariana Grajales, a la cual puede considerarse como la madre de la nación cubana pues entregó a todos sus hijos varones a la lucha independentista. No fueron ellos los únicos o los últimos dominicanos o dominico-cubanos en alcanzar importancia en la historia de Cuba. Todavía en 1925 cuando iba tomando forma el movimiento estudiantil universitario que tanto cambiaría el rumbo de la política cubana hasta 1959, la figura principal del mismo era Julio Antonio Mella, descendiente de uno de los Padres de la Patria Dominicana, Matías Ramón Mella. Y en la década de 1940 y aún antes, un dominicano por nacimiento Enrique Cotubanama Henríquez (“Cotú”) era figura influyente en el parlamento de Cuba y en el entonces mayoritario Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), cuyo nombre adoptaría adaptándolo a su nacionalidad, el Partido Revolucionario Dominicano (PRD) que “Cotú” contribuyó a fundar y desarrollar en territorio cubano.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Arrate, José Martín Félix de, *Llave del Nuevo Mundo y Antemural de las Indias Occidentales*, La Habana, 1876.
- Calcagno, Francisco, *Diccionario Biográfico Cubano*, Nueva York, 1878.
- Colón, Cristóbal, *Relaciones y Cartas de Cristóbal Colón*, Madrid, 1924.
- Cruz, Manuel de la, *Episodios de la Revolución Cubana*, La Habana, 1924-1926.
- Cruz, Víctor Manuel de la, *Biografía de Juan Bosch: 1909-1961*, primer tomo, Santo Domingo, 2009.
- Del Castillo, José, *Ensayos de Sociología Dominicana*, Santo Domingo, 1984.
- Deive, Carlos Esteban, *Las emigraciones dominicanas a Cuba (1795-1809)*, Santo Domingo, 1989.

- . *Diccionario de Literatura Cubana*, 2 volúmenes, La Habana, 1980.
- Dyde, Brian, *Caribbean Companion*, London, 1992.
- Franco, Franklin, *Historia del pueblo dominicano*, Santo Domingo, 1992.
- Guiteras, Pedro José, *Historia de la Isla de Cuba*, 4 volúmenes, La Habana, 1927.
- García, José Gabriel, *Compendio de Historia de Santo Domingo*, 4 tomos, Santo Domingo, 1968.
- Gimbernard, Jacinto, *Historia de Santo Domingo*, Santo Domingo, 1974.
- González, María Dolores, *et. al.*, *El Rumor de Haití en Cuba: temor, raza y rebeldía*, Madrid, 2004.
- Henríquez Ureña, Max, *Panorama Histórico de la Literatura Cubana*, 2 tomos, San Juan, 1963.
- . *Panorama Histórico de la Literatura Dominicana*, 2 tomos, Santo Domingo, 1965.
- Jiménez Grullón, Juan I., *Sociología Política Dominicana, 1844-1966*, Santo Domingo, 1980.
- Las Casas, Bartolomé, *Historia de las Indias*, México, 1951.
- Marrero, Leví, *Cuba: Economía y Sociedad*, 15 volúmenes, San Juan y Madrid, 1972-1992.
- Marte, Roberto, *Cuba y la República Dominicana. Transición económica en el Caribe del siglo XIX*, Santo Domingo, 1988.
- Morales Padrón, *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*, Madrid, 1963.
- Moya Pons, Frank, *La otra historia dominicana*, Santo Domingo, 2008.
- . *Manual de Historia Dominicana*, Santiago, 1983.
- . *Obra y Apuntes: Max Henríquez Ureña. Tomo I. Documentos Personales*, Santo Domingo, 2008.
- Pérez Memén, Fernando, *La Iglesia y el Estado en Santo Domingo*, Santo Domingo, 1984.
- Pezuela, Jacobo de la, *Historia de la Isla de Cuba*, 4 tomos, Madrid, 1878.
- . *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de la Isla de Cuba*, 4 tomos, Madrid, 1863-1866.
- Rodríguez Demorizi, Emilio, *Maceo en Santo Domingo*, Barcelona, 1978.

- . *Martí en Santo Domingo*, Barcelona, 1978.
- . *Papeles Dominicanos de Máximo Gómez*, Santo Domingo, 1985.
- Salazar, Salvador, *Historia de la Literatura Cubana*, La Habana, 1929.
- Utrera, Fray Cipriano de, *Noticias Históricas de Santo Domingo*, 6 volúmenes en edición de Emilio Rodríguez Demorizi, Santo Domingo, 1978.
- Zaragoza, Justo, *Las insurrecciones cubanas*, 4 tomos, Madrid, 1872-1873.





EL CONDE DE VILLANUEVA Y EL PRIMER FERROCARRIL DE IBEROAMÉRICA (1837)

El autor del *Diccionario Biográfico Cubano*, don Francisco Calcagno, se refirió a don Claudio Martínez de Pinillos, Conde de Villanueva, como “Grande de España” y de origen noble, basándose en datos muy correctos de Vilo y Otero. Además del artículo de Calcagno y la fuente mencionada, muchos datos dispersos sobre la vida de Martínez de Pinillos pueden encontrarse en varias fuentes. Se trata quizás del cubano por nacimiento con mayor influencia en la corte del rey don Fernando VII y de su viuda la Reina Gobernadora doña María Cristina. Como otro de sus célebres compatriotas, es decir, don Francisco de Arango y Parreño, también con grande influencia en la Península, puede decirse que su vida cubrió toda una época del desarrollo de una isla considerada entonces por España como “leal” y “fiel”. De resaltar la relación del Conde de Villanueva con la Junta de Fomento y con la decisión de llevar a cabo el proyecto de los primeros ferrocarriles en Cuba y en Iberoamérica, nos encargaremos en esta aproximación al tema.

Siendo Capitán General don Francisco Dionisio Vives, el publicista andaluz don Marcelino Calero, también conocido por sus dotes de inventor, escribió desde Londres al mencionado gobernador de la Isla acerca de un proyecto ferroviario. Se invitaba a Vives a ser parte de una empresa que construiría un ferrocarril entre el puerto de Santa María, situado en una región vinícola al sur de España y Jerez de la Frontera. El publicista dejaba abierta la puerta para cualquier proyecto similar en Cuba.

Aunque no existe una uniformidad de opiniones al respecto, el país había progresado mucho a partir de la toma de La Habana por los ingleses en 1762 ya que estos invasores que ocuparon buena parte del occidente de Cuba promovieron cierta libertad de comercio con el exterior. Pero debe reconocerse sin embargo que desde 1772 España puso en práctica nuevas medidas como el libre comercio entre varios puertos en la Península y Cuba, lo cual fue ampliándose gradualmente. Se fomentaron entonces los campos de caña de azúcar y se aumentó la mano esclava.

Se independizaban por esa época las 13 colonias de Norteamérica, se iniciaba la Revolución Industrial, se acercaba la Revolución Francesa y Haití lograría pronto su independencia. Las rebeliones de esclavos en ese último país perjudicaron su economía favoreciendo la de Cuba que a fines del siglo XVIII disfrutaba de la mano benéfica del gobierno de don Luis de las Casas y también del fructífero episcopado de don Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa. Pronto dejaría su huella la buena instrucción ofrecida por el Seminario de San Carlos, el centro de altos estudios con mayor amplitud intelectual hasta ese momento. Cuba se beneficiaría especialmente con la independencia norteamericana al disponer de un nuevo, grande y cercano mercado para sus productos. El país cubano estaba a punto de convertirse en el principal exportador de azúcar en el mundo.

Retomando la administración de Vives, este conocido funcionario gobernaba con las facultades extraordinarias de los “gobernadores de plazas sitiadas” debido a las conspiraciones internas y el proceso independentista que se llevaba a cabo en casi toda la geografía del imperio español en América. El Capitán General ahogó los planes de la sociedad secreta “Soles y Rayos de Bolívar”, suprimió milicias y diputaciones y restringió grandemente la libertad de imprenta, aunque concedió alguna atención a las letras y se realizaron por su administración algunas obras públicas importantes a la vez que se toleraba el juego y la inmoralidad.

Como hemos visto, el país estaba en pleno proceso de desarrollo, sobre todo en cuanto a la industria azucarera, cada día más necesitada de buenas comunicaciones. Debe reconocerse que Vives entendió bien las posibilidades del ferrocarril para responder la situación. Los terratenientes azucareros y cafetaleros solicitaban constantemente el mejoramiento de los caminos para transportar la producción hasta los puertos de embarque especialmente La Habana y Matanzas. Estas modestas vías de comunicación se convertían en lodazales en tiempos de lluvia, mientras que los ingenios azucareros estaban lejos de las costas. Como se desprende de lo que ya hemos expuesto, reinaba en Cuba no sólo la corona de España sino también *Su Majestad el Azúcar* (título del clásico libro de Roland Ely sobre la industria azucarera en Cuba).

En el país vivían y trabajaban en aquel entonces varios funcionarios españoles con visión y cubanos que iban ampliando su esfera de influencia a pesar del temor a sublevaciones e ideas independentistas. Entre ellos se encontraba Arango y Parreño, a quien se debe la creación del Real Consulado de Agricultura y Comercio. Al Consulado, llamado después Junta de Fomento, se le deben importantísimos estudios sobre minas, montes, maderas, caminos, calzadas, puentes y asuntos de geografía y topografía, así como la promoción de la agricultura y la cría del gusano de seda. También se ocupó del poblamiento del país y hasta de la introducción del hielo. Pero sus mejores méritos quizás tienen relación con la libertad de comercio y el desestanco del tabaco.

En 1793 se funda en Cuba la Sociedad la Sociedad Patriótica o Sociedad Económica de Amigos del País con el notabilísimo gobernador don Luis de las Casas, el Conde de Casa Montalvo, don Juan Manuel O'Farrill, don Luis de Peñalver, Arango y Parreño y otros importantes personajes entre sus fundadores y primeros miembros. No debe extrañar entonces que, décadas después y llegado el momento, la Sociedad Económica haya experimentado cierto entusiasmo con la idea de traer los ferrocarriles a Cuba, convirtiéndola en una pionera de ese tipo de comunicaciones. El Brigadier de Ingenieros don Juan Tirry y Lacy, Marqués de la Cañada, y don José Agustín Ferrety, Intendente Honorario de Provincias, ilustres miembros de la benemérita institución, fueron encargados de redactar un informe con datos sobre los antecedentes del ferrocarril en Inglaterra y Estados Unidos. El gobernador Vives propuso que se designara a Don Marcelino Calero socio corresponsal de la Sociedad.

Muy pronto, y por invitación de la Sociedad Económica, el Real Consulado y el Ayuntamiento de La Habana fueron invitados para constituir una Comisión que adoptó el nombre de Junta de Caminos de Hierro. Corría el año 1830, y el 8 de agosto se celebraba la primera reunión de la nueva entidad bajo la presidencia del Capitán General y del Intendente de Hacienda, don Claudio Martínez de Pinillos, las dos principales figuras del gobierno de la Isla. Además de Vives, Martínez de Pinillos, Ferrety y el Marqués de la Cañada (Tirry), también integraban la junta el Coronel de Milicias don Carlos José Pedroso y don Francisco Romero Núñez, representando el Real Consulado. El

Teniente Regidor y Alcalde Mayor Provincial don Domingo Herrera lo harían a nombre del Ayuntamiento de La Habana. También se designaron como asesores técnicos a don Francisco Lemaury y a don Manuel Pastor.

La Junta elaboró una evaluación final estimando el costo total de un camino de hierro en 700.000 pesos. Se solicitó del Intendente Martínez de Pinillos la recopilación de datos sobre posibilidades económicas de las regiones donde debería pasar el ferrocarril. Se consideraba favorablemente el potencial del valle de Güines para el ferrocarril. Después de muchos estudios y consideraciones, se estimaron como terminadas las funciones de la Junta y ésta quedó disuelta el 22 de enero de 1832, editándose una *Memoria* de actividades.

Un año después, al reestructurarse los organismos de la administración colonial, el proyecto fue discutido de nuevo. El Real Consulado debía limitarse a realizar funciones propias de un tribunal mercantil según el Código de Comercio promulgado en España en 1829, y por lo tanto, se decidió integrar un nuevo organismo al cual se denominó Junta de Fomento. Ésta quedaba encargada de promover y fomentar la población, los caminos, la agricultura y otros renglones de actividad, asignándosele a Martínez de Pinillos, Intendente de Hacienda a partir de 1825, la dirección de la nueva entidad.

La Junta de Fomento fue sucesora del Real Consulado de Agricultura, Industria y Comercio, creado por gestiones de don Francisco de Arango y Parreño y que había funcionado desde 1795. A tal corporación se debe acreditar además del desestanco del tabaco y una mayor libertad de comercio, importantes trabajos geográficos y el estudio de asuntos relativos al fomento del país. El Real Consulado de Agricultura, Industria y Comercio, primero, y la Real Junta de Fomento después, emprendieron grandes obras de mejoramiento, así como de reconstrucción de vías de acceso a la capital cubana, entre ellas la calzada de Guadalupe y la del Horcón.

Asuntos de transporte habían ocupado la atención de Arango y Parreño. Este genial productor, azucarero y comerciante apoderado del Ayuntamiento de La Habana en Madrid, promovió la educación y planteó algunos de los principales problemas creados por la depen-

dencia de la Metrópolis y el subdesarrollo, logrando la libertad de la trata de esclavos. Con el tiempo, su relación epistolar con el cristianísimo Lord Wilberforce, el gran enemigo inglés de la trata, cambió de opinión sobre el comercio de africanos y luchó por la suspensión de lo que llegó a considerar una desgracia para Cuba, llegando a expresar algunas ideas favorables al mestizaje como solución al problema racial en Cuba. Tal vez la mejor forma de referirnos al notable economista cubano nos la ofrece el historiador Calixto Masó, quien afirmó acerca de él que “era conservador en su actuación y liberal en sus ideas, aunque a este respecto sus conceptos son más precisos en lo económico.” La Junta de Comercio y los tribunales mercantiles fueron establecidos en la capital cubana como consecuencia de un folleto suyo. Entre los planes no realizados de Arango y Parreño estuvo uno del Conde de Macurijes, partidario de abrir un canal que uniese los ríos de Los Güines y de La Presa, el “Canal de Los Güines” concebido en 1707 y que Arango y Parreño intentó sin éxito revivir ya que no fue ejecutado pese a los esfuerzos de don Félix y don Francisco Lemaur y el apoyo de todo un sector.

En cuanto a su sucesor, el insigne cubano que ostentaba el título de Conde de Villanueva, tan pronto fue investido de la Presidencia de la Junta de Fomento solicitó los papeles de la Junta de Caminos de Hierro, de la cual había sido un factor importante, y se propuso llevar a cabo el proyecto ferrocarrilero, entre otras razones por las dificultades constituidas en la reparación y construcción de cuatro calzadas que salían de La Habana y cuyo costo era sumamente elevado. La Junta decidió concentrarse en la calzada de Jesús del Monte y considerar la construcción del ferrocarril a Güines, lo cual sirvió para confirmar las intenciones de Villanueva.

Claudio Martínez de Pinillos, conocido en las historias de Cuba y de España sobre todo con su título de Conde de Villanueva, nació en La Habana el 30 de octubre de 1782. Realizó estudios en la capital cubana, sobre todo en el Seminario de San Carlos. No tenía vocación por una carrera literaria, y mediante profesores particulares estudió matemáticas y lenguas modernas, iniciando una carrera como oficial de milicias y muy pronto dedicado a la administración de hacienda. Partió para España en 1805 a los veintitrés años de edad, siendo llevado a la Península por el Intendente don Juan Pablo Valiente. Le

correspondía participar en gestiones relacionadas con las rentas públicas. Se destacó en los esfuerzos militares españoles contra la invasión francesa en época de Napoleón Bonaparte. Al producirse el heroico levantamiento del 2 de mayo de 1808 contra los franceses, se alistó en el ejército español, como lo exigía su condición de oficial de milicias. Recibió el rango de coronel de infantería por su participación en la histórica batalla de Bailén. Había servido como ayudante de campo del general don Francisco Javier Castaños, militar conocido como el héroe de Bailén por haber derrotado allí a los franceses.

En 1810 recibió del Ayuntamiento de La Habana poderes para representarle ante el Gobierno Provisional formado en España. En 1813 sirvió de Diputado Suplente a las Cortes Españolas en representación de La Habana. Se le reconoció en España por su talento y dedicación a las labores que se le encomendaron. Posteriormente sería criticado por su tendencia a suministrar fondos a la corona para contar así con el apoyo de los gobernantes peninsulares para sus proyectos.

En cualquier caso, se propuso abrir Cuba al comercio de todas las naciones, decidido incluso a apelar a cualquier tipo de medios, entre ellos algunos considerados por muchos como reprobables, haciendo firmar al Ministro de Hacienda, Marqués de las Hornazas, un decreto de libertad de comercio, el cual fue derogado y tuvo relación con el proceso judicial contra el alto funcionario español.

En 1814, a los treinta y dos años de edad, regresó para ejercer funciones de Tesorero General del Ejército y de la Hacienda. En 1821 reemplazó en calidad de interino al Intendente de Hacienda don Alejandro Ramírez, cargo que entregó al también interino don Julián Fernández Roldán, a quien después reemplazó en tal condición por Real Comisión hasta entregar el cargo a don Francisco Javier de Arambarry. Finalmente, Martínez de Pinillos recibió el cargo en propiedad sucediendo al interino Francisco de Arango y Parreño y desempeñando esa posición hasta 1851, cuando fue designado Consejero de Ultramar con residencia en la capital española donde falleció en 1853.

De su enorme influencia sobre la economía y la política en Cuba han dado testimonio numerosos historiadores y cronistas. Basta

decir que a esa profunda influencia se debe el relevo de don Miguel Tacón del gobierno de Cuba en abril de 1838. Se atribuye la rivalidad entre ambos personajes a desacuerdos sobre la administración del hospital de San Ambrosio y la estación del ferrocarril de Güines.

El historiador cubano don Manuel Moreno Friginals, con quien trabajamos antes de su fallecimiento en un proyecto de investigación para la UNESCO, lo calificó de representante de intereses “sacarócratas” (aquellos que controlaban la industria azucarera), pero le reconoció como una mentalidad política de gran brillo. También se le ha considerado como “un habanero polifacético y controvertido en el transcurso de toda su existencia”.

En su paso casi ininterrumpido por la Superintendencia de Hacienda, la dirección del Consulado (luego Junta de Fomento, Agricultura y Comercio) y la Junta de Comercio, dejó una huella imborrable. Promovió grandes obras públicas para embellecer La Habana, se le deben contribuciones también a la beneficencia y entre sus obras se encuentra el Acueducto de Fernando VII y “la idea de traer las aguas de Vento”.

Nos parece conveniente incluir otra nota de Calcagno: “Entre las grandes obras que a su influjo y protección se debieron, deben citarse hospitales, casas de socorro, cuarteles, caminos vecinales, habiendo contribuido a promover en 1832 el primero de hierro, pontones, escuelas, mejora del Jardín Botánico, fundación de la publicación *Anales de Ciencia, Literatura y Comercio*, anfiteatro de anatomía, curso de clínica, escuela náutica, laboratorio de Química y multitud de establecimientos de utilidad pública, que honrarían a cualquier gran nación y que contribuyeron a aumentar la población y riqueza de la colonia”.

Su control sobre las finanzas cubanas le convirtió en un influente factor político en la Corte de Madrid, pero su habilidad fue mucho más allá, sobre todo su capacidad de maniobra con los gobiernos liberales españoles de aquel tiempo y las estrechas relaciones que mantuvo con políticos y diplomáticos de la época, entre ellos el Ministro del Reino Unido en España, don Jorge Villiers.

Entre sus críticos estuvo don José Antonio Saco, el gran polígrafo cubano, cuya pugna con Villanueva es bastante conocida y de la cual da testimonio el gran erudito cubano don Fernando Ortiz en un artículo publicado en *Revista Bimestre Cubana* (volumen XI, no. 2, páginas 164-165). Saco criticó fuertemente las gestiones hechas a favor del famoso empréstito que permitió la realización de las obras del ferrocarril. El autor de una *Historia de la esclavitud* (Saco) hubiera preferido otras gestiones realizadas dentro de Cuba y no aspectos considerados gravosos del empréstito logrado en el exterior. Pero la historia recoge que el banquero inglés Alejandro Robertson aceptó las condiciones de la Junta de Fomento y una Real Cédula del 12 de octubre de 1834 fue firmada por la Reina para autorizar la realización del empréstito, para obtener el cual las gestiones de don Joaquín de Uriarte, realizadas desde Madrid habían sido fundamentales. De acuerdo con Saco, el Conde de Villanueva no quería perder control sobre el ferrocarril y de ahí la forma en que ejerció su influencia al efecto.

También tuvo Villanueva en el gobernador Tacón un crítico y adversario. Ese Capitán General, quien también llegó a ostentar los títulos de Duque de la Unión de Cuba y Marqués de Bayamo, utilizaba ordenanzas y detalles que encubrían su desconfianza por todo lo criollo. Las desavenencias entre el Gobernador y el Intendente, afloraron públicamente con esta cuestión. Más allá de críticas y obstáculos oficiales fueron especialmente los recursos financieros insuficientes los que demoraron el proyecto a última hora: quiebra de contratistas de madera, aumento de casi un ciento por ciento en los precios del hierro e indemnizaciones por casas y terrenos. Una ampliación del empréstito por la suma de 500.000 pesos, solicitados por la Junta de Fomento, contribuyó a la solución del problema.

Por supuesto que lo que más nos importa en este ensayo es la relación de Martínez de Pinillos con el primer ferrocarril de Cuba. Un texto tan conocido por los estudiantes cubanos de la primera mitad del siglo XX, como las *Nociones de Historia de Cuba* de don Vidal Morales, se refiere brevemente a este asunto al afirmar lo siguiente: “A sus gestiones como presidente de la Junta de Fomento durante el mando de Ricafort (don Mariano), se debió (1833) la construcción del ferrocarril de La Habana a Güines, mucho antes de que España pose-

vera ese medio de comunicación”. En otras palabras se oficializó el proceso que culminaría con la inauguración del primer ferrocarril en la Isla, las Antillas e Iberoamérica. Uno de los primeros en el mundo.

Finalmente, en 1837, siendo Regente del Reino de España la Reina Gobernadora doña María Cristina de Borbón, ocupando la Presidencia del Gobierno don Bartolomé Espartero, gobernando a Cuba don Miguel Tacón y en ocasión de celebrarse el santo de la Reina doña Isabel II, la Real Junta de Fomento inauguró el ferrocarril Habana-Bejucal el 19 de noviembre de 1837. Eran 27.5 kilómetros de vía férrea que pronto se extenderían 17 kilómetros más para llegar a Güines. Puede señalarse que Cuba se había adelantado en once años a la Península, pero se trataba de un ferrocarril español. En aquella fecha Cuba era parte del Reino.

Independientemente de cuestiones de crítica, justificadas o no, a aspectos específicos de su gestión y a una riqueza de datos adicionales que pudieran aportarse, a mayor abundamiento, para describir cómo se realizaron otras gestiones, cuestiones de financiamiento, dificultades de ejecución y obstáculos encontrados durante el proceso, consideramos que no ha sido difícil hacer resaltar la estrecha relación entre el Conde Villanueva y la Junta de Fomento con el extraordinario proyecto concluido finalmente y que prestigiaría no sólo a Cuba, la gran pionera iberoamericana en materia de ferrocarril, sino a las Antillas, España y a todos los pueblos de lengua española.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Alfonso, Berta, et al. *El Camino de Hierro. De La Habana a Güines: Primer Ferrocarril de Iberoamérica*, Fundación de Ferrocarril Españoles, 1987.
- Bachiller y Morales, Antonio, *Apuntes para las Letras y de la Instrucción Pública en Cuba*, La Habana, 1920.
- Calcagno, Francisco, *Diccionario Biográfico Cubano*, Nueva York, 1878.
- Cepero Bonilla, Raúl, *Escritos históricos*, La Habana, 1983.
- Chacón y Calvo, José María, *Cedulario Cubano (Los orígenes de la colonización)*, Madrid, 1929.

- Ely, Roland, *Cuando reinaba Su Majestad el Azúcar: Estudio Histórico Sociológico de una tragedia latinoamericana. El Monocultivo en Cuba, Origen y Evolución del Proceso*, Buenos Aires, 1963.
- Figueras, Francisco, *Cuba y su evolución colonial*, La Habana, 1907.
- Franco, José Luciano, *Comercio clandestino de esclavos*, La Habana, 1980.
- Frías Jacott, Francisco de, *Reformismo Agrario*, La Habana, Secretaría de Educación, 1937.
- García de Arboleya, José, *Manual de la Isla de Cuba*, La Habana, 1859.
- Guerra, Ramiro, *Manual de Historia de Cuba*, La Habana, 1938.
- Guiteras, Pedro José, *Historia de la Isla de Cuba*, 4 volúmenes, La Habana, 1927.
- Hernández Sánchez Barba, Mario, *Historia Universal de América*, 2 tomos, Editorial Guadarrama, Madrid, 1963.
- Humboldt, Alejandro de, *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba*, La Habana, 1930.
- Jenks, Leland, *Nuestra Colonia de Cuba*, Editorial Palestra, Buenos Aires, s/f.
- La Sagra, Ramón, *Historia Económica, Política y Estadística de la Isla de Cuba*, 4 tomos, La Habana, 1831.
- Llaverías, Joaquín, *Papeles existentes en el Archivo General de Indias, relativos a Cuba y en especial a La Habana*, La Habana, 1931.
- Marrero, Leví, *Cuba: Economía y Sociedad*, 15 volúmenes, San Juan y Madrid, 1972-1992.
- Martí, José, *Obras Completas*, cuatro volúmenes, cinco tomos, Caracas, 1964.
- Mitjans, Aurelio, *Estudio sobre el Movimiento Científico y Literario de Cuba*, La Habana, 1980.
- Moreno Friginals, Manuel, 3 volúmenes, *El Ingenio*, La Habana, 1978.
- Pezuela, Jacobo de la, *Historia de la Isla de Cuba*, 4 tomos, Madrid, 1878.
- . *Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de la Isla de Cuba*, 4 tomos, Madrid, 1863-1866.
- Pérez Cabrera, José Manuel, *Historiografía de Cuba*, México, 1962.

- Portell Vilá, Herminio, *Historia de la Isla de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, 4 volúmenes, La Habana, 1938.
- Portuondo, Fernando, *Historia de Cuba*, La Habana, 1950.
- Ramos, Marcos Antonio, *Cinco siglos de arquitectura y urbanismo en Cuba*, Miami, 1995.
- Reynoso, Álvaro, *Ensayo sobre el cultivo de la caña de azúcar*, La Habana, 1862.
- Saco, José Antonio, *Papeles sobre Cuba*, París, 1858.
- . *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo*, 3 tomos, La Habana, 1875.
- Suárez Romero, Anselmo, *Francisco. El ingenio o las delicias del campo*, Miami, Florida, 1969.
- Torre, José María de, *Lo que fuimos y lo que somos*, La Habana, 1857.
- Trelles, Carlos M., *Bibliografía cubana del siglo XIX*, 8 volúmenes, Matanzas, 1911-1915.
- Valdés, Antonio José, *Historia de la Isla de Cuba y en especial de La Habana*, La Habana, 1813.
- Weiss, Joaquín, *Arquitectura cubana colonial*, La Habana, 1936.
- Zanetti, Oscar y García, Alejandro, *Caminos para el azúcar*, La Habana, 1987.



pr-13

APUNTES ACERCA DEL POBLAMIENTO CHINO EN CUBA

Las tradiciones de la colonia china hacen referencia a que en 1830 llegaron a la isla de Cuba algunas personas de origen chino procedentes de las Islas Filipinas, en donde se habían radicado por generaciones. Allí existía una población cantonesa. Eran chinos con conocimientos del idioma español que se dedicaron en Cuba al servicio doméstico o trabajaban como horticultores y floristas. De su punto de partida viene lo de “chinos manilas”, como se les designaba con frecuencia en Cuba. Sin embargo no es posible documentar en detalles esta pequeña inmigración que, en todo caso, no procedía directamente de China.

El historiador cubano José Luciano Franco, en su estudio sobre el *Comercio clandestino de esclavos* hace ciertas afirmaciones sobre los inicios del poblamiento chino de Cuba: “Si bien en los años siguientes, la trata negrera pareció disminuir, lo que algunos atribuyen a los efectos de la citada Ley penal (sobre la abolición del comercio ilícito de esclavos procedentes de África), las causas fueron otras, principalmente la introducción en Cuba de los indios de México y de coolies de China, aparentemente como colonos contratados, pero esclavos en la práctica y que costaban menos que los africanos.”

Otro investigador, Antonio L. Valverde, en un trabajo específicamente dedicado al asunto que nos ocupa, *La trata de chinos en la Isla de Cuba*, publicado en 1914, nos explica lo siguiente:

Los hacendados, desde el año 1847 empezaron a lamentarse de la falta de brazos para el cultivo de la caña [...]. La Real Junta de Fomento tuvo la iniciativa en el año 1847 y trajo, para sustituir a los negros africanos, las primeras importaciones de chinos[...]. Esta [una Real Orden] empezó con una contrata o asiento celebrado por la Real Junta de Fomento, con Julián de Zulueta para traer 600 chinos[...]. La esclavitud de los negros renacía con la de los chinos.

Un estudio de quien puede considerarse un verdadero maestro de investigadores cubanos sobre estos asuntos, Juan Pérez de la Riva,

identifica tres corrientes de inmigración china a Cuba y le dedica a la primera de ellas una obra fundamental en los estudios cubanos: *Los culíes cubanos en China*, verdadero monumento a la erudición en Cuba. Su visión panorámica de la inmigración china la resume de la siguiente manera:

De una inmigración china calculada en unos 150,000 individuos hasta 1874, sólo pudo ser recensado en 1899 el 10% de esa cantidad: 14,614. Y aún debe aclararse que más de la tercera parte correspondía a otra inmigración, que no tiene relación con el tráfico de culíes: la de los chinos californianos. Hubo tres corrientes de inmigración china hacia nuestra patria: la primera, la de los culíes [...] que se extiende entre 1847 y 1874, la de los chinos californianos, numéricamente muy pequeña...y que comienza hacia 1865 y se extiende por dos décadas [...] y la tercera, que comprende el período de 1919-1925 y que alcanzó a unos 30,000 individuos. Son estos últimos los chinos que conocemos y que todos los cubanos han aprendido a querer y a estimar.

Para abundar sobre la llegada del primer grupo numéricamente importante de chinos a Cuba en 1847 es necesario acudir al *Diario de la Marina*, que contiene datos de interés comercial y a trabajos como los de Antonio Chuffat en su *Apunte histórico sobre los chinos en Cuba* publicado en 1927. Después de 131 días de navegación, el bergantín español “Oquendo”, procedente del puerto de Amoy arribó a La Habana del 3 de junio de 1847, fecha clave para la historia de los chinos en el país. De un total de 212 habían quedado con vida 206. Venían en condición de “colonos contratados”, una de las muchas formas en que se ha encubierto la forma de esclavitud a la que estuvieron sometidos originariamente. Se les había consignado a la Junta de Fomento.

En las investigaciones de Juan Jiménez Pastrana, un erudito que dominó en su época el tema de la participación de chinos en las luchas por la independencia, éste utiliza, sobre todo en *Los chinos en la historia de Cuba*, las opiniones de Chuffat sobre el contrato celebrado por la Real Junta con los Señores Zulueta y la Compañía de Londres y en representación de don Joaquín Arrieta: “...quien había

de abonarle la cantidad de ciento setenta pesos por cada chino, puesto en la Isla de Cuba en los puertos designados[...]. Es decir, que abonando 70 pesos de contado, el resto quedaba a lo que conviniese el hacendado con don Joaquín Arrieta”.

No pasaría mucho más de una semana sin que llegara a la capital, también procedentes de Amoy, con fecha 12 de junio de ese histórico año 1847, la fragata británica “Duke of Argyle” con un cargamento que originalmente consistía de 395 chinos, pero del cual sólo quedaban 365. Las condiciones en que fueron trasladados a Cuba fueron descritas por el misionero metodista Duvon Clough Corbitt, profesor del Colegio Candler de La Habana y posteriormente de Asbury College en Kentucky, Estados Unidos. En su obra *A Study: The Chinese in Cuba 1847-1947*, el doctor Corbitt describe los llamados “Barcos del Diablo” como denominaban los chinos a las embarcaciones que los llevaban a los sitios donde debían cumplir contratos. Según este investigador, las condiciones de esos barcos, propios del comercio de esclavos, “eran tan malas como podían imaginarse.”

El escritor y funcionario cubano Ramón Meza en su trabajo intitulado *La inmigración útil debe ser protegida* ofrece ese dato: “En los veinte años que median de 1853 a 1873, calcúlase que entraron en Cuba 132,435 chinos, de los cuales un 13 por ciento murió en la travesía o poco después de su arribo.” Los chinos pronto estarían cumpliendo sus contratos en pésimas condiciones para ellos, comparables a las de la esclavitud en muchas ocasiones, pero según se cumplían sus contratos se iban integrando en la actividad diaria en ocupaciones manuales y comerciales. Según Napoleón Seuc, en la segunda mitad del siglo XIX: “trabajaron en la construcción de ingenios, al servicio de la Junta de Fomento, en obras públicas y caminos, en las fábricas de tabacos y cigarros, en los muelles estibando azúcar, y a medida que se iban emancipando al cumplirse sus contratos se dedicaron a toda clase de oficios y menesteres, tales como la venta ambulante y el comercio al detalle.”

Algunos escritores de la época preferían resaltar actos de violencia, la reacción lógica de algunos de los culíes sometidos a condiciones ignominiosas, pero también se hablaba de la eficacia de los médicos chinos, considerados como “curanderos” por algunos, pero

que demostraban su talento al curar enfermedades utilizando los métodos aprendidos en China y otros lugares. De ahí aquello de “a éste no lo cura ni el médico chino.”

Como nos acercamos al período republicano es importante que nos detengamos en la contribución china a las guerras por la independencia. Tanto Jiménez Pastrana como Napoleón Seuc, entre muchos otros, han destacado esa participación considerada heroica por todos los historiadores cubanos consultados. Desde la proclamación hecha por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868, considerada el inicio de la llamada Guerra de los Diez Años (1868-1878), es posible identificar a chinos en todas las provincias cubanas uniéndose en forma muy superior en cuanto a porcentaje que otras etnias, a los esfuerzos separatistas.

Por citar algunos nombres podemos hacerlo con los de los oficiales Liborio Wong, José Tolón, Juan Díaz, “Tancredo”, Antonio Moreno, Juan Sánchez (Lam Fu King), José Pedroso, Andrés Cao, José Fong, Bartolomé Fernández, José Bu, Pío Cabrera. Durante la Guerra Chiquita (1879-1880) se relata un episodio en que el general Francisco Carrillo se mantuvo en combate en zonas de Las Villas con gran apoyo de los chinos, hasta el punto que el general español Callejas exclamó que “con cuatro negros y veinte chinos” se habían realizado hazañas. En su obra *Mi primera ofrenda* relata Gonzalo de Quesada: “Era el año 1871, año crítico de la Revolución. Ante la escasez de armas y municiones y la presión del enemigo, los alzados de Las Villas habían tenido que pasar a Camagüey y luego a Oriente acosados por el hambre, las enfermedades y el Ejército español. Entre ellos estaba el chino Juan Anelay ‘El Loco’ que se había alzado en Colón, peleando a las órdenes de Henry Reeve, ‘El Inglesito’, a las de Díaz de Villegas, de Bouyón y de Caveda, había combatido en la Sigüanea y en muchas otras acciones de la provincia de Las Villas.”

Jiménez Pastrana apunta que los primeros chinos que se incorporaron a la lucha fueron los de Manzanillo, Tunas, Holguín, Santiago de Cuba y otras localidades de Oriente, pero cuando continúa describiendo sus actividades las extiende por toda Cuba, tanto en la Guerra Grande (1868-1878) como en la Chiquita (1879-1880) y en la de Independencia (1895-1898).

Los chinos habían adquirido muchos amigos en estos años de la segunda mitad del siglo XIX, en que se introdujeron en la vida económica y social del país. Como veremos más adelante, debido a la escasez de mujeres chinas muchos de ellos, los que no regresaron a su tierra natal al cumplirse los contratos, se unieron a mujeres cubanas, mayormente negras y mulatas, pero también a blancas, creándose una nueva categoría social, la de los “mulatos chinos”. Aunque legalmente, en época colonial, se les consideraba como de raza blanca dentro de una subcategoría, la de “asiáticos”, en informes censales sus hijos aparecen en otras categorías.

Uno de los personajes que reconocieron mejor la condición de los chinos en la Cuba del siglo XIX fue el Cónsul de Portugal en La Habana José María Eça de Queiroz, quien a partir de 1872 representó a los chinos procedentes de colonias portuguesas en China, como Macao. Los informes del novelista portugués de fama universal a su gobierno en Lisboa merecen recibir tratamiento aparte.

Leví Marrero dejó un amplio testimonio de los chinos en el período colonial en el volumen XII de *Cuba: Economía y Sociedad* El título de ese trabajo es *El Chino en Cuba. Su aporte al trabajo y la cultura desde 1847* y contiene un resumen económico y cultural.

Al realizarse el censo de 1899 por el gobierno interventor norteamericano, la población de chinos era de 14,863 de 1,572,797 habitantes, pero el número de descendientes de chinos seguía creciendo y eran clasificados de otra maneras debido a la mezcla racial. Al terminar la dominación española, el elemento chino puro estaba desapareciendo y las leyes de inmigración norteamericanas excluían en aquel período la inmigración china. La Orden Militar 155 establecía sobre los chinos “...cuya inmigración está prohibida...” y “...la prohibición de introducir chinos alcanzará a todos los súbditos de China y a todos los chinos, pero no alcanzará a los funcionarios diplomáticos...”.

Si existió algún pensamiento de subestimación hacia los chinos por parte de los interventores estadounidenses, la república sería mucho más liberal en ese aspecto y entrarían miles de chinos en las primeras décadas del siglo XX. En esa nueva nación independiente inaugurada el 20 de mayo de 1902, los chinos y sus descendientes de-

mostrarían su capacidad de trabajo y su talento en todas las profesiones y actividades laborales del país, sobre todo en aspectos comerciales. Los restaurantes chinos estarían entre los favoritos de los cubanos, pero también prevalecería un reconocimiento de la capacidad laboral, comercial e intelectual de esta comunidad. Conscientes de esos datos preliminares, varios gobiernos cubanos abrieron las puertas a los chinos.

Como consecuencia de la Guerra Europea, la ley del Congreso del 3 de agosto de 1919, firmada por el presidente Mario García Menocal, reglamentada por un posterior decreto, autorizaba “toda inmigración de braceros o trabajadores siempre que se garantizara que los inmigrantes no serían carga pública. Ese año sólo tendrían tiempo de radicarse en Cuba 7 chinos, pero ya en 1919 entrarían en el país 1,100. Si en 1919 había 11,300 chinos en Cuba, Jiménez Pastrana señala cómo antes de terminar la década del año veinte la cifra había aumentado a más de 24,000. De acuerdo con Corbitt el cónsul chino de La Habana le había hablado de 30,000 chinos en 1930, pero otras fuentes le habían indicado que 70,000 era una cifra más realista, probablemente, es mi opinión, por la inclusión de descendientes de chinos.

Otro dato, de mayo de 1924, publicado por *The Havana Post* informaba acerca de 50,000, cifra aproximada aportada por la Legación China en La Habana. Las contradicciones continúan, pues aproximadamente por esas mismas fechas, otro diario, *El Mundo*, hablaba de 150,000. En cualquier caso puede explicarse la situación pues unos utilizaban cifras oficiales cubanas, otros dependían de fuentes consulares y algunos hacían cálculos en base a hijos y nietos de chinos, muchos de los cuales estaban tan integrados a la población que no tenían ya contactos con consulados y legaciones y eran inadvertidos por fuentes oficiales que dividían la población en “blancos”, “de color”, “asiáticos”, etc., con criterios de selección no muy bien definidos.

Pasando a otro asunto, Jiménez Pastrana señala cómo la comunidad china estaba dividida en “conservadores”, prevalecientes entre los de mayores recursos económicos, y “nacionalistas”, es decir, partidarios del Kuomintang (Partido Nacionalista Chino), mayormente

pequeños comerciantes y trabajadores. También señala algunos vínculos entre una Alianza Protectora de Obreros y Campesinos con el Partido Comunista de Cuba fundado en 1925. Pero debe tenerse en cuenta que los chinos que se iban cubanizando, y sus descendientes, entre ellos los llamados “mulatos chinos” se fueron incorporando a todos los partidos políticos cubanos.

En los años de represión del segundo período del Presidente Gerardo Machado, iniciado en 1929, varios chinos fueron puestos en prisión bajo acusaciones de “traficar con opio”, pero que tenían relación con actividades opositoras, entre ellos al menos uno, José Woong, era comunista y había dirigido una pequeña publicación *Grito Obrero Campesino*. Woong apareció muerto en la prisión y la oposición acusó al gobierno de su asesinato.

Una fuente abundante de datos sobre *La Colonia China en Cuba 1930-1960* la publicó el abogado de origen chino Napoleón Seuc, que ofrece una información amplia acerca de sociedades chinas tales como asociaciones familiares y regionales, gremios profesionales como la Cámara de Comercio China y una Asociación de Detallistas integrada por chinos. Se refiere también a una Asociación de Restaurantes y Fondas Chinas. Una lista de restaurantes chinos que abarcara no sólo La Habana sino todo el país sería interminable.

Existían también casas de importación y venta de porcelana y objetos de arte de la China, sederías, quincallas, cines, librerías, sastreías y todo tipo de establecimientos comerciales. Desde propietarios de conocidos hoteles en la famosa Playa de Varadero hasta vendedores de maní tostado en la calle o en sitios de entretenimiento, resultaba inspirador el esfuerzo laboral de los chinos, que luego ascenderían rápidamente y por derecho propio la escala social, como lo demostró la propia vida del historiador y abogado chino Napoleón Seuc, quien ocupó importantes cargos en el poder judicial y se destacó en círculos sociales, culturales y religiosos de la capital cubana.

Las asociaciones chinas publicarían el periódico conservador *Hoi Men Cun Po* del partido Chi Cun Tong, partidario de la restauración de la dinastía Manchú. Menos antiguo, pero mucho más conocido, era el diario *Man Sen Yat Po* cuya oficina y talleres estaban situa-

dos en la calle Zanja casi esquina a San Nicolás y era publicado por el Partido Nacionalista Chino (Kuomintang). Los comunistas publicaron, más recientemente la hoja semanal *Cuon Wah Po*.

Seuc describe también las labores de instituciones tan bien conocidas como el Banco de China en Cuba, del Cementerio Chino en el barrio habanero de El Vedado y las filiales del Kuomintang extendidas por todas las regiones principales de Cuba, y ofrece una extraordinaria descripción de actividades y características propias del importante Barrio Chino de La Habana. También se refiere a congregaciones chinas en la capital, sobre todo la Iglesia Católica de La Caridad y la Primera Iglesia Presbiteriana de La Habana. Según datos del famoso cuentista cubano Enrique Labrador Ruiz, los presbiterianos, muy activos en la comunidad china en La Habana, publicaron en Cuba en 1907 un diccionario cantonés-español, una copia del cual le fue mostrada en 1960 en la biblioteca de la Universidad de Shanghái.

El historiador Seuc, escribiendo acerca de la composición social de la colonia china, afirmó lo siguiente: “Los chinos que se casaban eran los menos y lo hacían con mujeres de color o con blancas de humilde condición (estamos hablando de las primeras décadas de Cuba ya república). Los matrimonios de chinos con mujeres de la misma raza importadas, constituyeron un fenómeno tardío. Wifredo Lam, Manuel Capestany y Félix Ayón, son ejemplos bien conocidos del fruto de amores entre chinos y mujeres cubanas de color.” Debe aclararse que Lam fue uno de los más importantes artistas plásticos del país en toda su historia, Capestany fue un influyente miembro del Senado de la República y Ayón uno de los principales líderes del poderoso Partido Liberal.

Situaciones como las anteriores nos ayudan a explicar la impresionante integración de la comunidad china al resto de la nación y sus grupos étnicos y raciales antes de 1959. Al llegar al poder una revolución socialista encabezada por Fidel Castro, ésta no sólo provocó la salida del país de un gran número de cubanos de origen chino sino que señaló el final de la presencia china en el comercio y la industria, mientras los que quedaban en el país, en ausencia de fuertes instituciones privadas distintivamente chinas que promovieran su identidad, son ahora difíciles de clasificar étnica y culturalmente. Esfuerzos más

recientes, a partir de la década de 1990, han ofrecido una visión un poco diferente, ya que se ha tratado de revivir algo del barrio chino de La Habana con propósitos turísticos. A eso pueden añadirse las relaciones con la República Popular China, deterioradas según avanzaba la década de 1960, pero más amistosas y profundas en los últimos años.

Ahora bien, tanto en Cuba como en la emigración, es muy alto el número de cubanos con antepasados chinos, que se destacan en prácticamente toda actividad y profesión y es posible determinar su presencia con alguna especificidad en casos concretos. Además de los recuerdos personales dejados por los chinos en todas las zonas del país, de los magníficos periódicos publicados por ellos en La Habana, de sus movimientos políticos como el Kuomintang, con delegaciones en gran parte de Cuba, de sus “Casinos chinos”, de sus bancos y comercios, de sus éxitos en universidades y otros centros de estudio, debe quedar siempre el recuerdo de las palabras de uno de los más notables intelectuales nacidos en el país durante el siglo XIX, el último de la dominación española, el período de mayor prosperidad y de formación de la nacionalidad. Así fue cómo dejó su testimonio, matizado por lo relativo de los juicios de su época y geografía, al referirse a la llegada de emigrantes chinos, nada menos que Antonio Bachiller y Morales el autor de los imprescindibles *Apuntes sobre las Letras y la Instrucción en Cuba*: “Esa débil raza tan calumniada da la prueba palmaria de su respeto a los contratos cuando cumple su compromiso, teniendo muchas veces una superioridad muy notable de inteligencia y de instrucción sobre sus capataces y aun sus patronos”.

Esa respetada comunidad, aunque plenamente integrada dentro de Cuba y la emigración con el resto de los cubanos, merece un lugar especial en la historia del país.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- “Apuntes históricos de los Chinos en Cuba”, serie de artículos en *Diario de la Marina*, La Habana, 1927.
- Bachiller y Morales, Antonio, *Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instrucción Pública en la Isla de Cuba*, La Habana, 1965.

- Chuffat, A., *Apuntes históricos de los chinos en Cuba*, La Habana, 1927.
- Corbitt, Duvon Clough, *The Chinese in Cuba 1847-1957*, Kentucky, 1971.
- . *Enciclopedia y Clásicos Cubanos*, San Juan, 1974.
- Franco, José Luciano, *Comercio Clandestino de Esclavos*, La Habana, 1980.
- Marrero, Leví, “El chino en Cuba. Su aporte al trabajo y la cultura desde 1847”, en *Cuba: Economía y Sociedad*, Madrid 1985, pp. 172-182.
- Meza, Ramón, *La inmigración útil debe ser protegida*, La Habana, 1906.
- . *Órdenes Militares*, Department of Cuba, Washington, 1902.
- Pérez de la Riva, Juan, *Los culíes chinos en Cuba*, La Habana, 2000.
- Quesada, Gonzalo de, *Mi primera ofrenda*, Nueva York, 1892.
- Seuc, Napoleón, *La colonia china de Cuba 1930-1960*, Miami, 1998.
- Valverde, Antonio I., “La trata de chinos en la Isla de Cuba”, en *Reforma Social*, La Habana, 1914.



SOBRE EL POBLAMIENTO CANARIO EN CUBA

Algunos años después del Descubrimiento de América, los canarios pasaron gradualmente a ser parte de la historia de Cuba. Muy temprano se inició el poblamiento canario del archipiélago cubano, más específicamente de la isla de Cuba, extendiéndose después a Isla de Pinos (conocida ahora como Isla de la Juventud). Por varios siglos no habría interrupción en ese proceso. Según opiniones muy respetables, el primer poeta épico de Cuba fue Silvestre de Balboa, canario famoso por su “Espejo de Paciencia”. Ahora bien, como en el caso de otras provincias y regiones españolas representadas con su presencia en el desarrollo del continente, es importante acudir a otras fuentes. Entre las primeras, y por orden cronológico, deben mencionarse siempre las que debemos a los cronistas de Indias. En cuanto a Cuba son importantes los escritos de Cristóbal Colón, el Padre Bartolomé de Las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Antonio de Herrera y Pedro Mártir de Anglería, entre otros.

Como en otros casos, debe anotarse la singular importancia de los archivos parroquiales, como lo señala Jesús Guanche en su obra *Significación canaria en el poblamiento hispánico de Cuba*, publicada por el Ayuntamiento de la Laguna. De una manera o de la otra, en todo tipo de libros, documentos y certificaciones, en textos de historia y estudios de economía, en registros militares y en las vivencias de cientos de miles, por no decir millones, de cubanos y residentes del archipiélago se hace sumamente evidente la importancia trascendental de la presencia canaria, predominante en algunos períodos y regiones y muy presente en la impresionante realidad de sus descendientes.

Resultado de la colonización peninsular y de los múltiples influjos culturales de Europa Mediterránea y del Norte de África, muchos canarios preferirían con el tiempo a Cuba como destino final o temporal de sus vidas. Téngase en cuenta que en 1518 sólo vivían en Cuba algo más de 3,000 personas consideradas “blancas” y que las primeras migraciones sirvieron para nutrir las fuerzas que conquistaron Tierra Firme y especialmente México y la Florida. El despoblamiento se haría más evidente según avanzaba el siglo.

Mientras el cultivo de la caña de azúcar y la producción azucarera generan la entrada forzada y creciente de africanos, el desarrollo del cultivo del tabaco atraería a familias de origen canario, debidamente protegidas por la Corona. Esto contribuye al crecimiento demográfico inicial de Cuba, no sólo por el carácter familiar de esa emigración sino por su tradición de descendencia numerosa y de casarse en edad temprana, lo cual incrementa los índices de natalidad.

Cuestiones como el mestizaje requerirían un estudio adicional pues los descendientes de canarios y peninsulares no serían todos de raza blanca pura, si es que existe realmente tal cosa. A fines del siglo XVIII, la población de Cuba no llegaba a 200,000 personas, incluyendo no sólo blancos sino mulatos y negros. Sería con motivo de la caída del dominio francés en Haití que la industria azucarera y otros ramos agrícolas impulsaría el traslado hacia Cuba de cientos de miles de esclavos y atraería un número bastante alto de emigrantes españoles.

Como hemos visto, el flujo migratorio se inicia a raíz del propio Descubrimiento y lo controla por mucho tiempo la Casa de Contratación en Sevilla con su registro de pasajeros a Indias y sus licencias de embarque. Aún cuando el mayor número de inmigrantes españoles estaba constituido al principio por peninsulares, la llegada de personas que nacieron o estaban asentadas en Canarias, se comenzaba a notar desde el siglo XVI. No olvidemos las condiciones geográficas e históricas que favorecían tal situación. Las Islas Canarias constituían la escala principal en el trayecto trasatlántico desde España hacia América, desde donde embarcarían pobladores, mercancías, etc.

En 1561 se ratifica la “merced” de los isleños para emigrar a Indias, condicionada por las Ordenanzas de la Casa de Contratación de Sevilla. Ningún barco podía admitir extranjeros a no ser que hubieran residido diez años en las islas con posesión de casa y bienes, además de estar casados con una natural. Desde el siglo XVII, sin embargo, se observa un incremento de la corriente emigratoria. Cumaná, Campeche, la Florida, Venezuela, Montevideo y de manera especial las islas de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico son favorecidas con la misma.

Una Real Cédula del 11 de abril de 1688, encarga a las autoridades que ofrezcan facilidades y tierras a las familias procedentes de Canarias que llegaban tanto a Cuba como a Puerto Rico. Los canarios por lo general se establecieron en zonas agrícolas en el interior de Cuba. La corona favorecía el poblamiento rural como lo evidencia el hecho de que con ese propósito el Rey dispuso que a cada uno se le entregara un doblón de cuatro escudos de plata y se le exonerara de los gastos de pasaje, así como que se le proveyera a cada familia de dos azadas, dos hachas y unas barras de hierro. A cada cincuenta familias se les entregaba doscientas libras de hierro y cincuenta de acero para construir machetes. Con ese incentivo, maestros de azúcar y agricultores vinieron a Cuba y otras islas antillanas.

Sin excluir barcos que transportaron canarios antes de 1559, puede documentarse desde esa fecha la salida de buques hacia Cuba llevando cifras respetables de estos emigrantes. Datos sobre el tráfico marítimo comercial en los siglos XVII y XVIII revela el alto número de salidas de los puertos de La Palma, Santa Cruz de Tenerife y Guarachico con La Habana y Santiago de Cuba como su destino.

Según el profesor Manuel Fariña, de la Universidad de La Laguna, entre 1659 y 1717, el 46.39% de los barcos de Canarias con destino a América llegaban a Cuba con pasajeros y mercancías que desembarcaban en La Habana, Trinidad y Santiago de Cuba. Y las canteras insulares proporcionaron piedras y losas para pavimentación y edificación. Otras exportaciones hacia Cuba consistían en piedras de filtro y molinos de granos elaborados con piedra volcánica.

Esta emigración sería distinta durante el siglo XIX. Su ritmo, apuntan muchos, sería diferente, pero el principal destino sería Cuba, que continuó bajo la bandera española después de la independencia de Tierra Firme, aunque hay una emigración significativa a Venezuela, el Uruguay, etc.

Entre 1850 y 1878 hubo una relativa distensión de ese flujo debido a necesidades del archipiélago canario, pues se buscaba desarrollar la economía agraria y mercantil interna como parte del camino hacia el capitalismo librecambista emprendido por España. Pero la crisis de la plantación esclavista a fines de la Guerra de los Diez Años

en 1878 y la expansión de la industria azucarera hacia el oriente de la Isla de Cuba influyeron en el incremento de emigración canaria.

Según Julio Hernández García en *La emigración de las Islas Canarias en el siglo XIX*, publicado en Las Palmas en 1981, en un solo período que él estudió entraron en Cuba 26,355 canarios. Un trabajo de investigación en el Archivo Nacional de Cuba y en los fondos del Real Consulado y Junta de Fomento durante el período 1851-1855 hizo confirmar el dato de la presencia predominante de tinerfeños y gran canarios en relación con el resto de inmigrantes isleños. Otros datos revelan que en 1861 residían 42,491 españoles por nacimiento en el occidente de Cuba, de los cuales 17,593 eran canarios. En el centro de la Isla los españoles ascendían a 2,878, de los cuales 883 eran canarios, y en la región oriental vivían 5,512 españoles, de los cuales 1,817 eran canarios. Suman 50,881 los españoles con 20,293 canarios entre ellos. El 30 % del total.

Sería difícil determinar con datos cuantitativos y detallados la inmigración canaria antes del siglo XIX, pero ya en 1846 los habitantes nacidos en la Península eran 117,466 y el número de canarios 53,825. Durante el siglo XIX la emigración canaria fue de no menos de 320,000 personas, alrededor de la tercera parte de toda la inmigración libre, es decir, excluyendo a los esclavos.

La emigración canaria continuaría durante la independencia, aunque la llegada de miembros de otros grupos como los asturianos y los gallegos tendrían una presencia mayor en varios períodos. La llamada “esclavitud blanca”, estudiada por notables investigadores canarios y cubanos tiene relación con la llegada de decenas de miles de canarios en el siglo XIX en condiciones desfavorables de contratación y trabajo. El fenómeno conocido generalmente en textos de estudio como “bandolerismo en Cuba”, tanto en ese período como después, tiene relación con canarios obligados a subsistir en condiciones sumamente difíciles, aunque se fueron abriendo paso a pesar de esas dificultades. No vamos a mayor abundamiento porque ciertos asuntos como éste requieren tratamiento especializado y mucho tiempo para exponerlo sin caer en generalizaciones y en el pecado capital del reduccionismo.

Volviendo atrás en el tiempo, sería imposible hablar del poblamiento de Pinar del Río sin referirnos a canarios radicados allí desde mucho antes de la independencia. La fundación de Matanzas a fines del siglo XVII tiene relación con el poblamiento canario. Las regiones rurales de Occidente y luego de gran parte del país eran mayormente canarias en cuanto a la población blanca. Si hablamos de concentración de canarios en Cabaiguán y otras regiones en el centro del país tendríamos que matizarla con la presencia de gran cantidad de descendientes de canarios en regiones enteras de la provincia de Matanzas, como Jagüey Grande y la zona de Colón. Municipios matanceros como San José de los Ramos competirían hasta con otros en que pudieran mencionarse mayores evidencias. De las grandes zonas azucareras de Occidente, sobre todo de Matanzas, se trasladarían canarios y sus descendientes a otras regiones, ya sea en Las Villas, Camagüey u Oriente.

Como se ha demostrado, los canarios contribuyeron enormemente y de manera determinante a la agricultura. Sería totalmente imposible hablar de industria azucarera o tabacalera, y del cultivo y distribución de los frutos menores cubanos como la papa, el boniato y la malanga sin hacer copiosas referencias al poblamiento canario.

Ahora bien, como “sin azúcar no hay país” –al menos así se decía frecuentemente en el pasado siglo XX–, sin la participación canaria no es posible referirse a la industria azucarera que existía en Cuba. Por lo tanto, históricamente, no hay país cubano sin canarios. Se trata de un grupo étnico con carácter decisivo en la formación de la nacionalidad cubana. Los cubanos, hace ya mucho tiempo, “se montan” en la “guagua” que conduce al pluralismo y al mestizaje. Pero el factor canario estará siempre presente.

En resumen, los descendientes de canarios, los siempre queridos “isleños”, forman parte de todas las regiones, y sería difícil superarlos numéricamente en gran parte del país. Ahora se encuentran entre los blancos y en menor grado entre los mestizos. No sólo son descendientes de agricultores, pues muchos se fueron estableciendo en las ciudades. No hay actividad mayor o menor en la que no se haya manifestado la presencia canaria y de los descendientes de canarios. Varios presidentes de Cuba han sido hijos o nietos de canarios. Lo

mismo puede decirse en relación con otras grandes figuras de la historia del país. Un simple dato sería suficiente para ilustrar lo anterior, la persona a la que generalmente se le ha dado el título de Apóstol de la Independencia de Cuba, José Julián Martí y Pérez, era hijo de una dama canaria.

Quizás alguien pudiera atreverse a afirmar que, al menos en cierta forma, Cuba es una de las Islas Canarias.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Bethencourt Alfonso, Juan, *Costumbres populares canarias de nacimiento, matrimonio y muerte*, Santa Cruz de Tenerife, 1985.
- De Ribera, Nicolás Joseph, *Descripción de la Isla de Cuba. Algunas consideraciones sobre población y comercio*, La Habana, 1986.
- De Paz Sánchez, Manuel, *et. al.*, *El bandolerismo en Cuba*, 2 tomos, Tenerife, 1993 y 1994.
- Fernández Cruz, Jesús, *La cultura canaria en las raíces folklóricas del municipio*, Cabaiguán, Cuba, 1986.
- García Pérez, Marlene, “El habla canaria en Cabaiguán”, en *Revista Vitrales*, Sancti Spíritus, Cuba, 1992.
- García Barbuzano, Domingo, *La brujería en Canarias*, La Laguna, 1987.
- García, Carlos, *Crónicas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, 1991.
- García Galló, Gaspar Jorge, *Biografía del Tabaco Habano*, La Habana, 1961.
- González Díaz, Francisco, *Un canario en Cuba*, La Habana, 1916.
- Guanche Pérez, Jesús, *Significación canaria en el poblamiento hispánico de Cuba*, Santa Cruz de Tenerife, 1992.
- Hernández García, Julio, *La emigración de las Islas Canarias en el siglo XIX*, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1981.
- Mateo López, María del Carmen, *Las relaciones interétnicas canario-africanas en Cuba: A propósito del sistema de creencias*, Santiago de Cuba, 1994.
- Masó, Calixto, *Historia de las poblaciones cubanas*, México, 1956.

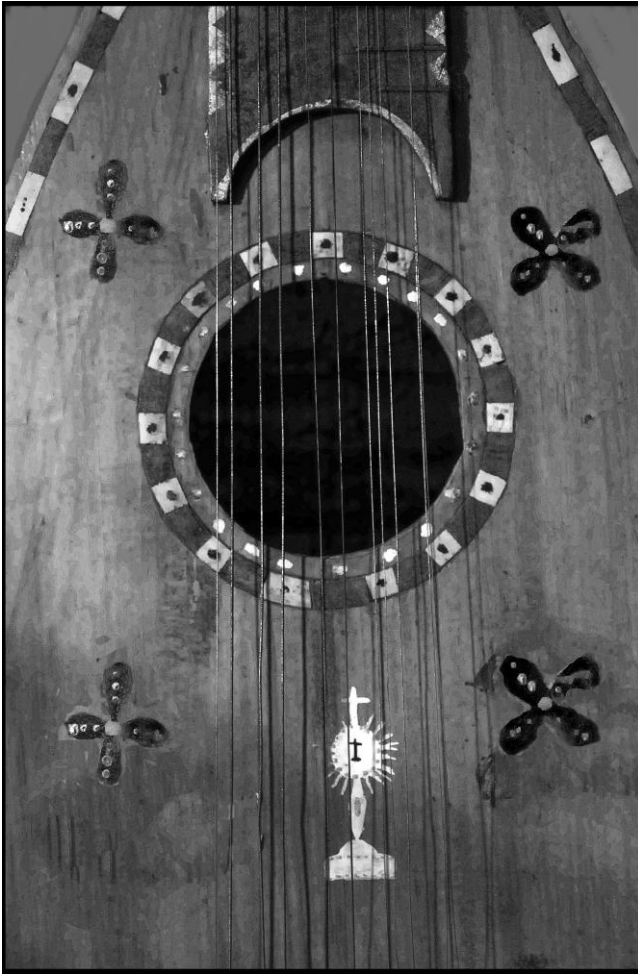
———. *Historia de Cuba*, Miami, 1976.

Moreno Fraginalls, Manuel y José J. Moreno Masó, *Cuba, migración y muerte: el ejército español en Cuba como vía migratoria*, Oviedo, 1993.

Novena Jornada de Estudios Canarios-América. Las relaciones canario-cubanas, Santa Cruz de Tenerife, 1989.

Rivero Muñiz, José, *Tabaco: su historia en Cuba*, La Habana, 1964.





PUERTO RICO, EUGENIO MARÍA DE HOSTOS Y EL IDEAL ANTILLANO

Las Antillas, sobre todo sus islas de habla española, han estado unidas por una larga historia. La llegada de los europeos a la región se inició en 1492 con la presencia de don Cristóbal Colón en una pequeña ínsula en las Bahamas y la colonización española empezó a tomar forma en La Española (República Dominicana y Haití). En breve esta se extendió a Puerto Rico y Cuba. No sería posible escribir sobre la historia del continente americano o sobre cultura occidental sin tener en cuenta esos datos, conocidos por casi todos. Pero hay otros señalamientos que deben hacerse y que guardan una estrecha relación con las semillas sembradas por España en el Nuevo Mundo, las cuales siguen dando fruto.

El pueblo dominicano ha defendido siempre su identidad hispánica, evitando así el ser absorbido por su vecina Haití, con muy diferente cultura. Los quisqueyanos tuvieron sus problemas con algunos gobiernos de la Península en el período colonial, sobre todo en el período de la historia de Quisqueya conocido como “La España Boba” (1809-1822), pero lucharon como leales españoles de ultramar contra los ingleses (1655) y los franceses (1808-1809) y los derrotaron en el campo de batalla.

Un dato algo olvidado en la historia de las emigraciones revela como Cuba abrió de par en par sus puertas a la población española tan pronto como obtuvo la independencia. Las primeras décadas de la vida nacional se caracterizaron por la llegada de cientos de miles de españoles a los cuales se les siguió dando la bienvenida a partir de 1902, cuando la bandera cubana empezó a flotar en el Castillo de los Tres Santos Reyes Magos del Morro en La Habana. Hasta pudiera afirmarse que Cuba, lograda su independencia, siguió siendo española.

El caso de Puerto Rico es en extremo sobresaliente. Bajo la bandera norteamericana y en medio de una extraordinaria influencia estadounidense en sus estructuras políticas y sociales, así como en la educación y la economía, sin olvidar un creciente pluralismo religio-

so, los puertorriqueños continúan hablando español y enseñándolo a sus hijos. Esa bella isla ha dado un ejemplo extraordinario de amor a su idioma y tradiciones. Independientemente de la posición que los hijos de Borinquén adoptan hacia el “status” de su tierra: independencia, autonomía o estadidad, la lengua española ha sobrevivido y hasta florecido como parte fundamental del estilo de vida de ese pueblo. Las naturales influencias recibidas durante su larga asociación con Estados Unidos y la cultura anglosajona no han alejado a la justamente llamada “Isla del Encanto” de su relación con el resto de la hispanidad y con sus hermanos antillanos que comparten la misma lengua.

La vida me concedió el privilegio de una profunda amistad con el escritor y académico puertorriqueño don José Agustín Balseiro. De labios de ese verdadero maestro conocí el amor que sentían estos antillanos por todo lo relacionado con el legado cultural recibido de nuestros antepasados españoles. Pero fue entre mis hermanos dominicanos que me inicié en lo que bien pudiera ser considerado una especie de culto a la memoria de un puertorriqueño que, como el cubano José Martí y el dominicano Máximo Gómez, promovió el glorioso ideal de la unidad entre los antillanos de habla española. Me refiero a Eugenio María de Hostos, proclamado formalmente en 1938, por acuerdo de la VIII Conferencia de Estados Americanos celebrada en la capital peruana, “Ciudadano de América”. Pero antes de intentar acercarme a la figura del gran maestro puertorriqueño del ideal antillano considero adecuado compartir otros asuntos que me han impresionado acerca de la tierra donde nació el ilustre polígrafo antillano.

Como ya se ha señalado, Puerto Rico y su pueblo forman parte de la primera región colonizada por España en el Nuevo Mundo. Sin Puerto Rico nadie intentaría escribir la historia de la región del Caribe. No puede repetirse demasiado que la civilización occidental en su entorno americano se inició en Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba. De esas islas partieron hacia “Tierra Firme”, es decir, el continente, no sólo los conquistadores sino también los colonizadores, los misioneros y los maestros. Y se trata de tres islas hermanas, hasta el punto que algunos de sus principales personajes casi pueden ser considerados al mismo tiempo como cubanos, dominicanos y puertorriqueños.

Un ejemplo indiscutible lo ha sido el de Eugenio María de Hostos. Aunque no coincidieron geográficamente, no puede hablarse de Hostos sin relacionarlo con Martí y con sus contemporáneos cubanos y dominicanos. Hostos y Martí fueron luchadores por la unidad de las Antillas españolas. El Apóstol de la independencia cubana escribía en 1892 el periódico *Patria*, publicado en Nueva York, acerca de "...las tres Antillas hermanas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, en nombre de las tres islas hermanas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo..." y las llamaba "las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores..." La historia le ha dado la razón. Con el paso inexorable del tiempo las naciones americanas de habla española se independizaron de España, sin abandonar su herencia hispánica, y aunque Puerto Rico quedó asociado con Estados Unidos en una relación especial, su pueblo no dejó de sentirse orgulloso de su origen hispano. El culto a Hostos y Martí se mantiene entre los antillanos por igual, así como el recuerdo del generalísimo Máximo Gómez, un dominicano considerado por muchos como el último de los grandes libertadores de América en los campos de batalla.

Regresando al Apóstol de Cuba, que como Hostos fue un articulista del diario *La Nación* de Buenos Aires, su pensamiento acerca de las tres islas hermanas, como el de su colega puertorriqueño, se manifestó dramáticamente a fines del siglo XIX. Los puertorriqueños participaron, como los dominicanos, en las guerras cubanas por la independencia. El notable historiador cubano Emilio Roig de Leuchsenring lo resume en su obra *Hostos y Martí* al mencionar ciertos nombres de puertorriqueños: "...heroicos soldados del Ejército Libertador cubano coroneles José Miguel Rodríguez, Enrique Malaret Jordán y Guillermo Fernández Mascaró; tenientes coroneles Modesto Tirado y Enrique Molina Enríquez; comandantes Gerardo Forrest, Enrique Mairani; capitán Jesús María Santini; los tenientes Francisco Gonzalo Marín y José Sanabia Cordobés y subteniente Wenceslao Marín, y por encima de todos, como un sol que propaga su luz y su calor, la figura extraordinaria por su valor y serenidad, del mayor general Juan Rius Rivera, confianza y garantía absoluta para Antonio Maceo..." Por otra parte, figuras como la del doctor Ramón Emeterio Betances quedan también grabadas, por su quehacer patriótico, tanto

en la historia de Cuba como en la de Puerto Rico. Sería imposible escribir la historia del Partido Revolucionario Cubano, fundado por José Martí, sin mencionar a Betances.

En el período llamado colonial, miles de cubanos vivían en Santo Domingo y Puerto Rico, miles de dominicanos se radicaron en las islas hermanas y los puertorriqueños poblaban en forma impresionante ciertas regiones de varios municipios cubanos, lo cual continuó durante el período posterior a la independencia de Cuba o de Santo Domingo. En nuestro propio tiempo no sería tarea fácil caminar por las calles de las ciudades dominicanas y puertorriqueñas sin comprobar como miles de cubanos han encontrado un nuevo hogar en esas Antillas. Mucho se ha escrito sobre la familia Henríquez Carvajal y Henríquez Ureña y a muchos de sus miembros se les puede identificar lo mismo como dominicanos que como cubanos, pero nadie se atrevería tampoco a adentrarse en la historia de la cultura y la educación en la Cuba del siglo XX sin mencionar a los doctores Sergio Cuevas Zequeira, nacido en San Juan y Alfredo Aguayo, nacido en Ponce.

En Santo Domingo, los puertorriqueños fueron parte de todos los esfuerzos patrióticos, religiosos y culturales, lo cual requiere un tratamiento especializada. Bastaría con evocar la memoria de Antonio Duvergé, brillante luchador dominicano nacido en Puerto Rico, quien se enfrentó a todos los enemigos de Santo Domingo y protegió a su patria adoptiva de cualquier intento haitiano de dominación. De ahí el título de una biografía escrita por el estadista y literato Joaquín Balaguer: *El centinela de la frontera*. El mismo presidente Balaguer era hijo de un comerciante puertorriqueño, y otro famoso presidente dominicano, el gran escritor antillano y americano Juan Bosch, era hijo de puertorriqueña. Pero para muchos el mayor aporte jamás hecho a la educación en Santo Domingo por una sola persona lo realizó el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, quien fue para Quisqueya lo que el gran gramático y educador venezolano Andrés Bello había sido para Chile.

Hostos nació en Río Cañas, jurisdicción de Mayagüez, Isla de Puerto Rico, el 11 de enero de 1839 y murió en la ciudad de Santo Domingo el 11 de agosto de 1903. Es precisamente allí, en la Ciudad Primada de América, donde reposan sus restos mortales. Después de

estudios elementales realizados en San Juan, inició la secundaria en el Seminario Conciliar de esa ciudad, terminó su bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de Bilbao y cursó estudios de Derecho en Madrid. En el ambiente de agitación y de anhelos de reforma en el período inmediatamente anterior al derrocamiento de Su Majestad doña Isabel II se fue formando intelectual y políticamente el pensador y el reformista antillano. El muy ilustre Ateneo de Madrid sería uno de los lugares donde se manifestarían sus inquietudes a favor de una rápida liberalización del régimen colonial, sobre todo la abolición de la esclavitud en las dos Antillas que continuaban bajo la soberanía española (Cuba y Puerto Rico). El Ateneo madrileño fue escogido por Hostos para pronunciar, el 20 de diciembre de 1868, un discurso contra lo que consideraba como gobierno dictatorial de Madrid, ajeno a los anhelos de aquellas hijas de España que no habían alcanzado todavía la independencia en la América española.

Su larga y estrecha relación con Santo Domingo va tomando forma especialmente desde 1870 cuando en viaje a Nueva York, después de una breve residencia en Francia, llegó a conocer los intentos anexionistas del presidente dominicano Buenaventura Báez. Hostos tomó partido por la causa nacionalista de gran número de quisqueyanos y por la independentista anhelada por muchísimos cubanos. Ya fracasados los intentos separatistas en Puerto Rico, asociados en la memoria histórica de su pueblo con el Grito de Lares de 1868, Hostos fundó en Perú (1871), en Valparaíso, Chile (1872) y en Buenos Aires, Argentina (1873), sociedades para auxiliar la causa independentista cubana. Después de viajes a Nueva York y al Brasil, visita la República Dominicana, conoce al general Gregorio Luperón y colabora inicialmente con el periódico *Las Dos Antillas*, convertido después en *Las Tres Antillas* y más adelante en *Los Antillanos*.

En una casa propiedad del general Luperón funda la Sociedad Escuela “La Educadora” y a pesar de un tiempo en que radicó en Venezuela y de su paso por Chile, sería en República Dominicana donde se desenvolverían la mayoría de sus principales actividades y se convertiría en la ubicación geográfica más prolongada del ilustre puertorriqueño. Su labor como fundador y gran orientador de las Escuelas Normales debe mencionarse como el inicio de toda una etapa en la historia del país. Introdujo ideas positivistas que provocaron una re-

acción clerical, pero sus ideas prevalecieron en las mentes de toda una generación dominicana. En 1899 se le encargaría la organización de la enseñanza en todo el territorio del país. Al ser designado Instructor General de la Enseñanza Pública en 1900, fundaría la Escuela de Comercio de Santiago de Los Caballeros y una similar en Puerto Plata, crearía escuelas de Maestros y de Agricultura Práctica. Ya había dejado una huella en sus cátedras en el Instituto Profesional que había reemplazado por un largo período las labores de la Universidad de Santo Domingo, clausurada durante la ocupación haitiana. Con el tiempo, hasta su ilustre adversario, el Padre Billini, que se había opuesto a sus esfuerzos y reformas en el campo de la educación, reconoció generosamente su triunfo.

Su insigne biógrafo el profesor Juan Bosch nos recuerda en *Hostos el sembrador*: “En el Instituto Profesional crea otra cátedra, la de Economía Política, y trabaja activamente porque la educación se trasmite a la mujer. Una poeta y mujer de excepción, Salomé Ureña de Henríquez, hará realidad este sueño, hombro a hombro con él y ayudada por los discípulos de Hostos, los hermanos Henríquez y Carvajal, Francisco, de quien es esposa, y Federico...”, y añade “...El ideal político no se abandona: cada discípulo acaba siendo un fervoroso defensor del sueño de las Antillas confederadas, y en cada corazón de éstos, Cuba tiene un altar. En general, toda fiesta se aprovecha para ir creando el sentimiento de la solidaridad americana, y las fechas gloriosas de los países hermanos y las nacionales, son comentadas por su pluma, en artículos que leen con avidez sus propios rivales...”.

Un escritor cubano de principios del siglo XX, Lino D’Ou, recuerda algo que debe resaltarse en relación con el ideal antillano. Según él, “El patriótico pensamiento de una Federación Antillana nació en el luminoso cerebro de Bolívar; Hostos y Betances fueron sus más eficaces apóstoles y en él participaron José Martí y Máximo Gómez...” A Hostos, no sólo su antillanismo por excelencia sino también su herencia genética y otros lazos familiares lo proclaman como un gran prócer antillano. Con antepasados españoles, Hostos era puertorriqueño por nacimiento, nieto de abuela dominicana y abuelo cubano. También contrajo matrimonio en Caracas con una cubana. Belinda de Ayala. Madrina de su boda fue la escritora borin-

cana Lola Rodríguez de Tió, reconocida poetisa que escribió los famosos versos que proclaman: “Cuba y Puerto Rico son, de un pájaro las dos alas, reciben flores y balas en un mismo corazón”. Como señalan sus biógrafos, Hostos se educó en Puerto Rico y España, vivió en Nueva York, trabajó, a veces brevemente, en Brasil, Colombia, Chile, Perú y Argentina. No poseyó recursos económicos significativos, pero al menos pudo conocer bien a la Madre Patria y a buena parte del continente americano.

La notable historiadora de la literatura puertorriqueña Josefina Rivera de Álvarez valora su labor literaria considerándolo como capaz de abarcar “las más disímiles materias: política, pedagogía, sociología, filosofía, moral, derecho economía, historia, crítica, biografía, y todas las formas literarias, desde el tratado y el ensayo, pasando por el artículo periodístico, el diario, la epístola y la novela, hasta el cultivo ocasional del cuento, el teatro y el verso...”. Hostos publicó *La peregrinación de Bayoán*, *Moral Social*, *Tratado de Sociología*, *Reseña histórica de Puerto Rico*, *Tres Presidentes y Tres Repúblicas*, *Francisco Vicente Aguilera*, *La enseñanza de la mujer*, *Los frutos de la normal*, *Biografía de Carlos Manuel de Céspedes*, *Cartas públicas acerca de Cuba*, *Lecciones de Derecho Constitucional*, *Mensaje a Colombia*, *Mi viaje al sur* (publicado originalmente como *Viaje a la América Latina*), *Geografía evolutiva*. Su biografía crítica del gran poeta cubano Plácido y sus trabajos sobre Salomé Ureña, Guido Spano y José M. de Samper, entre otras labores suyas, son clara evidencia de sus condiciones excepcionales como crítico literario. El muy erudito historiador puertorriqueño especializado en el siglo XIX, Lidio Cruz Monclova, opinó acerca de sus ensayos sobre las obras de Shakespeare *Hamlet* y *Romeo y Julieta*, que nada de lo que se ha escrito en lengua española sobre ellas supera las apreciaciones de Hostos sobre las mismas. Curiosamente, nada menos que don Benito Pérez Galdós se ocupó de sus discursos en el Ateneo de Madrid en su episodio nacional titulado *Prim*, refiriéndose al entonces muy joven Hostos como “talentado y brioso antillano”.

Como hemos visto, sobre Hostos se ha escrito copiosamente. Grandes críticos y ensayistas hispanoamericanos han dedicado una apreciable atención a su monumental obra, algunos han preferido indicar su condición de gran pensador, mientras otros ponen la mirada

en su obra patriótica y la exaltan. Debe aclararse que intentó inicialmente que su Federación o Confederación Antillana fuera bendecida por el gobierno español dentro de un esquema autonómico, como el que atrajo a muchos de los más altos pensadores de la región. Su actitud posterior, de claro matiz independentista, fue la natural reacción a la poca visión de los regímenes de entonces. Pero también sentiría una gran decepción acerca del resultado de la separación de España mediante la intervención norteamericana. No lograría su objetivo con gestiones que intentó hacer valer en Washington aquello que consideraba como derecho inalienable de Puerto Rico: disfrutar plenamente su independencia.

De acuerdo con Josefina Rivera de Álvarez, “su obra menos conocida y de valor secundario es la incursión de este autor en el terreno del verso, en el cual dejó un trabajo de tema patriótico, *Himno a Borinquén*, también con música suya”. En realidad toda su vida fue un verdadero himno a Borinquén. Apreciado y reverenciado con gratitud por los dominicanos, reconocido afectuosamente por puertorriqueños de todos los partidos e ideologías, no sólo por los que mantienen todavía en alto el proyecto independentista; recordado con singular aprecio por los cubanos y por todos los americanos ante la profundidad de sus ideas y su idealismo sin mancha, es también respetado intelectualmente por eximios colegas españoles.

Hostos sobresale en nuestra historia como símbolo de un hermoso proyecto que no ha sido plasmado en realidad, el hermoso ideal hostosiano de la unidad de los países antillanos de nuestra lengua, pero que podía extenderse a otras tierras. El notable historiador Carlos Esteban Deive, en una obra maestra publicada recientemente por la Fundación García Arévalo, *Honor y gloria: Los dominicanos en las guerras de independencia de Cuba*, señala como Antonio Maceo, el gran héroe cubano con antepasados dominicanos y venezolanos, compartió en buena parte sus ideas, inclinándose a una Liga Antillana. Deive señala además que “El Antillanismo de Hostos era más abarcador. Concebía la unión política de Santo Domingo, Puerto Rico, Cuba, Haití y Jamaica motivada por una geografía e historia comunes. Una de esas islas daría principio a la nacionalidad antillana y sería la madre de otra mayor que mediaría entre el norte y el sur del continente”. Ese mismo historiador señala que Hostos miraba hasta

una confederación futura en la que participaría “el resto de Hispanoamérica y los Estados Unidos, obteniéndose así la unidad de la especie...”.

El venezolano Rufino Blanco Bombona, notable figura de la literatura americana, afirmó acerca del maestro que “el desinterés de su obra y de su vida, aquella santa monomanía de arder y consumirse como grano de mirra, ante altares de justicia, le dan a Hostos como a José Martí, su hermano en ideales, un sello de grandeza que sólo tienen los apóstoles, los héroes”.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, México, 1961.
- Babín, María Teresa, *La crítica literaria en Puerto Rico*, San Juan, 1960.
- Blanco Bombona, Rufino, *Grandes escritores de América (siglo XIX)*, Madrid, 1917.
- Bosch, Juan, *Hostos el sembrador*, San Juan, 1976.
- Coll y Toste, Cayetano, *Puertorriqueños ilustres: Eugenio María de Hostos*, San Juan, 1918.
- Cruz Monclova, Lidio, *Historia de Puerto Rico, Siglo XIX*, 6 tomos, Río Piedras, 1952.
- Deive, Carlos Esteban, *Honor y gloria: Los dominicanos en las Guerras de Independencia de Cuba*, Santo Domingo, 2011.
- D’Ou, Lino, *Hostos, ciudadano de América*, La Habana, 1974.
- Esteve, Himilce, *El Exilio cubano en Puerto Rico*, San Juan, 1984.
- Fernández Juncos, Manuel, *El pensamiento social de Eugenio María de Hostos*, San Juan, 1984.
- Gerón, Cándido, *Diccionario Político Dominicano (1821-2000)*, Santo Domingo, 2001.
- Henríquez Ureña, Max, *Panorama Histórico de la Literatura Dominicana*, Santo Domingo, 1965.
- Maldonado Denis, Manuel, *Puerto Rico. Socio-Historic Interpretation*, Newbury, 1972.
- . *Eugenio María de Hostos y el Pensamiento Social Iberoamericano*, México, 1992.

- Pedreira, Antonio S., *Hostos y Martí*, La Habana, 1930.
- Ramos, Marcos Antonio, *Hacia los orígenes: Dominicanos en la Historia de Cuba*, Miami, 2010.
- Rivera de Álvarez, Josefina, *Diccionario de Literatura Puertorriqueña*, 2 tomos, San Juan, 1974.
- Rodríguez Demorizi, Emilio, *Hostos en Santo Domingo*, 2 volúmenes, Ciudad Trujillo, 1939.
- Roig de Leuchsenring, Emilio, ed., *Hostos y Cuba*, La Habana, 1974.
- Romeu y Fernández, Raquel, *Eugenio María de Hostos. Antillanista y ensayista*, Madrid, 1959.
- Silén, Juan Ángel, *Historia de la Nación Puertorriqueña*, San Juan, 1973.
- Vitier, Medardo, *Del ensayo americano*, México, 1945.
- Vivas, Maldonado, José L., *Historia de Puerto Rico*, Nueva York, 1974.



LAS OTRAS ANTILLAS: LITERATURA E HISTORIOGRAFÍA

La geografía de la novela nos dice que nuestra humanidad no vive en la helada abstracción de lo separado, sino en el pulso cálido de una variedad infernal que nos dice: No somos aún. Estamos siendo.

Carlos Fuentes, *Geografía de la novela*

No debe subestimarse jamás el poder de la novelística como incentivo y hasta como instrumento para interesarse seriamente en relación con los estudios históricos. Algunas novelas pueden haber ayudado a muchos a acercarse a la historia y tal vez nos estén preparando para un futuro incierto. Como escribía el gran Carlos Fuentes refiriéndose a temas algo parecidos a estos: “No somos aún. Estamos siendo”. La variedad de asuntos, temas, regiones, ambientes, personajes, puede quizás ayudarnos en esa larga marcha hacia cualquier grado posible de conocimiento que puedan alcanzar los humanos.

He conocido a profesores de asignaturas históricas que se sintieron atraídos hacia esa materia por haber leído en su juventud a Víctor Hugo y Alejandro Dumas, por citar dos nombres. La lectura de una de las novelas de aventuras escrita por Dumas, *Los tres mosqueteros*, despertó en varias generaciones un gran interés por la persona y los tiempos de un famoso y polémico estadista francés, el Cardenal Richelieu. Pero no deja de preocupar que en ciertos temas algunos lectores confunda la ficción con la realidad.

Con frecuencia se confunde lo leído en una novela o cuento con todo un período histórico, una región o un país. La visión particular que muchos tienen sobre las islas del Caribe y su historia se limita a la lectura de alguna novela que solamente refleja algunos aspectos históricos, pero en la cual prevalece más bien el admirable producto de una imaginación privilegiada, la cual es necesaria no sólo para un novelista sino también para un historiador profesional. Sin embargo, ese maravilloso don no puede tomar el lugar de la investigación más rigurosa posible. El escritor cubano Antonio Benítez Rojo en su obra

La Isla que se repite: El Caribe y la perspectiva posmoderna, libro que puede considerarse, según la autorizada opinión de Roberto González Echevarría, como “un hito en la ensayística hispanoamericana”, afirma que la del Caribe “es todavía, sobre todo en términos culturales, una de las regiones menos conocidas del continente”. De ahí que, en nuestra propia opinión y a pesar de la presencia caribeña o antillana en textos de historia, en la novelística y en la cinematografía exista quizás el peligro de confundir una cosa con la otra, la novela con la historia. Hasta en los países de habla española, que por su proximidad a algunas Antillas en que se habla otra lengua o por una estrecha relación histórica con Haití, que comparte la isla de la Española con un pueblo hispano como el de Quisqueya, existe el peligro de no adentrarse lo suficientemente en la historia.

Por citar un ejemplo no demasiado diferente y antes de entrar en la consideración de asuntos relacionados con “las otras Antillas”, me referiré precisamente al caso dominicano. En realidad me resulta difícil escribir sobre el Caribe sin acudir a Santo Domingo. Entre los integrantes de las nuevas generaciones existe el peligro de pensar que una novela sobre *La Era de Trujillo* es más importante, como fuente de conocimiento, que otro conocido libro que lleva ese título y que fue escrito por el famoso exiliado republicano español Jesús de Galíndez, un profesor que atrajo mucha atención a mediados del pasado siglo XX. Las vivencias del célebre personaje no fueron aceptadas por todos, pero al menos se admite que sabía manejar las fuentes y que conoció muy de cerca a los personajes y al período histórico en cuestión. Quizás se le puede acusar de exagerar algunos datos, pero su obra no era de ficción. Y hasta sería insuficiente limitarse al libro de Galíndez. Se han publicado recientemente otras investigaciones que también merecen ser atendidas por los interesados. Sin embargo, la mayoría de las referencias que se escuchan en los últimos años sobre ese período de la historia dominicana y del Caribe parecen extraídas de *La fiesta del chivo*, la magnífica novela del novelista peruano Mario Vargas Llosa. Esa obra de ficción del Premio Nobel de Literatura, con todos sus grandes méritos como maestro de ese tipo de literatura, no es necesariamente la mejor fuente para conocer aquel período histórico ni pretende serlo. Es más, ni siquiera las importantes obras históricas o biográficas escritas por Galíndez, Robert Crasweller y Euclides Gutiérrez Félix, entre otras, o alguno de los estudios de

Bernardo Vega, Emilio Rodríguez Demorizi, Miguel Guerrero, Jacinto Gimbernard, José Rafael Vargas y Juan Daniel Balcácer integrantes de una lista de autores consagrados, por lo general adversarios del famoso dictador o estudiosos profesionales del tema, pueden ser consideradas como la palabra final aunque revelen años de dedicación especializada al asunto en cuestión. Tampoco pueden descartarse los estudios favorables al personaje y su régimen como los que en su época escribieron personajes con gran talento como Ramón Marrero Aristy y hasta el mismo Presidente Joaquín Balaguer, pero un historiador sabe distinguir entre elogios, ataques y realidad, siempre alejada esta última de exageraciones de cualquier tipo.

Es probable que en cierta forma estemos contribuyendo a estas confusiones al referirnos, a la vez, al Caribe y las Antillas. Se trata de un mar y de una cuenca o región, de archipiélagos como el cubano, a pesar de las constantes referencias a la Isla de Cuba como si se tratara de todo ese país, que incluye en su territorio la Isla de Pinos y multitud de cayos y hasta pequeños archipiélagos, pero en nuestra óptica es imposible separar toda la cuenca del Caribe de las Antillas. Hay mucho de cultura, y si se quiere de “etnia caribeña” en la costa centroamericana, en regiones de México y en la zona norte de América del Sur. Es menester tener presente que las pequeñas Antillas, en cuanto a extensión territorial, han desempeñado papeles importantes en la historia y el desarrollo regional y sobre todo en la formación de una “cultura caribeña” o “antillana”, según el caso.

Fuentes de inspiración que contribuyeron a mi interés en los estudios sobre las Antillas en que no predomina el idioma español fueron novelas de Alejo Carpentier como *El siglo de las luces* y *El reino de este mundo*. Su relectura contribuye todavía a acercarme a lo acontecido en las Antillas a fines del siglo XVIII y principios del XIX, resultado del impacto de la Revolución Francesa sobre la región. Mi vieja pasión por todo lo relacionado con Santo Domingo, iniciada desde mi niñez y adolescencia en mi nativa isla de Cuba, ya había contribuido a que me interesara sobremanera en pueblos tan completamente hermanos como los de Santo Domingo y Puerto Rico pues se trata de hijos de España como el cubano. Es tanto lo que tenemos en común y que nos hace participar de una cultura que nos identifica y diferencia del resto del planeta que ese interés no debe sorprender.

Por cierto que tal inclinación y los vínculos culturales entre esos pueblos no tienen necesariamente como causa principal cuestiones como los antepasados y el color de la piel sino con algo más amplio y permanente como lo representado por una combinación fundamental de historia y cultura.

La novelística del Caribe me ha llevado mentalmente más allá de las Antillas españolas, conduciéndome culturalmente a Haití y a las otras Antillas. También confirmó que no sólo heredaba la etnia de mis antepasados españoles y la cultura que trajeron sus compatriotas al Caribe sino también el legado de mis amigos y vecinos afrocaribeños o de etnias europeas diferentes a la española. En consecuencia la historia, la música, la cultura de toda la región con la cual me identifico. Un libro que abrió temprano mis ojos a la problemática social antillana fue la novela *Gouverneurs de la Rosée* (Gobernadores del Rocío) del escritor y diplomático haitiano Jacques Roumain, obra a la cual, con toda razón, el historiador de la literatura americana Luis Alberto Sánchez califica de una “exégesis de la vida campesina”.

Más recientemente, al leer *La isla bajo el mar*, de la novelista chilena Isabel Allende, me “sumergí” en alas de la imaginación no sólo en la fantástica “isla submarina”, es decir, el regreso a Guinea después de la muerte, destino con el que soñaban muchos esclavos como en el caso de la protagonista, sino también en las rebeliones promovidas por los abolicionistas en Haití, el Santo Domingo Francés, con el consiguiente interés en la libertad despertado o avivado en otras islas por el ejemplo haitiano.

Víctor Hughes, un aventurero que vivió en varias islas del Caribe, gracias a la fabulosa creación de Carpentier, aunque no necesariamente por datos totalmente confiables, pudiera ser considerado como un personaje de importancia en la historia de Haití o de la isla de Guadalupe. Alguien pudiera concluir que si nos llevamos por la obra de la gran escritora chilena Isabel Allende, la esclava “Zarité” de su novela pudiera hasta reemplazar en la imaginación del lector a un famoso y muy real personaje, el esclavo Mackandal de las revueltas haitianas, muy presente en textos de historia y otras novelas sobre la región.

La vida de Alejo Carpentier (1904-1980) transcurrió sobre todo entre La Habana y París, pero con frecuentes viajes por otras geografías, residencia en algunos lugares de América y copiosas lecturas, desarrolló como algunos novelistas especializados en la región, una cultura enciclopédica y logró realizar una penetración admirable en temas históricos, lo cual le permitió casi hacer milagros con sus libros.

En *El reino de este mundo*, Carpentier, narra los efectos de la Revolución Francesa de 1789 en el Caribe. Es posible distinguir claramente, como lo hace el estudioso Federico Acevedo, cuatro partes o períodos en el libro: La primera de 1751 a 1758; la segunda de 1788 a 1804; la tercera de 1816 a 1820, y la última de 1825 a 1832. Son períodos que suman ocho décadas. El mismo Acevedo se refiere a cinco ciclos principales en torno a líderes de revueltas como Mackandal y Bouckman, así como también Paulina Bonaparte, Henri Christophe y los “Mulatos Republicanos” de Haití. Las exigencias propias del relato no alejan necesariamente al autor de la utilización de datos verídicos y de personajes históricos. Sin limitar la labor del novelista del Caribe a este libro o a *El siglo de las luces*, su obra tiene valores literarios que contribuyen a dar realce a la realidad histórica, como sucede, entre muchos otros, con Isabel Allende y Mario Vargas Llosa.

Mencionar a Carpentier y sus temas antillanos, que en modo alguno se limitan a Haití, obliga a tener en cuenta su teoría de “lo real maravilloso”. La historia y geografía de la América Latina parecen algo mágico sobre todo en una región del planeta en la cual es difícil distinguir entre la magia y la realidad. Pero en el Caribe esto sería siempre mucho más evidente, especialmente en el caso de Haití. En *El reino de este mundo*, Carpentier nos aproxima a Henri Christophe, monarca del norte de Haití a principios del siglo XIX. Se trata de un personaje y un ambiente del más genuino realismo mágico. Pero la historia del Caribe y de América Latina no puede utilizar a la novelística en el recurso utilizado prioritariamente, por apegado a la realidad histórica que nos parezca el autor o por su evidente atractivo gracias a lo mágico y lo maravilloso.

Un buen número de lectores, no necesariamente inclinados a obras de ficción, ha leído en las últimas décadas *De Cristóbal Colón a*

Fidel Castro: el Caribe frontera imperial y sería bueno recordar que su autor, el profesor Juan Bosch, describe con mucho equilibrio tanto lo “malo” como lo “bueno” en el tema de la “piratería” en el Caribe. La vida nos enseña que casi nada es totalmente “malo” o totalmente “bueno”. El notable narrador y estadista dominicano se transformó en excelente historiador y ofreció un libro que casi todos pueden entender, lo cual por sí ya constituye un logro. El ex presidente dominicano Juan Bosch nos acerca con bastante objetividad a un ambiente que se presta generalmente a la satanización más rampante o a la excesiva glorificación de sus personajes. Ese escritor, a quien considero dominico-cubano por cuestiones de residencia y familia y hasta dominico-cubano-puertorriqueño, por esas mismas relaciones, no olvida en su obra a “las otras Antillas”, que evidentemente estudió con seriedad. Su presentación de la gran zona del Caribe como una “frontera imperial” no es sólo útil y adecuada para otros estudios regionales sino que se convierte en un interesante aporte a la historia universal y específicamente a la de esos imperios.

Otra obra que es casi obligatorio mencionar es *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean* del estadista y erudito trinitense Eric Williams, la cual aporta otros ángulos. El doctor Williams penetró en aspectos fundamentales del legado caribeño, entre otras razones, por su dominio de situaciones culturales que no se limitan a la de su nativa Trinidad sino al legado de los imperios inglés, holandés, francés y danés, partiendo de la experiencia española, la pionera. Los textos de Bosch y Williams son fundamentales para cualquier consideración de tipo historiográfico.

En cuanto al propósito del presente trabajo, la mención de esas y otras obra me ayuda a intentar hacer la transición a la historiografía. A pesar de la posibilidad de continuar haciendo referencias a obras de ficción sobre el Caribe, obras literarias significativas muchas de ellas, es necesario considerar también otro tipo de materiales con un valor apreciable. La UNESCO con su *General History of the Caribbean* (Historia General del Caribe) y de manera especial con el volumen VI, *Methodology and Historiography of the Caribbean* (Metodología e Historiografía del Caribe), abre todo un mundo de riqueza y erudición procedente de rigurosas investigaciones realizadas. Son cientos de libros los que se han escrito sobre las Antillas, su pasado y

su presente. Se trata de un esfuerzo interdisciplinario que conduce a todo tipo de materiales que de alguna manera inciden en lo histórico, cultural y sociológico, sin olvidar otras clasificaciones que pudieran añadirse a la lista. Estos recursos contribuirían a entender lo mejor posible una región llena de historia, pero es necesaria una buena selección de materiales, teniendo siempre en cuenta lo que se desea investigar o conocer. La variedad de culturas, idiomas, religiones, razas y sistemas políticos y económicos es tan grande como los enfoques y lo complicado de la metodología. Lo anterior nos revela hasta que punto el estudio de la región no puede limitarse a impresiones recibidas en la literatura más popular y difundida, la cual no deja de disfrutar de su condición de fabulosa, además de ser útil e interesante.

En las Antillas no sólo funcionan países con sistema parlamentario, como las islas colonizadas por el Reino Unido; o presidencialista, como Haití y Santo Domingo, sino también un sistema de gobierno de estilo comunista en Cuba. Existen desde repúblicas con larga historia independiente hasta provincias francesas u holandesas de ultramar y miembros de la Mancomunidad Británica de Naciones. Algunas posesiones británicas como las Islas Caimán, entre otras, han preferido libremente mantener su condición de colonia (Royal Crown Colony).

En algunas islas los católicos viven rodeados por una mayoría de protestantes y estos últimos constituyen minoría en varios territorios. Y las confesiones cristianas son tantas que existe una Conferencia Cristiana del Caribe que unifica esfuerzos católicos y protestantes como un gran todo. En algunas islas los católicos y algunos anglicanos sostienen relaciones tan íntimas que es difícil diferenciar sus metas. De Haití se dice, con cierta ironía, que el 80% de la población es católica, el 20% protestante y el 99% vuduista y en Trinidad existe un grupo bautista, muy numeroso, que tiene prácticas tan diferentes a las de sus correligionarios bautistas, tanto de allí como de otras islas, que los bautistas tradicionales prefieren reunirse con otros protestantes, con los católicos y con los anglicanos antes que con ellos.

Para alguien que ha enseñado Historia de las Religiones e Historia de la Iglesia por espacio de casi toda su carrera como profesor no deja de ser fascinante encontrar datos que quizás resulten poco

interesantes a algunos, pero que revelan la variedad existente en la religión. Por ejemplo, en las Antillas inglesas encontramos casos como las Bahamas donde la más numerosa confesión religiosa es la Bautista y luego nos trasladamos a otras islas pequeñas en las cuales los grupos con mayor número de feligreses son la Iglesia Anglicana (conocida también como Episcopal en otras regiones), la Metodista o la Católica Romana. En ese último caso tiene relación con haber sido colonizadas originalmente por España y sobre todo Francia. Y luego el caso interesante de las Islas Caimán en las cuales el grupo más numeroso está constituido por los presbiterianos, llevados allí por escoceses. Y aquellos que identifican a los bautistas con causas de la derecha en el Sur de Estados Unidos, se sorprenderían al enterarse no sólo que los bautistas no son tan conservadores en Inglaterra o el Norte de Estados Unidos donde generalmente son bastante liberales, o de que en África ciertos misioneros bautistas ingleses diseminaron ideas de independencia en algunos de sus feligreses. En el caso que nos ocupa, que en Jamaica fueron precisamente bautistas, tanto ingleses como nativos, los que encabezaron las principales rebeliones contra la esclavitud en la isla.

Otro dato curioso lo explica con lujo de detalles el libro *An Empire Divided: The American Revolution and the British Caribbean* (Un Imperio Dividido, La Revolución Americana y el Caribe Británico), escrito por Andrew Jackson O'Shaughnessy que nos recuerda que en 1776 las 13 Colonias Inglesas de la América del Norte eran sólo la mitad de las que el Reino Unido tenía en el continente americano. En sus propias palabras: "Jamaica, Antigua, Barbados, Dominica, Granada, Montserrat, Nevis, St. Kitts, St. Vincent, Tórtola y Tobago" no se rebelaron y no estuvieron representadas en el Congreso Continental en Filadelfia. Las Bermudas estuvieron representadas, pero se mantuvieron leales a Gran Bretaña y las Islas Bahamas se convirtieron en uno de los principales refugios y lugares de exilio permanente de los "tories" y sus libertos y esclavos más leales, partidarios de Inglaterra en las 13 Colonias. Curiosamente, los plantadores ingleses de Jamaica, originalmente una colonia española, fueron los que lograron que el Parlamento inglés cambiara La Habana y el occidente de Cuba, dominado por los ingleses de 1762 a 1763 por la Florida. Las colonias inglesas en las Antillas tenían más influencia en el

Parlamento Británico que los territorios que después se convertirían en Estados Unidos de América.

Pasando a cuestiones de idioma, el inglés hablado en Jamaica no es exactamente igual al que prevalece en otras islas colonizadas por Inglaterra. En Haití se habla francés, pero también una versión del mismo conocida como “creole”. Y en las islas holandesas, los idiomas europeos, entre ellos el holandés, conviven con el “papiamento”. En cuanto a las Antillas españolas, la lengua de Castilla les une y acerca, aunque el inglés hace su presencia sobre todo en ciertas actividades turísticas y mercantiles. Después del español, el idioma más conocido o hablado en las Antillas españolas es el inglés, sobre todo en Puerto Rico, pero también en Santo Domingo o en la Cuba socialista.

El Caribe que no habla español es el tema central y por lo tanto acudiré a unos cuantos datos en la historiografía de esas otras Antillas que no son Cuba, Puerto Rico o República Dominicana. Sería imposible mencionar o intentar ofrecer alguna información acerca de la historiografía disponible acerca todas esas islas y archipiélagos. Como se dio a entender anteriormente, un recurso que pudiera considerarse fundamental en cuanto a identificar materiales historiográficos consistiría en acudir al volumen VI de la ya mencionada *General History of the Caribbean* pero hay algunas obras que deseo destacar en forma especial pues casi resultan indispensables.

Como se ha señalado, esas islas en que no predomina nuestro idioma reciben un tratamiento interesante en *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe frontera imperial*, obra del profesor Juan Bosch, la cual tiene la característica de explicar sin demasiadas complicaciones una serie de acontecimientos que determinaron aspectos fundamentales de la historia de la región. Aunque el libro dedica quizás una mayor extensión a los datos sobre las Antillas españolas, con sus propias interpretaciones sobre los mismos, y resalta el origen español de las primeras etapas de la incorporación del Caribe al mundo occidental, demuestra un dominio adecuado de la historia de las otras islas. Un gran aporte es situar las islas, como al resto de la región, en la zona de influencia de las potencias imperiales europeas, las cuales compitieron por el dominio de las mismas, convirtiéndolas

en una especie de frontera de su política de expansionismo a la misma vez que las utilizaban para el desarrollo económico de esas naciones europeas.

Otra obra que debe ser resaltada es la traducción castellana para España y América de los trabajos sobre el Caribe aparecidos en *The History of Latin America* publicada en varios volúmenes por Cambridge University Press. En 1990 Editorial Crítica de Barcelona empezó a publicar la traducción castellana de esa obra en varios volúmenes y así surgió la publicación de los volúmenes 5, 9 y 13 con el título *Historia del Caribe*, incluyendo a Cuba, Puerto Rico, la República Dominicana y Haití. Es una magnífica aproximación a la historia económica, política y social del Caribe de habla española. Por su estrecha relación con Santo Domingo, entre otras razones, se incluyó a Haití y los artículos sobre esa nación, escritos por el notable especialista David Nicholls, un clérigo anglicano de Oxford, que constituyen una formidable contribución del autor de otra obra fundamental: *From Dessalines to Duvalier*, excelente obra histórica con aspectos interdisciplinarios, modelo de erudición que debe imitarse.

Aunque las Bahamas están situadas en el Atlántico, su relación histórica y cultural, por no decir geográfica, con el Caribe es inmensa. El hecho del Descubrimiento por Colón y la presencia española no afectan la realidad de que se trata culturalmente del Caribe inglés. Otras islas como Turcos y Caicos y un territorio centroamericano como Belice, la antigua Honduras Británica, reflejan aspectos fundamentales de la cultura caribeña, con sus matices propios, como es el caso de las Islas Caimán, independientemente de que en ese archipiélago se desarrollara un estilo de vida relativamente diferente con una mayor representación europea en su composición étnica.

La historia de Belice puede ser diferente a la de Jamaica por cuestiones de relación con la Centroamérica de habla española, pero el ambiente anglo caribeño se siente allí en cuestiones importantes. Claro que las distinciones se imponen. La cultura francesa en Martinica y Guadalupe, así como en parte de San Martín, las hace diferentes a Barbados y su carácter de pequeña Inglaterra, y nadie puede dejar de distinguir influencias culturales específicas en las Antillas Holandesas, al mismo tiempo que desconcierta y entusiasma al viaje-

ro que la isla de Trinidad, con su nombre en español, sea caribeña, africana, hindú, cristiana, musulmana y tantas otras cosas al mismo tiempo. Un escritor trinitense, V. S. Naipaul, considerado uno de los grandes escritores contemporáneos en lengua inglesa, recibió el Premio Nobel de Literatura en 2001.

Por estas islas que identificamos en este trabajo como “las otras Antillas” transitaron o vivieron los indios conocidos como caribes, quienes las utilizaron como puente para ir llegando en sus embarcaciones a las Antillas mayores. Este vasto archipiélago que lleva el nombre de esa tribu fue descubierto para Europa por los españoles, colonizado por España y otras naciones europeas, evangelizado por diversas confesiones cristianas, convertido literariamente en tierra de piratas, bucaneros y corsarios. Son islas en las que se pelearon batallas de la Revolución Francesa y en las se llevó a cabo la primera rebelión masiva de esclavos con éxito, la de Haití, territorio antillano que se convirtió en la primera república negra y en el segundo país independiente de América. A su vez, Jamaica, vieja colonia española conquistada por las tropas de Oliverio Cromwell en 1655 y sometida al dominio británico sería uno de los campos de batalla por el abolicionismo, escenario de una denominada “rebelión bautista”. Estos ejemplos contribuyeron a la abolición definitiva de la esclavitud, no sólo en Haití y Jamaica sino en otras geografías. Esas cuestiones requieren de la utilización de los recursos historiográficos si es que se quiere conocer realmente la vasta riqueza que pueden ofrecernos no sólo la historia sino otras disciplinas relacionadas. Hace años, leyendo la novela *Caribbean* de James A. Michener, en la cual su autor demuestra haber utilizado realmente los materiales historiográficos y un conocimiento apropiado de la geografía regional comprobé una vez más que no hay incompatibilidad fundamental entre la historiografía y la novelística si se sabe utilizar el material disponible. Mucho de esto puede decirse de autores mencionados al principio y de muchísimos otros. Germán Arciniegas, en ya clásica obra *Biografía del Caribe*, nos lo presentaba como “el mar del Nuevo Mundo”.

Michener se refiere en las primeras palabras de su novela al Mar Caribe como “extraña gema entre los océanos” y nos introduce a la gran realidad de que las historias de esfuerzo humano en la región deben enfocarse en islas dispersas tanto como en un mundo más

grande, el de los continentes. En esas islas situadas en el Atlántico o en el Caribe, grandes o pequeñas se han producido fenómenos históricos importantes, no sólo por el nacimiento de grandes personajes políticos, culturales y literarios sino porque se iniciaron en ellas grandes imperios como el español, el inglés y el francés. Fue allí en 1962 donde el mundo estuvo más cerca a la destrucción nuclear que en ningún otro momento cuando la crisis de los cohetes de Octubre en Cuba. Y en “las otras Antillas”, islas en que no predomina el español, nacieron Alexander Hamilton originario de Nevis, fundador de la economía estadounidense; Josefina, famosa dama de Martinica, Emperatriz de los franceses y esposa del gran Napoleón; el Premio Nobel V. S. Naipaul; el haitiano Toussaint L’Ouverture sin cuyo nombre no puede escribirse la historia de la gran raza negra, como tampoco estudiarse la negritud sin la obra de su ilustre y erudito compatriota Jean Price-Mars, etnólogo por excelencia.

Precisamente en esa región de “belleza celestial”, más específicamente en St. John, una de las Islas Vírgenes, de las Antillas menores, pensaba este lector de Michener y autor de estas líneas, un antillano que creía haber llegado a lo más parecido al Reino de los Cielos, aquella inolvidable playa de hermosura incomparable. Y la historiografía se une al mar y el cercano océano, a las islas y la región, así como a la novelística, en busca de explicación de misterios que inquietaron a novelistas como Michener, Roumain y Carpentier, y a una larga lista de historiadores como Germán Arciniegas, Eric Williams y Juan Bosch. No solamente misterios sobre los indígenas precolombinos, la génesis antillana de los imperios, la verdadera historia de la piratería, el mestizaje, las rebeliones de esclavos, el vudú y hasta cierta curiosidad que algunos sentimos en algún momento acerca de islas deshabitadas y de otras con sobrepoblación evidente. En cuanto a mí, ni siquiera he podido entrar realmente en la mayoría de las cuestiones que tanto me atraen, entre ellas datos de geografía. El Caribe ha sido fértil en creación artística y cultural, lo cual también constituye un tema para varios volúmenes de historia y de ficción.

Finalmente, para este lector de materiales caribeños y antillanos se trata del mar, del archipiélago y de la región, pero también de algo misterioso, rico en fantasía y en datos históricos, un territorio situado entre la novelística y la historiografía.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Abella, Rafael, *Los halcones del Mar: La gran aventura de la piratería*, Barcelona, 1998
- Albury, Paul, *The Story of the Bahamas*, Londres, 1975.
- Allende, Isabel, *La Isla bajo el Mar*, Barcelona, 2009.
- Antoine, Jacques C, *Jean Price-Mars and Haiti*, Washington, 1981.
- Arciniegas, Germán, *Biografía del Caribe*, Buenos Aires, 1945.
- Benítez Rojo, Antonio, *La Isla que se repite*, Hanover, NH, 1989.
- Bosch, Juan, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe Frontera Imperial*, Santo Domingo, 1983.
- Carpentier, Alejo, *Los pasos perdidos*, La Habana, 1972.
- Daney, M. Sydney, *Histoire de la Martinique*, 2 volúmenes, 1963.
- Depestre, René, *Por la Revolución, Por la Poesía*, La Habana, 1969.
- Esquemeling, *Piratas en la América*, La Habana, 1963.
- Fuentes, Carlos, *Geografía de la novela*, Buenos Aires, 1993.
- González Ripoll, Dolores, *et.al.*, *El rumor de Haití*, Madrid, 2004.
- Harlow, V. T. *A History of Barbados, 1625-1685*, Oxford, 1926.
- Heinl, Robert, Nancy, Michael, *Written in Blood: The Story of the Haitian People, 1492-1995*, Lanham, New York, Londres, 1996.
- Hurbon, Laennee, *Los misterios del vudú*, Barcelona, 1998.
- James, C. L. R., *The Black Jacobins*, New York, 1963.
- Nicholls, David, *From Dessalines to Duvalier*, Londres, 1979.
- O'Shaughnessy, Andrew Jackson, *An Empire Divided. The American Revolution and the British Caribbean*, Philadelphia, 2000.
- Oliver, V. L., *The History of the Island of Antigua, One of the Leeward Islands under the Restoration, 1660- 1688*, Londres, 1894.
- Parry, J. H., y P. M. Sherlock, *A Short History of the West Indies*, Londres, 1957.
- Peña Batlle, Manuel Arturo, *La Isla de la Tortuga*, Madrid, 1951.
- Pitman, F. W., *The Development of the British West Indies, 1700-1763*, New Haven, 1917.
- Price-Mars, Dr. Jean, *Ainsi parla l'Oncle*, París, 1928.

- . *Formation ethnique, folklore et cultura du peuple haitien*,
Puerto Príncipe, 1939.
- Roumain, Jacques, *Gouverners de la rosée*, Puerto Príncipe, 1944.
- Williams, Eric, *Capitalism & Slavery*, Londres, 1944.
- . *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean*, New
York, 1970.
- Zapatero, Juan M. *Las Guerras del Caribe en el Siglo XVIII*, San
Juan, Puerto Rico, 1964.



LOS DOMINICANOS Y EL ESPAÑOL EN QUISQUEYA Y CUBA

La Academia Dominicana de la Lengua (Correspondiente de la Real Academia Española) y la Fundación Guzmán Ariza Pro Academia de la Lengua merecen un reconocimiento especial, dentro y fuera del país, por la publicación del *Diccionario del español dominicano*, un esfuerzo que ha sido calificado como la “obra más emblemática y relevante publicada por la Academia desde su fundación en 1927”. Creo que otras personas, entre ellas mi viejo amigo el académico Don Roberto Guzmán, pueden referirse con mejores credenciales que las mías a tan importante noticia, pero no puedo dejar pasar la oportunidad de unirme a las felicitaciones.

En conversación con el Director en la Academia Norteamericana de la Lengua Española (Correspondiente de la Real Academia Española), Don Gerardo Piña-Rosales, que tanto ha hecho para que el idioma que hablamos españoles e hispanoamericanos ocupe el lugar que merece en Estados Unidos, le señalé la enorme satisfacción que debemos sentir y manifestar todos los que procedemos de Quisqueya o del Caribe por tan importante logro de la Academia Dominicana y sus colaboradores. Piña-Rosales expresó entonces no sólo su alegría sino el gran respeto que siente hacia la Academia Dominicana y su Director, D. Bruno Rosario Candelier.

D. Bruno Rosario Candelier –a quien conocí hace años en la presentación de un libro en mi querida Moca, gracias a mi gran amigo y hermano D. José Rafael Vargas– ha hecho resaltar que el diccionario es el primer trabajo colegiado que aspira a recoger y definir las voces distintivas del español que han hablado y hablan los dominicanos. Todo eso conforme a los nuevos avances de la lexicografía. D. Fabio Guzmán Ariza explicó que “No todas las voces son dominicanas”, pero que los dominicanos “les damos un uso diferente”, añadiendo sobre las voces que contiene el diccionario que las mismas “nos identifican y nos definen como pueblo dominicano”.

Pues bien, los aportes de los dominicanos a cuestiones del uso del idioma se remontan a otros períodos, sobre todo si se tiene en

cuenta la vieja historia de Santo Domingo en defensa de su identidad como parte integral e importante de los pueblos de habla española. Un aporte que jamás podrá olvidarse en la vecina Isla de Cuba es la de Don Esteban Pichardo y Tapia, nacido en Santiago de los Caballeros en 1799. Como tantos otros dominicanos e hijos de dominicanos, Pichardo hizo una contribución a la cultura cubana y antillana con un libro notabilísimo. Me refiero a su *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*, con cuatro ediciones en vida de su autor (1836, 1849, 1862 y 1875).

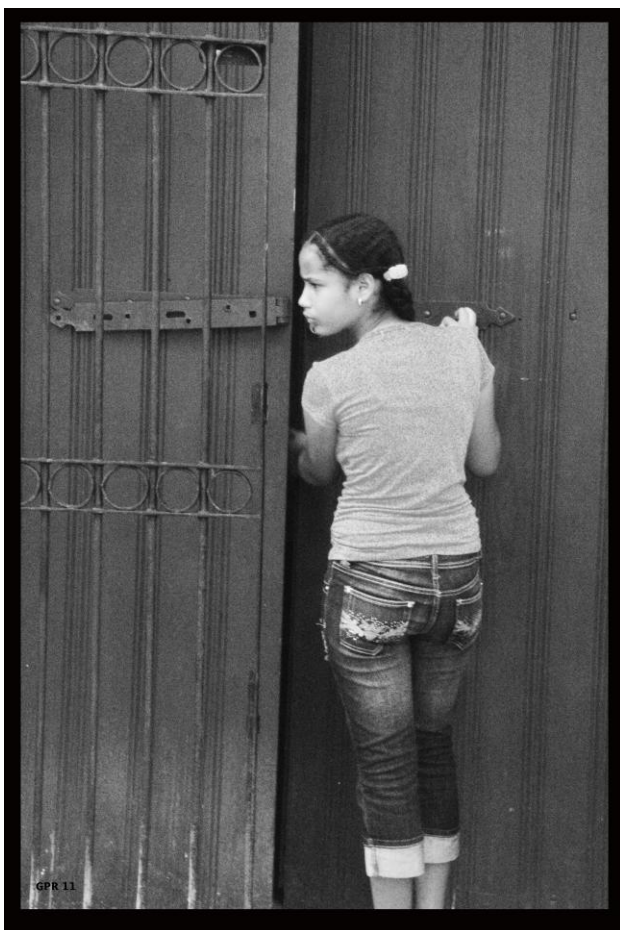
Fray José María Peñalver había propuesto en 1795 la confección de un diccionario provincial de la Isla de Cuba. En 1829 un ilustrísimo cubano hijo de dominicanos y gran patriarca de la cultura cubana en el siglo XIX, Don Domingo del Monte, comenzó la recopilación de *cuBanísmos* para un futuro diccionario que quedó inédito. Pero el primer diccionario de *cuBanísmos* que llegó a manos de los estudiosos fue el de Pichardo. No se puede escribir acerca del español en Cuba sin acudir a su extraordinaria y voluminosa obra.

Recientemente, Don Carlos Esteban Deive, otro distinguido miembro de la Academia Dominicana, publicó un libro que no me cansaré de elogiar: *Honor y Gloria: los dominicanos en la guerra de independencia de Cuba*, obra fundamental sobre el tema. Es bueno que se continúe esa labor, a la que hice el modesto aporte de mi ensayo: “Hacia los Orígenes: Los dominicanos en la Historia de Cuba”. Es por ello que al descubrirme con respeto ante el nuevo diccionario, no puedo dejar de relacionarlo con un viejo aporte dominicano a mi país natal. Santo Domingo nos dio a nuestro libertador el Generalísimo Máximo Gómez y Báez y a nuestro eterno poeta nacional José María Heredia y Heredia (hijo de dominicanos), pero de una larga lista no puede excluirse a Don Esteban Pichardo y Tapia. Como cubano y dominicano que me considero no puedo dejar de emocionarme con estas cuestiones.

La Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española publicó en Madrid, en 1974, *Los cuBanísmos en el Diccionario de la Real Academia Española*, de Don Ernesto Dihigo y López-Trigo, que había sido Ministro de Estado (Relaciones Exteriores) de Cuba y Embajador en la ONU. Pero la obra que conocí en

mi juventud en mi tierra natal como “el diccionario de Pichardo” preparó el camino para investigaciones de importancia fundamental.

Y ahora el *Diccionario del español dominicano*, con todo lo que contiene de erudición y de contribución extraordinaria llega a nuevas generaciones de República Dominicana, el Caribe y la hispanidad toda y tanto la Academia Dominicana como la Fundación Guzmán Ariza merecen el mayor de los reconocimientos y la gratitud de todos nosotros. Me descubro con respeto y también con alegría ante la buena nueva que acabo de recibir desde Quisqueya.



EPÍLOGO

En el Caribe sucedieron y hasta se inauguraron tantas cosas en la historia de la humanidad que es difícil escoger una para situarla por encima de la otra en cuanto a importancia o aplicación. En esa vasta cuenca se produjeron, desde los últimos años del siglo XV y sobre todo a partir del XVI, encuentros de culturas, se descubrieron etnias hasta entonces desconocidas en occidente, chocaron imperios, se ensayaron estilos de colonización, cambió la dieta y el estilo de vida de varios pueblos, se cometieron atrocidades y al mismo tiempo se contribuyó a definir algunos de los derechos humanos, por utilizar el lenguaje de nuestro propio tiempo. Las guerras y las revoluciones de Europa alteraron los acontecimientos desde fines del siglo XVIII, pero especialmente a partir de principios del XIX. Por ejemplo, los proyectos ambiciosos de Napoleón abrieron la puerta a la independencia de los países de habla española y portuguesa, a la vez que tanto la Revolución Francesa como el avance de las tropas del Gran Corso causaron la formación de Juntas Americanas precursoras de la independencia de varias tierras de lengua española en el Continente Americano y provocaron el traslado al Brasil de una dinastía portuguesa, lo cual condujo a la independencia de la América de habla portuguesa. Curiosamente, el ambiente convulsionado de la Francia revolucionaria y napoleónica hizo posible el triunfo definitivo de la primera revolución dirigida por esclavos y la creación de un país independiente colonizado por Francia, Haití. Y sería en la zona del Caribe, en relación con la mayor de las Antillas, Cuba, donde el mundo estuvo al borde de un holocausto nuclear durante la crisis de los cohetes de 1962. Cualquier intento de minimizar el impacto del Caribe y las Antillas en la historia universal, reduciéndolo a luchas de piratas, corsarios y filibusteros, así como a actividades de bucaneros, contribuiría a confundir a los lectores, los televidentes y los amantes del cine. Estos ensayos antillanos se proponen simplemente añadir algo, en aras de una vocación caribeña, a lo que se ha escrito sobre una región que siempre estará presente en la aventura emprendida por humanos en este pequeño planeta llamado Tierra. Por lo tanto, “El Caribe, siempre el Caribe.”



Marcos Antonio Ramos

BIOBIBLIOGRAFÍA DE MARCOS ANTONIO RAMOS

Marcos Antonio Ramos nació en Colón, Cuba (1944). Clérigo, profesor, historiador y columnista. Recibió grados académicos en Letras, Historia y Teología en Cuba, Estados Unidos y Costa Rica. Fue diplomado en Periodismo en el Reino Unido. Culminó sus estudios con el grado de Doctor en Teología. Ha realizado investigaciones históricas en países y territorios de la zona del Caribe. Mercy College de New York lo designó doctor Honoris Causa en 1980. Objeto de idéntica distinción por Florida Center for Theological Studies y otros centros de estudio. Enseñó en seis universidades y escuelas de teología. Fue Pastor de iglesias Bautistas durante los cuarenta años en que ejerció como profesor. Por un período presidió como Moderador una jurisdicción eclesiástica integrada por 340 congregaciones de todos los grupos étnicos en el sur de la Florida y se jubiló como “Pastor Emérito”. Es actualmente el editor general de la revista *Herencia* y ha continuado desempeñando funciones como Investigador del Instituto de Estudios Cubanos y Cubanoamericanos de la Universidad de Miami. Ha publicado miles de artículos en numerosos diarios y revistas en la mayoría de las capitales hispanoamericanas y en Estados Unidos. Es autor o coautor de 14 libros y ha publicado numerosos ensayos e infinidad de prólogos e introducciones de libros de otros autores. Sus ensayos y artículos de investigación han sido publicados en revistas de academias y universidades en América y Europa y pronunciado conferencias en numerosos países. Fue escogido como uno de los autores del volumen VII de *Historia General de América Latina* publicada por la UNESCO y fungió como uno de los editores del *Comentario Bíblico Hispanoamericano*, proyecto ecuménico de estudios sobre todos los libros de la Biblia. Participó en las investigaciones y redacción del *Diccionario de Historia de la Iglesia*, de la Editorial Caribe y de *12.000 Minibiografía*, de Editorial América. Se le han concedido varios premios por investigaciones históricas y por su labor como columnista, entre ellos el Premio Nacional de Periodismo del Club de Corresponsales de Prensa Extranjera en Santo Domingo (1989). Ha sido condecorado o diplomado por varios gobiernos, tanto en el extranjero como por administraciones estatales y municipales en Estados Unidos y por la Cámara de Representantes federal. La Santa Sede, durante el Pontificado de Benedicto XVI, le otorgó la Medalla Papal “Benemerenti” (2008), uno de los reconocimientos que ha recibido de iglesias cristianas que han recompensado su contribución a la educación teológica a nivel interconfesional. En 2012 se le otorgó la Medalla del Centenario de la Universidad Interamericana en Puerto

Rico. En la actualidad es vicepresidente de Editorial Cubana y de Casa Cultural Domínico Americana, ambas en Miami. Desde su fundación es miembro de la Junta de Fideicomisarios (Trustees) de Baptist Health South Florida y sus seis hospitales. Ha sido miembro (Fellow) de la Real Sociedad Geográfica de Londres desde 1973 y pertenece además a varias academias y sociedades profesionales, nacionales y extranjeras. En 1985 fue elegido Miembro Correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua (ANLE) y en 1995 ingresó como Individuo de Número de la misma y como Académico Correspondiente Hispanoamericano de la Real Academia Española (RAE) con su discurso “Marcelino Menéndez y Pelayo, Historiador de las Religiones en España”. Es miembro de la Comisión de elecciones y admisiones de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR *

- *Panorama del Protestantismo en Cuba*, Miami y San José, Editorial Caribe, 1986. 668 pp.
- *La Pastoral del Divorcio en la Historia de la Iglesia*, Miami, Editorial Caribe, 1988. 198 pp.
- *Historia de las Religiones*, Madrid, Editorial Playor, 1988. 400 pp.
- *Protestantism and Revolution in Cuba*, University of Miami, Coral Gables, Graduate School of International Studies, 1989. 168 pp.
- *El Pastor en la Iglesia de hoy*, Nashville, Convention Press, 1991. 150 pp.
- *Primera y Segunda de Timoteo y Tito: Comentario sobre las Epístolas Pastorales*, Miami, Editorial Caribe, 1992. 400 pp.
- *Arquitectura y urbanismo en Cuba* (en colab.), Miami, Ediciones Universal, 1995. 400 pp.
- *Nuevo Diccionario de Religiones, Denominaciones y Sectas*, Miami, Editorial Caribe, 2002. 340 pp.

- *Religion and Religiosity in Cuba*, Washington D.C. Trinity College, 2005. 36 pp.
- *Tres cuestiones sobre La Isla de Cuba de José García Arboleya* (en colab.), Miami, Ediciones Universal, 2005. 60 págs.
- *La Cuba de Castro y después: entre el ensayo y la biografía*, Nashville Thomas Nelson Publishers, 2007. 304 págs.
- *Los Proyectos Nacionales Latinoamericanos: sus instrumentos y articulación, 1870-1930*. Volumen VII de *Historia General de América Latina* (en colab.) Madrid Ediciones UNESCO, Editorial Trotta, 2009. 690 págs.
- *Hacia los Orígenes: Dominicanos en la Historia de Cuba*, Miami, Caribbean Basin Research Institute, 2010. 94 págs.
- *Los dominicanos en la Independencia de Cuba* (en colab.), Miami, Caribbean Basin Research Institute. 2011. 96 págs.

* En esta lista no se incluyen prólogos, introducciones, capítulos y secciones de libros escritos en colaboración con otros autores.



Correspondiente de la Real Academia Española

DIRECTIVA

D. GERARDO PIÑA-ROSALES
Director

D. JORGE IGNACIO COVARRUBIAS
Secretario

D. DANIEL R. FERNÁNDEZ
Coordinador de información

D. JOAQUÍN SEGURA
Censor

D. EMILIO BERNAL LABRADA
Tesorero

D. CARLOS E. PALDAO
Bibliotecario

D. EUGENIO CHANG-RODRÍGUEZ
Boletín

ACADÉMICOS DE NÚMERO

(Por orden de antigüedad)

D. EUGENIO CHANG-RODRÍGUEZ

D. ROBERTO GARZA SÁNCHEZ

D. ROBERTO A. GALVÁN

D. STANISLAV ZIMIC

D. RAÚL MIRANDA RICO

D. ROLANDO HINOJOSA-SMITH

D. CARLOS ALBERTO SOLÉ

D. GERARDO PIÑA-ROSALES

D. JOHN J. NITTI

D. JOAQUÍN SEGURA

D. EMILIO BERNAL LABRADA

D. LUIS PEREZ BOTERO

D. NICOLÁS TOSCANO LIRIA

D. MARCOS ANTONIO RAMOS

D.^a ESTELLE IRIZARRY

D. MORDECAI RUBÍN

D. UBALDO DI BENEDETTO

D. ROBERT LIMA

D.^a SILVIA FAITELSON-WEISER

D. ANTONIO CULEBRAS

D. JOSÉ AMOR Y VÁZQUEZ

D. WILLIAM H. GONZÁLEZ

D. ANTONIO GARRIDO MORAGA

D. ROBERT BLAKE

D. JUAN MANUEL PASCUAL

D. ORLANDO RODRIGUEZ SARDIÑAS

D.^a JANET PÉREZ

D. JORGE IGNACIO COVARRUBIAS

D. LUIS ALBERTO AMBROGGIO

D. MILTON M. AZEVEDO
D.^a GEORGETTE DORN (electa)
D. VÍCTOR FUENTES
D. ISAAC GOLDEMBERG (electo)
D.^a MARIELA A. GUTIÉRREZ
D.^a LETICIA MOLINERO
D.^a RIMA R. VALLBONA
D.^a DOMNITA DUMITRESCU
D. DANIEL R. FERNÁNDEZ (electo)
D. ELIO ALBA BUFILL (electo)
D. CARLOS E. PALDAO (electo)
D. GERMÁN CARRILLO (electo)
D. FRANCISCO PEÑAS-BERMEJO (electo)

CORRESPONDIENTES

D. ALBERTO ACEREDA
D. HORACIO AGUIRRE
D. MARIO ANDINO LÓPEZ
D. ARMANDO ALVAREZ BRAVO
D.^a UVA DE ARAGÓN
D. ALFREDO ARDILA
D. MARCO AURELIO ARENAS
D. SAMUEL G. ARMISTEAD
D. JOAQUÍN BADAJOZ
D.^a CRISTINA BERTRAND
D. GARLAND D. BILLS
D. JAVIER BUSTAMANTE
D. LUIS ANGEL CASAS
D. ALBERTO CASTILLA VILLA
D.^a MARIA CORNELIO

D. DAVID DEFERRARI
D. MARK P. DEL MASTRO
D.^a M. DE LA PAZ FERNÁNDEZ
D. CHARLES B. FULLHABER
D.^a LAURA GODFREY
D. GUSTAVO GODOY
D. L. T. GONZÁLEZ DEL VALLE
D. ALFONSO F. DEL GRANADO
D.^a ALICIA DE GREGORIO
D. JORGE KATTÁN ZABLAH
D. LUIS MARIO
D. EMILIO MARTÍNEZ PAULA
D.^a MARICEL MAYOR MARSÁN
D. GONZALO NAVAJAS
D. JOHN O'NEILL
D. F. PEÑAS-BERMEJO
D.^a TERESINKA PEREIRA
D. JOSÉ LUIS S. PONCE DE LEÓN
D. CHRISTIAN RUBIO
D.^a E. SÁNCHEZ GREY-ALBA
D. EDUARDO URBINA
D. LUIS RIOS
D. ALISTER RAMÍREZ MÁRQUEZ
D. RAFAEL E. SAUMELL-MUÑOZ
D.^a MARIA ELENA PELLY
D.^a NURIA MORGADO
D.^a PATRICIA LÓPEZ-GAY
D.^a ANA MARÍA OSAN
D.^a MARTA LÓPEZ LUACES
D. DANIEL Q. KELLEY
D.^a ROSA TEZANOS-PINTO
D.^a ISABEL R-VERGARA

D.^a LAURA POLLASTRI
D. M. M. MARTÍN-RODRÍGUEZ
D.^a JUANA A. ARANCIBIA
D. LAURO ZAVALA
D. EVERETTE LARSON
D. MARIO A. ORTIZ
D.^a VIOLETA ROJO
D.^a STELLA MARIS COLOMBO
D.^a FRANCISCA NOGUEROL
D.^a GRACIELA S. TOMASSINI
D. J. C. TORCHIA-ESTRADA
D. ANTONIO MONCLÚS
D. THOMAS E. CHÁVEZ
D. SERGE I. ZAITZEFF
D. EDUARDO LOLO
D. HARRY BELEVAN-McBRIDE
D. MANUEL J. SANTAYANA
D. JOSE LUIS ABELLÁN
D. OSCAR ACOSTA
D. ABDELOUAHED AKMIR
D. JOSÉ MANUEL ALLENDESALAZAR
D. F. ALBIZÚREZ PALMA
D. JORGE E. ARELLANO
D. FREDO ARIAS DE LA CANAL
D. PEDRO LUIS BARCIA
D. BELISARIO BETANCUR
D.^a SILVIA BETTI
D.^a ADRIANA BIANCO
D. J. M. CABALLERO BONALD
D. ALBERTO CAÑAS
D.^a MARGARITA CARRERA
D. CARLOS CASTAÑÓN

D. SANTIAGO CASTELO
D. DAVID ESCOBAR GALINDO
D. CARLOS FERNÁNDEZ SHAW
D. MANUEL GARRIDO PALACIOS
D. CARLOS JONES GAYE
D. ALBERTO GÓMEZ FONT
D. JOSÉ M. GÓMEZ Y MÉNDEZ
D. ANTHONY GOOCH
D. FÉLIX GRANDE
D.^a NURIA GREGORI
D. PEDRO GUERRERO RUIZ
D. HELIODORO GUTIÉRREZ
D.^a AURORA HUMARÁN
D. CHEN KAIXIAN
D. AMANCIO LABANDEIRA
D. ARMANDO LABASTIDA
D. ANGEL LÓPEZ G.-MOLINS
D. HUMBERTO LÓPEZ MORALES
D. JESÚS LÓPEZ-PELÁEZ
D. WENCESLAO CARLOS LOZANO
D. ALFREDO MATUS OLIVER
D. JOSÉ MORENO DE ALBA
D. FRANCISCO MUÑOZ GUERRERO
D. JOSÉ LUIS NAJENSON
D. FERNANDO A. NAVARRO
D. JOSÉ MARÍA OBALDÍA
D.^a ROCÍO OVIEDO
D. ANTONIO PAMIES BELTRÁN
D. ANTONIO PORPETTA
D. JAIME POSADA
D. DOMINGO PRIETO GARCÍA
D. RAÚL RIVADENEIRA PRADA

D. PORFIRIO RODRÍGUEZ
D. H. RODRÍGUEZ CASTELO
D. JOSÉ ROMERA CASTILLO
D. JOSÉ GUILLERMO ROS
D. BRUNO ROSARIO CANDELIER
D. YURI A. RYLOV
D. FELIPE SAN JOSÉ
D. SERGIO VALDÉS BERNAL
D. MARIO ANTONIO SANDOVAL
D. GONZALO SANTONJA
D.^a FATIMA TAHTAH
D.^a CARMEN TARRAB
D. HIROTO UEDA
D. BENJAMÍN VALDIVIA
D. JUAN VAN-HALEN ACEDO
D. JOSÉ LUIS VEGA

COLABORADORES

D.^a VANESSA LAGO BARROS
D.^a MARÍA EUGENIA CASEIRO
D. FERNANDO WALKER
D.^a MARY S. VÁSQUEZ
D. ANDREW LYNCH
D.^a ROSA ALICIA RAMOS
D. A. GONZÁLEZ ACOSTA.
D. GINÉS LOZANO JAÉN
D.^a M. T. CARO VALVERDE
D. ANTONIO ROMÁN
D.^a NATALIA MANFREDI
D.^a KATHLEEN O'CONNOR

D. STEVEN STRANGE
D. N. MARTÍNEZ VALCÁRCEL
D.^a LILIANA SOTO-FERNÁNDEZ
D.^a ONEIDA M. SÁNCHEZ
D. ARMANDO MIGUÉLEZ
D.^a LAURA SÁNCHEZ
D. MARIANO VITETTA
D. ANGEL AGUIRRE
D.^a MARÍA ROSA DE MADARIAGA
D.^a CRISTINA ORTIZ
D.^a ANA SÁNCHEZ-MUÑOZ
D. GUSTAVO GODOY
D.^a M^a DOLORES CUADRADO CAPARRÓS,
D.^a ÉLIDA MARCELA TESTAI
D. ÁNGEL CUADRA
D. ALBERTO AVENDAÑO
D. CÉSAR SÁNCHEZ BERAS
D.^a GABRIELA M. ESPINOSA
D. ROLANDO PÉREZ
D. ANTONIO ACOSTA
D.^a MARÍA JOSÉ LUJÁN MORENO
D.^a ANNA DE SANTIS
D.^a PHYLLIS E. VANBUREN
D.^a TANIA PLEITEZ VELA
D. JUAN CARLOS DIDO
D.^a ANA MARÍA SHUA
D. ERNEST A. "TONY" MARES
D. FERNANDO SORRENTINO
D.^a CELIA LÓPEZ-CHÁVEZ
D.^a RHINA TORUÑO-HAENSLY
D. GUILLERMO A. BELT
D.^a L. BUSTAMANTE VALBUENA

D.^a MARY SALINAS GAMARRA
D.^a LUCILA HERRERA
D. MIGUEL GOMES
D. JORGE WERTHEIN
D. NASARIO GARCÍA
D. TEODORO HAMPE MARTÍNEZ
D.^a CRISTINA CHOCANO MUÑOZ
D. HYOSANG LIM
D. FRANCISCO LAGUNA-CORREA
D.^a CARMEN BENITO-VESSELS
D.^a NELA RIO
D. ALBERTO ROJO
D.^a OLVIDO ANDÚJAR
D.^a JEANNETTE LOZANO CLARIOND
D.^a CLOTILDE FONSECA QUESADA
D. DOMINGO TAVARONE
D.^a ANDREA ELEGIDO
D.^a CARMEN SABÁN VERA
D.^a CHAR PRIETO
D. FERNANDO OPERÉ
D. FRANK NUESSEL
D.^a ISABEL CAMPOY
D. JORGE MURILLO
D. JUAN FRANCISCO MAURA
D. JULIO ORTEGA
D.^a PRISCILA GAC-ARTIGAS
D. RAÚL MARRERO FENTE
D.^a SANDRA GISELA MARTÍN
D. ÓSCAR SANTOS SOPENA
D.^a TERESA FERNÁNDEZ ULLOA
D.^a TINA ESCAJA
D. TINO VILLANUEVA

D.^a YVETTE BURKI
D.^a ADRIANA CORDA
D.^a ELISA CAROLINA DE SANTOS
D.^a MARÍA GARCÍA ANTUÑA
D.^a NADINE CHARIATTE
D.^a CAROLINA SUÁREZ
D. FERNANDO MARTÍN PESCADOR
D.^a MARÍA ROSA LOJO
D.^a SONIA THON
D. EDUARDO GONZÁLEZ VIAÑA
D.^a INMA MARTÍNEZ
D.^a MARTA COSTA



Este libro acabose de imprimir el día 6 de enero de 2014
en los talleres de The Country Press
Massachussetts
Estados Unidos de América